

1111

511A

UANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA



VERFIZ
VERDIA

APUNTES
SOBRE
LA GUERRA
INDEPENDIENTE

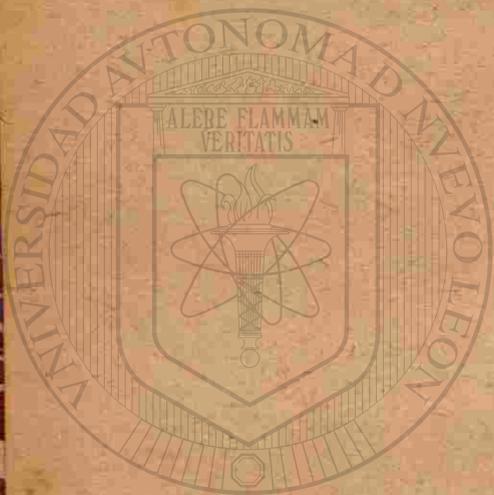
F1296

P42

R. C.



1080013146



APUNTES HISTORICOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
GUADALAJARA.

APUNTES HISTÓRICOS

SOBRE LA

GUERRA DE INDEPENDENCIA EN JALISCO.

Por el

LIC. LUIS PÉREZ VERDÍA,

*Profesor de Historia
en el Liceo de Varones del Estado
y miembro correspondiente de la Sociedad Mexicana
de Geografía y Estadística y del
Liceo Hidalgo.*

TIP. DEL AUTOR, A CARGO DE CIBO L. GUEVARA,
Bajos del Hotel Hidalgo, núms. 1 y 2.

1886.

F1296

P. 42



Es propiedad del autor.—Queda hecho
el depósito que marca la ley.



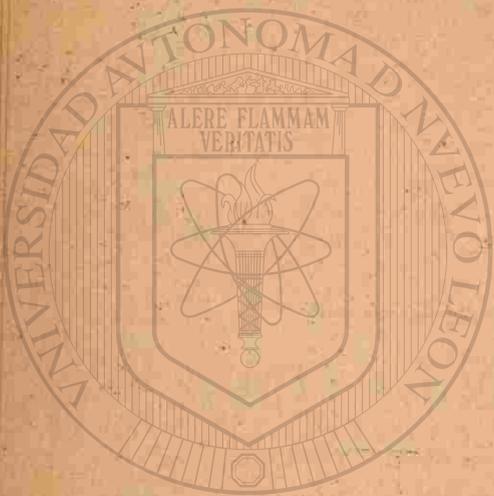
FONDO HISTÓRICO
FIGARDO COVARRUBIAS

156613

Homenaje de cariño y gratitud

á mi querido y respetable tío, el

Sr. Dean Lic. D. José Luis Verdía.



El deseo de que no cayeran en olvido algunas noticias y detalles referentes á nuestra guerra de independencia, que me habían sido referidos por verídicas é inteligentes personas que presenciaron aquellos acontecimientos, me impulsó á escribir hace diez años, algunos de los artículos que publico por segunda vez con las adiciones y enmiendas que el conocimiento de nuevos documentos ha hecho necesarias. La buena acogida que el público les concedió y el propósito de completarlos, me hicieron escribir otros nuevos, los que ven hoy por primera vez la luz pública, completando con los que ya se habían publicado, el interesante periodo transcurrido entre la proclamación y la consumación de la independencia de nuestro Estado.

Al dar cima á mi tarea, seame lícito manifestar que no he tenido más ambición que la de proporcionar elementos para que algun día sea más fácil escribir la Historia de Jalisco.

LUIS PÉREZ VERDÍA. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I.

D. JOSE ANTONIO TORRES.

Érase D. José Antonio
Labrador recto y honrado,
Con un alma muy mas limpia
Que de nieve copo blanco;
Tan noble como valiente,
Tan fino como esforzado,
Dulce con los infelices,
Con los vencidos humano.

PRIETO, ROMANCERO NACIONAL.

U A N L

®

Todos los pueblos siguen en su existencia una marcha progresiva señalada por el dedo de la Providencia, de tal suerte, que, tarde ó temprano, llega un día en que por haber adquirido ya cierto desarrollo, el suficiente por lo menos para conocer su situación moral, empiezan á figurar verdaderamente como naciones cultas. Ese día, principio de una nueva marcha, de una nueva era y aun de una nueva civilización, debía llegar para México, que dominado tantos años por España, sentía germinar en su suelo los grandes principios de libertad é independencia, estimulado eficazmente por el ejemplo de sus vecinos del Norte. Y ese día llegó cuando se extendió, por poco que fuese, el espíritu de ade-

lanto y de conocimientos, que ha sido el timbre de gloria del siglo XIX. Las ciencias y las artes han influido siempre y seguirán influyendo en la marcha política de las naciones, porque esta es consecuencia necesaria del estado de su cultura.

Sin duda que México no había llegado en la época de la Independencia á un estado tal de adelanto que pudiera considerarse como la única causa de tan notable suceso, motivo por el qué hay que tener en consideración á mas de la necesidad moral de que los pueblos sean libres, otras más sensibles, tales como el mal trato que los naturales del país sufrían de los españoles, el ningún acceso que en la administración y en el gobierno tenían, las gabelas que sobre ellos pesaban, y por último, los trastornos políticos de la Metrópoli, que hacían por una parte, tener más confianza en el triunfo á los que la independencia de su patria proclamaban, é inspiraban, por otra, el temor de que á consecuencia de esos nuevos trastornos, pasara la Nueva-España á poder de los franceses, y de esta manera del yugo de Carlos IV y de Fernando VII, al de Napoleón I. Esta idea que muy grabada estuvo en la imaginación de los valientes patriotas independientes, les hizo palpar la servidumbre en que se hallaban y el yugo á que estaban sometidos, pues se convencieron de que por solo la voluntad del Rey de España, podría pasar el país al dominio de otra na-

ción extranjera, como cualquier mueble de traspaso, sin contar para nada con la voluntad de ese pueblo esclavizado; y triste, muy triste debía de ser esa idea para los que sintieran latir en su pecho un corazón americano!

No poco influjo tuvo también en la Independencia del país el célebre Barón de Humboldt, que con sus vastos conocimientos y su esclarecido talento, cooperó eficazmente por medio de sus análisis sobre la riqueza de Nueva-España y sobre su estado político, á la generalización de los conocimientos locales, tan necesarios para impulsar aquella grande obra.

Así pues, la consecuencia lógica de tan grandes causas fué la proclamación de la Independencia por el venerable cura de Dolores. Muchos son los que censuran la manera poco apropiado con que estalló la insurrección, la falta de un plan político y militar y finalmente la mala dirección que se le dió, según ellos, á la revolución gloriosa de 1810. Más si se atiende á que la revolución estalló, obligados sus autores beneméritos por la traición y la tiranía, ántes del tiempo que ellos habían fijado para principarla, y por tanto cuando aun no tenían los elementos suficientes, se verá que sólo los heroicos esfuerzos de los mártires de la Independencia, pudieron bastar para sobreponerse á las mil dificultades que á tan noble empresa se opusieron.

Guadalajara, capital del reino de la Nueva Galicia, en la época en que se proclamó la independencia de México, era una ciudad de 45,000 habitantes, modesta y bien hallada con el gobierno colonial porque el atraso intelectual en que se encontraba y la falta de comunicación con poblaciones más cultas, hacían que fuesen bien cortas sus aspiraciones.

Sus casas, con muy reducidas excepciones, eran todas de un solo piso, con grandes salones, numerosos patios y enormes corrales; atendiendo sus constructores á la solidez del edificio, descuidaban por completo la simetría y adorno exterior, de suerte que mientras sus paredes medían uno y dos metros de espesor, rara vez tenían dos puertas la misma altura. Las calles anchas y bien orientadas, carecían de empedrados y aun de aceras, y la irregularidad de las altas ventanas casi todas desiguales y con rejas de madera, les daban un aire triste y desagradable. La plaza principal rodeada de corpulentos fresnos, las numerosas plazuelas cubiertas de zacate y las calles escuetas, imprimían á la ciudad un aspecto melancólico, que revelaba el poco movimiento que reinaba en ella.

En el interior de las casas, mientras abundaban las bajillas de plata y era raro el que, perteneciendo á la clase medianamente acomodada, carecía de ellas y de su tabaquera de oro, faltaban los objetos más

precisos para la comodidad y que ni aun siquiera se conocían. No se usaban las alfombras, viéndose apenas en los estrados de la mejor sociedad, tiras angostas de gruesas esteras que en pequeños espacios cubrían los polvosos y cacarizos ladrillos; incómodos canapés forrados de seda de color rojo ó amarillo subido, cubiertos por blanquísimos forros de lienzo de algodón que se mudaban des veces por semana, unas mesas rinconeras, y unas sillas de bejuco con alambre amarillo incrustado, formaban el menaje de las salas, en las cuales se veían por adornos algún mal cuadro de la virgen de los Dolores ó de Guadalupe, tres ó cuatro estampas iluminadas de María Stuardo y algún espejo de cortas dimensiones con ancho marco de pino pintado, con columnitas delgadas con capiteles dorados. En el comedor veíanse espaciosísimas mesas de finas maderas sin pintar, á las que se sentaban por los lados en bancas de pino con anchos y lucientes clavos y en equipales á la cabecera, sirviéndose comidas tan frugales como valiosas eran las bajillas en que se presentaban; y si se recorrían las piezas de habitación, se encontraban amuebladas por camas de madera y enormes roperos de pino pintado, con estampas en las puertas que representaban en grandes dimensiones el ojo de la Providencia, con moños muy legibles que decían "Dios me vé." Entraba la luz á las recámaras al través de los posti-

gos de las puertas, cubiertos con papel de estraza, viéndose en una que otra casa azulados cristales.

En los trajes había la misma relación de lujo, pues aunque todas las señoras de la buena sociedad los tenían de muy fina seda, usábanlos únicamente en las grandes festividades del año, luciendo diariamente rebozos del Saltillo ó *ametalados*, enaguas de transparente gasa, anchas mascaradas que les cubrían el pecho y la espalda y zapatos corrientes, mientras que los caballeros vestían casaca ó chupa de seda, largo chaleco, pantalón corto, media de seda y zapato bajo con hevillas de oro, usando recientemente el cabello corto y peinado para adelante cayendo en forma de fleco recortado sobre la frente, y cubriéndose con unos enormes sombreros llamados de *empanada* por la figura que tenían. Los cochés sí que no eran tan escasos como hoy se crée, pues, aunque pobres y feos, tirados por raquílicas mulas que llevaban al cochero montado, los tenían personas que en proporción á su fortuna hoy no los tienen, así es que se veía llena de ellos la calle de la espalda de la Catedral á las horas del coro, que esperaban á los canónigos sus dueños, y en las tardes llenaban el paseo de la alameda y del molino de Joya, donde los domingos tocaba la música del batallón de Toluca.

No se encontraba ningun *restaurant*, sino solo algunos sucios mesones, y aunque existía el feo teatro

que llamaban "el coliseo," rara vez se representaba algun soporífero entremes.

En toda la ciudad no había más que una escuela pública de primeras letras, sostenida por el Consulado, y los particulares apenas podían confiar la enseñanza de sus hijos á algun pedagogo que alternaba sus lecciones con el trabajo de encuadernador á que se dedicaba preferentemente. No había periódicos y solo unos cuantos recibían la Gaceta que se publicaba en Méjico, recreando su inteligencia los más despreocupados con la lectura de las Ruinas de Palmira ó del Baroncito de Faublas que alcanzaban á la sazón grandísima fama.

Por las noches era el juego la diversión favorita de las familias principales, reuniéndose en las casas de los Sres. Canónigos Cerpa ó Delgado los más acaudalados hacendados y las señoras más respetables, entreteniéndose ora en jugar la malilla sirviendo los bueyes de sus haciendas de unidad para los *pasos*, ora en apostar las onzas de oro de que llevaban bien provistos los bolsillos, á la aparición de las cartas en el juego del monte.

Alumbrábanse en las casas con velas de sebo, reservándose para las salas el uso de las de cera, y como no se conocía el alumbrado público, permanecían las calles en la más completa oscuridad, disipada únicamente de cuando en cuando por la luz de los hachones de brea que usaban los pocos transeuntes.

La más completa intrasijencia dominaba todos los actos de aquella sociedad, al grado de registrarse todavía no ha mucho tiempo en los archivos de la antigua Audiencia, dos procesos célebres porque revelan el espíritu que dominaba. El uno fué formado á un indio rico porque usaba casaca, y el otro era un *recurso de fuerza* interpuesto por D. Marcial Rodríguez porque habiendo hecho una solicitud ante el Obispo Cabañas en la que decía: "D. Marcial Rodríguez ante V. S. &." decretó el prelado "presentándose en forma se proveerá;" porque decía que Marcial Rodríguez, el antiguo campanero de Tlajomulco, no tenía el *don*. Lastimado éste en su amor propio con aquella resolución, se quejó de *fuerza* ante el tribunal civil, resolviendo por último la Audiencia, que no hacía fuerza el Obispo porque Marcial Rodríguez no tenía derecho á usar el *don*.

Por último, en aquella sociedad imperaba una completa buena fé, grande respeto á las autoridades, el patriotismo más desinteresado y los más generosos sentimientos, propios de aquellos pueblos que no han gastado su corazón en las intrigas políticas, ni agotado sus fuerzas en las guerras civiles.

Una de las primeras noticias que se recibieron en Guadalajara del levantamiento de Dolores, fué la que comunicó el 21 de Setiembre D. José Simeon de Uría que iba de diputado á las Cortes de Cadiz, por un propio enviado desde Arroyo Zarco, avisando

do al Ayuntamiento "sobre que D. Domingo Allende á atacado varios pueblos," según se expresaba en el brevete.

Queriendo Hidalgo al comenzar su empresa, suplir la falta de ramificación de la revolución en las provincias de México, por medio de emisarios encargados de excitar á aquellos pueblos, y siendo la provincia de Nueva-Galicia de suma importancia, mandó á ella con el referido objeto al Sr. D. José Antonio Torres, primer caudillo de la independencia en Jalisco y uno de sus más patriotas defensores, que á una honradéz sin tacha, reunía un generoso corazón y un valor á toda prueba.

El nombre de Torres significa en la historia de ese período, la abnegación y el sacrificio, la heroicidad y el martirio. En una época en que la sangre corría á torrentes, en que las persecuciones se sucedían á las victorias y las represalias más horrendas eran la continuación del triunfo, es notable y satisfactorio encontrar jefes que, como Torres, se mantuvieron siempre á la altura de un generoso vencedor. Sin éste la revolución habria terminado en Aculeo; pero sus esfuerzos y su intrepidez suministraron á Hidalgo poderosos refuerzos, á la revolución numerosos defensores y gran pábulo al incendio revolucionario de la Nueva-España.

En la época de que me ocupo, la autoridad de Guadalajara residía en el Brigadier D. Roque A-

barca, que era además Presidente de la Real Audiencia é Intendente. Con motivo de la prisión del Virrey Iturrigaray en 1808, Abarca que la había reprobado aunque sometiéndose sumisamente á la autoridad que fué puesta en su lugar, desmereció la confianza de los comerciantes y ricos españoles de México y de Guadalajara, que llevaron su insolencia hasta amenazarlo si no declaraba traidor á Iturrigaray, habiendo perdido desde entónces su influencia como gobernante, al grado de que sus mismos subordinados hacían muy poco caso de su autoridad: el Comandante de la división del Sur D. Francisco Palacios de Vilchez, abandonó su puesto cuatro veces yéndose á México sin su licencia, y habiéndose desertado un hijo de éste que servía de teniente de milicias, Abarca dió parte al Virrey Garibay y la respuesta fué ascender al culpable al grado de capitán.

Por todo esto y abusando de su debilidad, promovieron aquellos influentes españoles la formación de una Junta que, con el título de *Superior Auxiliar de Gobierno, Seguridad y Defensa de Guadalajara*, solo sirvió para debilitar la acción de éste. Tal junta presidida por el Dr. D. Francisco Antonio de Velasco, estaba compuesta de sacerdotes, letrados y comerciantes, con lo que está dicho que la dirección de la guerra y los medios de defensa no estaban en las más hábiles manos. El día 29

de Setiembre se instaló la expresada junta y expidió la siguiente proclama:

“Habitantes de Guadalaxara y de todo el Reyno de la Nueva Galicia.

Vuestra noble Paz, lealtad y union, vuestro generoso candor y sencilla buena fé, y vuestro inviolable amor al buen orden y sociogo público: Son tan patentes y exemplares á toda esta America, como gratas á las Potestades que legitimamente nos gobiernan, y que congregadas la noche del día de ayer en el Real Palacio de esta Capital, han tenido la dignacion de Constituirnos auxiliares suyos y de su poder, encomendandonos el desempeño de las funciones mas graves y conducentes, á conservar y defender la tranquilidad comun, y con ella, las vidas é intereses de los particulares, en unas circunstancias en que tanto peligran, si no se sofocan en su principio, el alboroto, confusion y desórden, ni se ataja el progreso de los horrores y estragos, de que ya sabreis, que son infelice víctimas la Villa de San Miguel el grande, el Pueblo de Dolores, y algunos otros de la Nueva España. Mirad en ellos por un momento la sangre que ha corrido, las familias que han perecido, ó quedado hechas juguete de la indigencia, los espantables crímenes que se han cometido, y en una palabra, la debastacion que en ocho dias solos ha producido el fuego abraador, y la desenfrenada furia de las pasiones

mas crueles, fomentadas por la rebelion. Volved despues los ojos á estos preciosos Paisés, en que vuestras virtudes religiosas, morales y politicas presentan el espectáculo mas satisfactorio, en la subordinacion de hijos á Padres, de criados á sus Amos, de subditos á Superiores y Magistrados; y en la cordial y reciproca benevolencia de los Hermanos, Parientes, Amigos y Conciudadanos. Unios mas estrechamente con lazos tan Sagrados; no deis oido á las máximas subersivas, que intentan cortarlos; escuchad atentamente, y observad las persuaciones y exemplos de vuestros zelosos Párrocos y demas Ministros del Santuario; sed fieles á vuestros juramentos, y estad subordinados como á Dios, á las Potestades legítimas; no altereis vuestro reposo, ni perdais la felicidad que os proporciona; traed á la memoria el valor y constancia que os distinguen, y á que se debió no muchos años ha el haber exterminado un ruidoso tumulto en el populoso Real de Guanaxuato: contribuid á los designios de este congreso: y estad seguros, de que los miembros que lo componemos, nada omitiremos para llenar la confianza del Gobierno, ni perdonaremos á fatigas, desvelos, ni sacrificios, por grandes que parezcan, á trueque de alcanzar en obsequio vuestro, la mejoría y adelantamiento de vuestros verdaderos y sólidos intereses, á que por tantos títulos sois acrehedores. Junta Superior auxiliar de Gobierno,

seguridad y defénsa, Guadalaxara, Septiembre 30 de 1810.—*Roque Abarca.*—*Juan Nepomuceno Hernandez de Alba &c.*—*Dr. Juan Josef Cordon.*—*Dr. Toribio Gonzalez.*—*Angel Antonio Mazon.*—*Juan Mannel Coballero.*—*Josef Maria Zabala.*—*Dr. Francisco Antonio de Velasco.*—*Dr. Fr. Josef Mestres.*—*Francisco Vicente Partearroyo.*—*Josef Antonio Dávalos.*—*Ignacio Estrada.*—*Miguel Portillo.*—*Tomás Ignácio Villaseñor.*—*Vicente Garro, Secretario.*”

Esta se mandó á todos los curas con la siguiente circular, que demuestra el celo que el Sr. Obispo Cabañas desplegó por combatir una insurrección tan gloriosa.

“El exemplar que acompaña á este, es de la proclama publicada por la Junta Auxiliar de Gobierno instalada en esta capital el 29 del último Setiembre: su tenor instruirá á U. de los loables sentimientos que promueve, y de las interesantes verdades que conviene inculcar con la mayor viveza y poner en toda claridad á la vista del pueblo para evitar su seducción, y los considerables trastornos que le son consiguientes; como lo espero del celo, fidelidad y patriotismo que U. ha acreditado siempre y exigen las urgentes circunstancias del dia. Al efecto publicará dicha proclama desde el púlpito, y la fijará en la puerta principal de la Iglesia para que pueda el pueblo cómodamente enterarse de su contenido.—Dios guarde á U. muchos años.

Guadalajara, Octubre 4 de 1810.—† JUAN CRUZ, Obispo de Guadalajara.”

No se limitó el Prelado á exhortaciones, sino que pasando á los hechos, formó un escuadrón para combatir la Independencia que llamó de la “Cruzada,” compuesto del clero regular y secular, sacristanes y personas adeptas, que llevaban por distintivo una cruz roja en el pecho, y que se reunían y hacían ejercicios militares á toque de campana, y no contentos aun con eso, haciendo uso de cuantas armas se podían esgrimir contra la nueva causa en una sociedad ignorante y fanática, fulminó en 24 de Octubre en un largo edicto, excomunión “contra quantos han admitido ó admitieren, aconsejado ó aconsejaren, aprobado ó aprobaren, auxiliado ó auxiliaren, promovido ó promovieren, recibido ó recibieren la correspondencia, sedición y seducción de esos protervos; contra el Cura Hidalgo, sus aliados Allende, Aldama y Abasolo, sus compañeros y secuaces y quantos de cualesquiera suerte voluntariamente aprueben, auxiliaren, ó favorezcan sus proclamas, planes, opiniones y designios.”

Abarea, por su parte, llamó á las armas á los provinciales, hizo venir fuerzas de Colotlán y reunió más de doce mil hombres segun él mismo refiere.

Ese era el estado de la Nueva Galicia al tiempo de iniciarse en ella la gloriosa y sangrienta guerra de independencia.

Cuando el Sr. Hidalgo se dirigia á Guanajuato

en Setiembre de 1810, se le incorporó en Irapuato el Sr. D. José Antonio Torres, administrador de una hacienda vecina, por lo que sus soldados le llamaban el “amo Torres.” No pudo conocer el venerable cura Hidalgo en aquel momento el mérito de su nuevo aliado, ni comprender tampoco los servicios eminentes que habia de prestar á su causa.

D. José Antonio Torres era mestizo, natural de S. Pedro Piedra Gorda en el Estado de Guanajuato; y de Irapuato pasó con su comisión á Michoacán y Nueva Galicia insurreccionando pueblos y procurando disciplinar á aquella turba, que, compuesta en su mayor parte de indígenas de Zamora, Zacoalco, Sayula, Colima y otros pueblos, sin más armas que hondas, lanzas y palos, tenía que sostener sus derechos sagrados contra fuerzas bien equipadas y disciplinadas.

La presencia del nuevo caudillo independiente en la Nueva Galicia puso en alarma á sus autoridades, que comenzaban á inquietarse por la presencia de algunos insurrectos por el rumbo de La Barca á donde marchó luego el Oidor Recacho con la primera división, para bien pronto volver vergonzosamente derrotado por Navarro, Portugal, Huidrobo y Encarnación Rosas.

Trabóse bien pronto cierta rivalidad entre el Ayuntamiento y la Junta de Seguridad excitándose recíprocamente á prepararse á la lucha y aun inculpan-

do su respectiva morosidad. El Ayuntamiento con fecha 17 de Octubre dirigió á la Junta un oficio manifestando que aunque se había nombrado por ella Comandante de la artillería á D. Ramón Candamo, no creía que tuviera las luces necesarias, por lo cual proponía al Capitan D. García Cerpa por haber sido marino; repitiendo sus instancias tres dias después y quejándose de: Contestó la Junta el 24, negando que estuviere en inacción, "pues hay mucha diferencia, decia, entre el proponer una cosa á ejecutarla y todo el patriótico celo de V. S. debe estar convencido de esto cuando con toda su actividad y eficacia no ha podido aun aprontar las mil sillas de montar que desde el 2 del presente se le pidieron," y en muestra de su celo, manifestaba que había ya ordenado que ningun europeo pudiera salir de la plaza. En oficio del 20 le decia la corporación municipal al Presidente Abarca: "La Junta auxiliar por componerse de tanto vocal, entorpece las providencias actuales que deben ser todas executibles." pasándose en estas inútiles observaciones un tiempo que no supieron aprovechar.

Luego que en Guadalajara, á fines de Octubre de 1810, se supo la toma de Zacualco por Torres, se nombró al Sr. D. Tomás Ignacio Villaseñor, rico hacendado, Mayorazgo de Huejotitlán y Teniente Coronel, (tio del autor) para que con la segunda división saliera á batirlo. En la capital se hizo co-

rrer la especie de que el ejército insurgente era una chusma cobarde de indios que huirían sin combatir; que su jefe era un hombre rústico, enteramente inepto para la guerra y otras semejantes, que tuvieron por objeto infundir valor en los soldados de Villaseñor y entusiasmar á los jóvenes de la capital. Así sucedió; multitud de estos dedicados á las letras y al comercio y que formaban la flor de la juventud en Guadalajara, llenos de entusiasmo y creyendo dar un paseo triunfal, se presentaron en las filas realistas. La división de Villaseñor se componía de dos compañías de jóvenes voluntarios, de tres compañías de Tepic, del Regimiento de la Corona y del de Nueva Galicia, de los milicianos de Colima, de las tropas de Colotlán y una pieza de artillería de la marina. Salió de la capital el jueves 1^o de Noviembre de 1810; pero Torres en lugar de huir como esperaban los defensores del Rey, se preparó para la batalla, mas queriendo evitar la efusión de sangre, porque su carácter fué siempre sumamente humano, dirigió una intimación á Villaseñor; quien en vez de aceptar la paz, contestó al valeroso insurgente que "pronto tomaría venganza de su traición, ahorcándolo."

El domingo 4 de Noviembre dejando las fuerzas realistas el almuerzo preparado en Sta. Catarina, fueron á batir á los insurgentes; pero el resultado no correspondió á sus esperanzas é ilusiones. Ape-

nas formados en batalla, Torres presentó sus desnudos pero decididos soldados, que al punto se precipitaron sobre el enemigo por todos sus flancos, y le arrollaron completamente, despidiendo sobre él una lluvia de piedras, tan tupida que no le permitieron disparar el segundo cañonazo. La acción se dió á inmediaciones de Zacoalco y fué de las más sangrientas, pues según noticias de un testigo que al día siguiente se encontró en el campo, hubo doscientos cincuenta y siete realistas muertos, que él mismo contó.

Durante la batalla, un soldado insurgente lazó con un cabestro al Sr. Villaseñor que fué salvado de una muerte segura por uno de sus vaqueros que violentamente cortó el lazo con su espada, y de esta manera fué hecho prisionero y presentado al Sr. Torres. Este generoso vencedor no obstante el furor de sus soldados, y á pesar de la injuria y amenazas que un día ántes había sufrido del jefe realista, en vez de sacrificarlo, ensangrentando sus laureles, lo trató con toda clase de consideraciones, poniéndolo después en libertad. Este hecho basta para conocer el corazón nobilísimo del distinguido patriota mexicano, que así daba una lección á los jefes españoles que sedientos de sangre, no la aprovecharon, porque al ser defensores de la tiranía y de la injusticia tenían que pagar tributo á la mezquindad de sus pasiones!

En la batalla de Zacoalco quedaron prisioneros, además del jefe Villaseñor, D. Leonardo Pintado, jefe de las tropas de Tepic, D. Salvador Batres, capitán de voluntarios, y otros muchos sin que á ninguno de ellos se les hiciera el más insignificante daño, habiendo muerto entre otros jefes, el teniente del regimiento de la Corona, Gariburo y D. Pascual Rubio, Comandante de las compañías del comercio. Así perecieron una multitud de personas acomodadas, víctimas del engaño y la superchería, y los que por aquella expedición creían obtener una ascensión al Capitolio, encontraron sólo una prematura muerte.

Para juzgar de la rusticidad é ignorancia de los soldados vencedores, baste saber que muchos de ellos que se apoderaron de los relojes pertenecientes á los españoles muertos, al oír el ruido del movimiento de las máquinas, los arrojaban furiosos contra las piedras diciendo: "tienen el diablo adentro."

Los Sres. Alamán, Arrangoiz y otros aseguran que la batalla de Zacoalco tuvo lugar el día seis de Noviembre, y el Sr. Alvarez que el siete; pero estoy informado por un testigo presencial, que se verificó el domingo cuatro de Noviembre de 1810 cerca de las ocho de la mañana.

Tan luego como se supo en Guadalajara el desastre de Zacoalco, cundió por toda la población un pánico atroz y muchos españoles se prepararon

para salir de ella, porque temieron ser víctimas de la turba.

La "Junta Auxiliar de Gobierno" se disolvió inmediatamente; lo mismo sucedió con el cuerpo de la Cruzada, yéndose el Obispo precipitadamente para San Blas; y el Presidente Abarea viendo que no tenía tropas con qué resistir, porque las que no habían sido completamente destruidas se habían desertado, quedándole únicamente 110 reclutas y un oficial veterano, y viendo también que los mismos españoles, que debían ser los más interesados en que se verificara la defensa, no querían ya á consecuencia del terror que los dominaba, prestarse para ella, sino sólo salvar sus personas por medio de la fuga; diciendo en una junta á que aquel los convocó "que no eran soldados y no debían cuidar sinó del número uno," se retiró á la villa de S. Pedro donde se enfermó pocos días después.

Torres, cubierto de gloria, tanto por el triunfo como por su noble y generosa conducta, dió parte al Sr. Hidalgo y se dispuso luego para ocupar la capital de la Nueva Galicia. De allí salió á encontrarlo hasta el pueblo de Santa Ana una comisión nombrada por el Ayuntamiento y encargada de conseguir del caudillo victorioso, garantías para los habitantes, y compuesta de los Sres. D. Ignacio Cañedo y D. Rafael Villaseñor. El vencedor, que tan humano se había mostrado, no pudo ménos que ser

consecuente con los nobles sentimientos de su corazón y ofreció sin repugnancia las garantías que se le pedían.

Llegó á Guadalajara, el 11 de Noviembre á las nueve de la mañana, é hizo su entrada triunfal por la garita de Mexicalzingo, conservando en sus tropas el mayor orden, de manera que más bien parecían compuestas de soldados veteranos que de indios desorganizados é incultos. Tan luego como ocupó la capital guardó fielmente la palabra dada, se aconsejó de uno de los jurisconsultos de la Audiencia, reorganizó esta reemplazando á los Oidores españoles que habían huido, y dió un bando de policía en el que expresó la norma y el plan de sus procedimientos. El mismo dia entraron los Coroneles insurgentes Portugal y Navarro procedentes de La Barca donde habían derrotado á Recacho, suscitándose entre ellos la cuestión sobre quién habría de ejercer el mando. El vencedor de Zacoalco no quiso resolverla por sí, sino que tomando el mando interinamente, dió parte á Hidalgo de lo acontecido y lo invitó á que viniese á recibir el mando supremo.

En la confusión de ideas políticas y económicas que reinaba en la revolución, uno de los más lamentables errores que prevalecían en los ánimos de los independientes, fué la creencia de que los europeos poseían injustamente bienes en nuestro país,

y de allí dimanó una serie de medidas no solo impolíticas, sino inicuas que no contribuyeron poco para desprestigiar la nueva causa. Torres no pudo eximirse de semejantes errores y preocupaciones, así es que á los dos dias de ocupada la capital de la N. Galicia, pidió al Ayuntamiento que nombrase una comisión para que inmediatamente procediera al embargo de aquellos bienes, y habiendo nombrado la Corporación Municipal á los Sres. D. Martín Dávila, D. Felipe Solís, D. Mariano Rodriguez, D. Manuel Berdeja, D. Ramón Parra y D. Josef Zapata, todos vecinos muy distinguidos, les fué expedida la siguiente curiosa credencial, que revela á la vez que la más crasa ignorancia, una honradez notoria, supuesto que aun para los despojos injustificables se encargaba al mismo Ayuntamiento, depositándose los bienes en toda forma.

Don Jose Antonio Torres Capitan Comandante de la Division de las Tropas Americanas por el Exmo. Sr. Capitan General Dr. D. Miguel Hidalgo y Costilla, Comandante General de las Armas en esta Ciudad y su Provincia.

Por el presente autoriso con facultad amplia y bastante, quanta necesaria sea, á los Comisionados que ha nombrado el llustre Ayuntamiento para el embargo de los Bienes de los Europeos que haya dentro de esta Ciudad anotando por mayor los que

sean con fee del Escrivano y pasandolos á las respectivas tiendas de las casas á que correspondan; y hecho esto se entregarán las llaves dejando las puertas cerradas y selladas, y mando á todos los Cuarteles y Guardias presten el auxilio que les pidan dichos Comisionados; y para constancia de todo les autoriso como dicho es por el presente en Guadalupe á 17 de Noviembre de 1810.

Capitan Comandante—*Joseph Antonio Torres.*

Viendo la moderación con que el Sr. Torres se conducía, el Ayuntamiento, á instancias del Mayorazgo D. Ignacio Estrada, le pidió con fecha 16 del mismo mes que atendiendo á lo bien que se había portado el Sr. Presidente Brigadier D. Roque Abarca en los cinco años que había estado al frente de la provincia, así como á su avanzada edad, le permitiese permanecer en Guadalupe sin cargo ni destino alguno. El bravo insurgente accedió de buen grado á una solicitud que tan de acuerdo estaba con los sentimientos de su corazón, y en tal virtud el Sr. Abarca quedó enteramente libre, como lo estuvo también D. Tomás I. Villaseñor, el prisionero de Zacoalco, quien murió en 1818 habiendo pasado los últimos años de su vida en el convento de S. Juan de Dios á donde se retiró.

La generosa conducta de Torres y de Hidalgo con estos dos distinguidos realistas, resalta más si

se compara con la del Gral. Cruz, entre otros, que en 11 de Marzo del siguiente año se negó á conceder el indulto á los desgraciados clérigos D. José Pérez, Fr. Felipe Conejo y Fr. Mariano Orozco que se habían manifestado por la independencia, no obstante las súplicas del Cabildo Eclesiástico y la escasa significación de las víctimas, que en nada podían compararse con el Presidente de la Nueva Galicia y con el jefe de las tropas realistas.

Torres se alojó en la casa del Mayorazgo D. José Ignacio Cañedo, quien por la amistad que le profesaba, por sus ideas favorables á la causa revolucionaria y por haber salido de la ciudad á la aproximación de los realistas, fué puesto preso en la cárcel pública y confiscados sus bienes luego que estos ocuparon la ciudad, permaneciendo en prisión hasta pocos días antes de su muerte en que, por singular gracia, se le permitió salir á morir á su casa.

Hidalgo que entonces estaba en Valladolid, recientemente derrotado en San Gerónimo Aculco, aceptó la oferta que se le hiciera y se dirigió para la capital de la Nueva Galicia donde hizo su entrada el 26 de Noviembre, acompañado de algunos jefes, entre ellos Foncerrada y Villalongin, con tres mil hombres de caballería y sólo doscientos cuarenta infantes. Esta expedición la hizo por Zamora, donde fué muy celebrada su llegada recibiendo de aquella población siete mil pesos para los gastos de

guerra. Allí se detuvo un día y siguió su marcha por La Barca, tomando el camino de la hacienda de Atequiza, donde lo esperaban en veintidos coches de las principales autoridades presididas por una comisión del Ayuntamiento, compuesta del Lic. D. Anastasio Reinoso y D. Rafael Villaseñor. Llegó por la mañana á San Pedro donde lo obsequiaron con un espléndido festin y por la tarde entró en triunfo á la capital, dirigiéndose con su comitiva, entre las filas de los bravos de Torres, á la iglesia Catedral en la que se celebró un Te Deum.

Al entrar al templo, esperábanlo los canónigos en la puerta, y al ofrecerle agua bendita, la tomó Hidalgo diciéndoles en tono de burla, "aquí tienen usías al hereje." Si bien no es cierto que se le diera baile alguno, como afirma Alamán, sí lo obsequiaron los más respetables vecinos con banquetes, en los cuales, por estar entonces de moda el asado, al cual era muy aficionado, preguntaba con interés al sentarse á la mesa, segun lo he oido referir á personas que lo oyeron, "¿hay asado?"

Permaneció Hidalgo en Guadalajara hasta el día 14 de Enero de 1811 ocupándose en organizar el gobierno para cuyo efecto crió dos Ministerios, uno llamado de "Gracia y Justicia" y otro "Secretaría de Estado y del Despacho," el primero á cargo del Lic. D. José María Chico y el otro al del Lic. D. Ignacio López Rayon, que tanto se distinguió por

su patriotismo; nombró al benemérito cura Mercado, jefe de las fuerzas del Poniente y en Diciembre expidió un decreto aboliendo la esclavitud en Nueva España; este decreto que tanto repugnó en aquel tiempo y que fué sumamente censurado, fué una consecuencia natural de la idea de libertad, que aunque no con toda precisión, se hallaba grabada en los corazones de los caudillos independentes y es uno de los timbres gloriosos del benemérito Hidalgo.

En el mismo mes tuvo lugar un acontecimiento de funestas consecuencias para los independentes: aprehendió Hidalgo á muchos españoles y los mandó degollar. El número de estos desgraciados es desconocido: el Sr. Alamán dice que fueron cerca de mil y el Sr. D. C. M. Bustamante, cerca de setecientos; yo he sido informado por personas que se hallaron en la capital durante ese tiempo, de que fueron ménos de doscientos, número todavía muy eredido tratándose de inocentes, pero muchísimo menor que el referido por los historiadores, quienes escribiendo muy poco tiempo después, cuando aún permanecía el terror, recibieron tal vez exagerados informes. Esta es sin duda la mancha de Hidalgo; mancha que no puede borrarse, ignorando las causas que éste tuvo para cometer tal acción, tanto más grave cuanto que, como expresa el Sr. Zárate: "Fué buena, noble y santa la causa de la In-

dependencia y no necesitaba para su victoria de crímenes que no podemos disimular ni defender." El Sr. Bustamante pretende que amenazaban los españoles desde su cautiverio, el éxito de la revolución y que debido á esto fué tomada la resolución de degollarlos. Yo creo que esto es sólo una excusa más bien que un hecho comprobado. La terrible matanza empezó el día 13 de Diciembre (y no el 12 como dice Alamán.) Los españoles en partidas de 20 á 30 eran conducidos á las once de la noche del antiguo Seminario, (hoy Liceo), á las barrancas de Belen, y al cerro de San Martín donde eran degollados: montados en unos malos caballos y conducidos por muchos indios eran guiados por unos que llevaban una linterna, caminando clavo á clavo en el mayor silencio. Estas partidas salían al principio cada tercer día y después se dilataban por más tiempo. Muchos de ellos se salvaban por rescate, algunos por compasión de los mismos conductores y no pocos por indulto de Hidalgo.

Nombró al Sr. D. Pascasio Ruiz de Letona plenipotenciario de México en los Estados-Unidos, extendiéndole un nombramiento en el que se conoce el pcco conocimiento que tenía del Derecho de Gentes, pero que prueba su patriotismo y buena fé.

El 12 del mismo mes llegó D. Ignacio Allende,

después de la derrota de Guanajuato, alojándose en la casa del Sr. Ortiz Monasterio, sita frente de la esquina S. O. del Palacio, y todos los jefes se dedicaron á la formación de nuevos soldados. Durante este tiempo Torres permaneció á su lado.

Cuando el sanguinario Calleja se dirigió á atacar al héroe de la Independencia, este no lo esperó en la capital, sino que el 14 de Enero salió para el puente de Calderón donde se propuso esperarlo.

Los realistas habian combinado el plan militar de que Calleja con seis mil hombres, de los cuales tres mil eran de caballería, estando la infantería formada de los regimientos de la Corona, de la Columna, ligero de San Luis y escopeteros de Sierra Gorda, con diez piezas de artillería, vendria por el camino de Lagos, y el Brigadier D. José de la Cruz se le reuniría con dos mil hombres en el Puente de Toluclán, viniendo de Valladolid, para marchar juntos sobre Guadalajara. Hidalgo luego que supo la aproximación de Calleja reunió un consejo de guerra y propuso salir al Puente á encontrarlo. Allende se opuso proponiendo que se fortificase la ciudad y sólo se sacase á la batalla campal el escaso número de tropas organizadas con la artillería útil, para que en caso de un revés quedara un pié numeroso de ejército que entretanto se podría organizar mejor, contando con un punto de apoyo en Guadalajara; pero prevaleció la opinión del primero y salió á las doce del día.

Mucho se ha ponderado el número del ejército independiente que libró la batalla de Calderón, fijándolo en cien mil los Sres. Orozco y Berra, y Alamán, y en noventa y tres mil el Dr. Mora, D. Julio Zárate y otros historiadores á quienes no puede tacharse de enemigos de esa causa para suponer que al aumentar el número lo hacian para darle mayor importancia al triunfo. Calleja y los citados escritores aseguran que sólo la caballería de Hidalgo se componía de 20,000 soldados, mas nó obstante el respeto que se merecen autoridades tan competentes, no puedo ménos de disentir de su opinion, fijando un número excesivamente menor.

Se ha publicado en la inapreciable "Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia" del laborioso Sr. Hernández y Dávalos, una noticia que dió Guadalupe Marín del estado en que se encontraba Guadalajara en principios de Enero de 1811, (tom. 2.º pág. 230) la cual por provenir de un testigo presencial examinado en aquellos mismos dias, merece todo crédito, y en ella afirma que "procuró saber el número de la gente de á caballo con lanzas, y en opiniones sacó por consecuencia de 5 á 6 mil hombres poco más ó ménos, y de á pié como 30,000, pero estos se componen de Lanzeros, Garroteros, Honderos, inclusive 6,000 flecheros." Asegura que el domingo 30

de Diciembre en la tarde, pasó Hidalgo en el llano de San Pedro una especie de revista, que presencié el testigo, por lo cual tuvo ocasión de ver las tropas y poder calcular su número siquiera fuese aproximadamente, siendo de advertir que cualquier error tendria que ser aumentando el número y no disminuyéndolo, pues es notorio que se calcula siempre de más, cuando se trata de contar una muchedumbre. Esa declaración que está confirmada por lo que hace á la artillería insurgente por todas las relaciones de aquella jornada, pues dice que en Palacio había 100 cañones, como en efecto los había, lo que es un dato más para tenerla por verídica, me ha sido corroborada por las noticias que he podido recoger de personas que se encontraron en esta ciudad por aquellos días, por todo lo cual no vacilo en adoptarla como cierta, con tanta más razón cuanto que esas otras cifras de 93 ó 100,000 guerreros, no resisten el crisol de la crítica. En efecto, la ciudad actual de Guadalajara ha aumentado casi el doble de la extensión y de la población que tenía en 1810, y han quedado para cuarteles espaciosos edificios que entonces estaban ocupados por los conventos de San Juan de Dios, San Francisco, Sta. María de Gracia, Capuchinas, Jesus María y el Cármen, á pesar de todo lo cual, hoy no sería posible alojar á 100,000 soldados, mayormente si entre ellos se contaban 20,000 de caballería. Si á esta conside-

ración se agrega la dificultad de conseguir forrages para 20,000 caballos y víveres para 100,000 hombres cuando la población apenas llegaba á 45,000 habitantes, se tendrá como un hecho que no llegó á contarse tan numeroso ejército.

Hay que considerar por último que, como dice muy bien el Padre Mier en la Historia que escribió bajo el seudónimo de José de Guerra, "se ha demostrado por una exacta estadística de las provincias que al principio abrazaron la insurrección, que eran imposibles los millares que soñaron en el Monte de las Cruces, Aculeo, Guanajuato y Calderón" y para justificar su aserto tuvo la paciencia de examinar los partes oficiales de las acciones de guerra, resultando según ellos, que en sólo 50 Gacetas de México, de las 150 que se publicaron en los años de 1811 y 1812, se registran 25,344 *insurgentes muertos* en el campo de batalla, sin contar por supuesto aquellos cuyo número no se especifica en muchos partes en que no obstante, se refieren *horribles carnicerías, mortandades asombrosas, campos sembrados de cadáveres* y batallas en que *no se dió cuartel*; 3,556 prisioneros, 607 que expresamente afirman fueron pasados por las armas, y 207 cañones que les fueron quitados. Se comprende ante semejantes datos, la poca fé que merecen todas las cifras citadas por aquellos combatientes, que á porfia las exageraban por una y otra parte, ora para hacer alarde

de fuerza y popularidad, los unos, ora para enaltecer los otros, la importancia de sus victorias.

Del grueso de aquellos 30,000 hombres que aproximadamente formaban el ejército de Hidalgo, se ocupó Abasolo en organizar algunas tropas, logrando apenas formar siete batallones de infantería, seis escuadrones de caballería y dos compañías de artillería, todo con 3,400 hombres armados únicamente con mil doscientos fusiles, de los que muchos eran recompuestos y casi inservibles y sin otros oficiales instruidos que los pocos de los Regimientos de la Reina y de Celaya. El resto era una chusma casi bárbara, semi desnuda y sin más armas que algunos instrumentos de labranza como garrochas, ó garrotes, hondas, pequeños machetes de fierro empuñado, arcos y flechas. No tenían banderas reconocidas, sino que cada grupo formaba las suyas de diversas formas y colores, á cuyo alrededor se reunían y marchaban en confusión, siguiendo sus tambores ó bien las chirimías que se habían trocado en bélicas trompas, siendo que ántes sólo servían para anunciar en sus pueblos las fiestas religiosas. No estaban mejor equipados ni disciplinados los soldados de caballería, pues los oficiales con su calzonera de cuero abierta hásta la rodilla, los soldados en calzón blanco remangado, en mangas de camisa y sin zapatos, iban armados con algunos sables, lanzas, y la mayor parte sólo con lazos.

Tampoco se hallaba más bien preparada la artillería, que, aunque formada por 94 cañones, de los cuales 44 eran calibre de $\frac{3}{4}$ á 12 de los que había mandado el Cura Mercado del Real Apostadero de San Blas, y los otros con calibre de 2 á 24 eran en su mayor parte de madera con cinchos de fierro, y á pesar de que en ellos cifraban su esperanza de triunfo los insurgentes, no prestaban grandes garantías, pues de los 95 unos cuantos tenían cureñas, hallándose los demás montados en carretas y en carros, que necesariamente hacían imposible la puntería.

El día 16 llegó Hidalgo al puente de Calderón, distante doce leguas de Guadalajara; poco después se presentó Calleja queriendo ocupar esa posición, habiendo habido por ese motivo una pequeña escaramuza. Al siguiente día se dió la notable batalla que lleva el nombre de ese lugar, la cual tanto enva- lentonó á los realistas, quienes á pesar de su completo triunfo debieron conocer que nada importan los reveses para una causa verdaderamente popular. No referiré las peripecias de la batalla, (sobre la cual el Sr. Lic. D. Mariano Otero publicó un notable trabajo), que duró seis horas, entre combatientes tan desiguales: por una parte, un crecido número de soldados, por la otra uno insignificante; de un lado la justicia, del otro la opresión, y por último de un lado la desorganización y la falta de

armas y del otro la disciplina unida á una magnífica provisión de elementos de guerra; y sólo diré que el desastre fué debido en gran parte á desgraciados accidentes, pues una granada dirigida por los realistas incendió unos carros de parque, habiéndose comunicado el fuego al campo entero cubierto de zacate seco, è inflamado por el viento producía un humo denso que daba en la cara á los independientes cuyo accidente protegido por la cetera artillería española, produjo la más completa derrota. Los españoles tuvieron también pérdidas de consideración, entre ellas la del Conde de la Cadena, que era el segundo en jefe y que fué muerto al perseguir á los que huían.

Después de esto los caudillos revolucionarios se dirigieron á Zacatecas y con ellos el Sr. Torres, que se distinguió en la desgraciada batalla por su arrojo y bizarría.

Calleja, sin unirse á Cruz por haber tenido este que batir á Mier en el puerto de Urepetiro, siguió su marcha á Guadalajara de donde salió una comisión presidida por D. Juan de D. Cañedo á recibirle y felicitarle, siendo curioso lo que á éste le pasó en su encuentro con el Brigadier realista. Llevó la palabra Cañedo y empezó su alocucion diciéndole: "Excelentísimo señor: el gobierno de Guadalajara....." siendo entonces interrumpido agriamente por Calleja, quien le respondió: "ni yo

soy excelentísimo, ni en Guadalajara hay gobierno," con lo cual quedó confundido. El día 20 llegó á San Pedro y el 21, entró á Guadalajara siendo recibido con las mismas muestras de simpatía que Hidalgo dos meses ántes. En la tarde y sin aviso anterior, llegó el Brigadier Cruz.

Torres siguió peleando con el Lic. Rayon, y el 1.º de Abril del mismo año, en su retirada del Saltillo, venció con aquel caudillo al Comandante D. Manuel Ochoa, quien á media noche les atacó cerca del puerto del Carnero, en un punto llamado "los Piñones". Allí se condujo con su acostumbrado valor, quitando personalmente al enemigo su artillería. Rayón y Torres continuaron su camino para Zacatecas en medio de mil dificultades y careciendo completamente de agua, al grado de morirse varios soldados de sed, y faltándoles también acémilas en que trasportar sus bagajes, acordaron quemarlos, destruyendo así una porcion de baules llenos de ropa, catres y otros objetos que llevaban, antes que sacrificar los elementos de guerra de que disponían, probando de este modo, que no era la ambición de bienestar, lo que á tan heroica revolución los lanzaba.

Siguieron estos patriotas su marcha para Zacatecas y cerca de aquella poblacion, hubo varios encuentros, entre los cuales fué el principal la derrota del Teniente Coronel D. Juan Zambrano por el in-

trépido Torres en el cerro del "Grillo" Aquel realista tenía á sus órdenes seiscientos soldados de caballería y cuatrocientos flecheros con cuatro cañones. Torres con poquísima tropa avanzó sobre él á las ocho de la noche y le sorprendió, derrotándole completamente y quitándole todos los cañones, muchos fusiles, mas de quinientas barras de plata, la correspondencia y los bagajes. Este triunfo del héroe de Zacoalco le abrió á Rayon las puertas de Zacatecas, cuya plaza ocupó al siguiente día.

Cuando á la aproximación de Calleja, marchó aquel general para Pátzcuaro, iba con él Torres, siendo derrotados por Empáran en la escaramuza del "Magney." Tal era la historia de los independentes: vencedores en un punto eran vencidos en otro; pero las derrotas en vez de destruirlos y desmoralizarlos, los multiplicaban y les daban nuevo brío, lo que sucede en todas las guerras en que se defiende la justicia con fé y entusiasmo.

De la Piedad fué nuestro héroe por mandato de Rayon á Zamora con cuatrocientos hombres y de allí á Pátzcuaro. Se le unieron los guerrilleros independentes Muñiz y Navarrete y con mas de mil hombres se preparó á resistir al Capitan realista Linares, que con iguales ó mayores fuerzas iba á atacarlo. Torres se posesionó de una loma, llamada la "Tinaja" donde tuvo lugar una tan sangrien-

ta como reñida batalla, que duró todo el día 24 de Mayo, ciñéndose en ella el vencedor de Zacoalco un nuevo lauro, derrotando á los defensores de Fernando VII.

Después de ese triunfo marchó á las órdenes del Ministro de Hidalgo, quien creyendo que en Valladolid estaba solo Trujillo con sus fuerzas, se dispuso á atacarlo; pero antes tuvo Torres unido con Muñiz y Navarrete, un encuentro con el Capitan D. Felipe Robledo que había salido de Valladolid, en la loma ó cerro del "Zapote", el día 27 de Mayo, en el cual logró hacerle retirar causándole muchas pérdidas.

El 29 atacó Rayon en compañía de Torres y otros jefes á Valladolid y desalojó á los soldados de Trujillo de la loma de Sta. María apoderándose de la garita de Chicácuaro; el día 30 fué mas reñido el asalto: penetraron los independentes por la calle de Sta. Catalina; pero como ya Trujillo había recibido un considerable refuerzo con la llegada de las tropas del Comandante Linares, se trabó en esa calle una acción reñidísima, teniendo los independentes que retirarse recibiendo el valiente Torres un metrallazo en el brazo izquierdo que le causó una herida de la que no llegó á sanar.

De Valladolid levantó Rayon el campo con tal serenidad y astucia, que los realistas no se aperci- bieron de ello, por lo que se dirigió tranquilamen-

te al pueblo de Tiripitío donde nombró al vencedor de la "Tinaja" Comandante del distrito de Pázcuaro, Zamora, Uruapan y sus alrededores.

Entre tanto que el valiente general y distinguido patriota Rayón, derrotaba el 22 de Junio al temible Empáran, frente á Zitácuaro, y daba también cima al pensamiento de organizar el gobierno, estableciendo una junta en aquella villa el 19 de Agosto de 1811, Torres quedó en su provincia encontrándose con Muñiz en la segunda campaña de Valladolid en Julio del mismo año.

En Setiembre, despues que los jefes realistas Linares y Castillo Bustamante derrotaron á Muñiz, se dirigieron contra Torres quien, con el padre Navarrete, los esperó en la Alberca de Zipimeo, donde el dia 14 de Diciembre despues de dos horas de combate y á pesar de sus heróicos esfuerzos y bizarría, fué derrotado causándole sin embargo al enemigo, pérdidas de consideración.

En el parte pomposo que dá Linares, trata al vencido con el mayor desprecio, llamándole el "arriero Torres." Sin embargo, aunque no fué nunca arriero, debió considerar Linares, que aquel sér despreciable en su concepto, lo había derrotado á él mismo en la Tinaja, á Villaseñor en Zacoalco, á Zambrano en el Grillo, á Ochoa en Piñones, y á Robledo en el Zapote habiendo sido uno de los que con mas éxito, constancia y brío combatieron la odio-

sa causa del Rey. Hoy todos llaman al "arriero Torres" benemérito de la patria y mártir de la libertad, sin que nadie se acuerde del que hacia gala de despreciarlo.

Despues de ese desgraciado suceso, aquel caudillo continuó hostilizando al gobierno virreinal, con una constancia admirable, é inquietando demasiado, tanto á D. José de la Cruz, que era el Presidente de la Nueva Galicia, como á D. Torcuato Trujillo que fungía de Comandante de Michoacan.

Con este motivo, Cruz destinó al Teniente Coronel D. Pedro Celestino Negrete, para que con la mejor division de los reales ejércitos de su mando, lo persiguiera exclusivamente. Así lo hizo, y á consecuencia de esa persecucion, el valeroso insurgente se decidió á atacar al diestro y perito Coronel. Salió de Uruápan y atacó á Negrete cerca del pueblo de Tlasasalca el dia 2 de Mayo, mas habiendo sido derrotado, tuvo que huir, y perseguido por los comandantes Arango y López Merino, fué aprehendido por este último en "Palo Alto", en la madrugada del dia 4 de Mayo de 1812.

La aprehension de tan ameritado caudillo fué muy justamente celebrada, dando Merino, que fué insurgente algun tiempo y se indultó por haberle conseguido esa gracia del general Cruz su esposa en un baile en Tepic, el siguiente parte á D. Pedro C. Negrete, que lo remitió á Cruz y este, al Virrey en los siguientes términos:

Excmo. Sr.—Con muy particular satisfaccion traslado á V. S. el parte que he recibido del teniente coronel D. Pedro Negrete, comandante de la primera division de este ejército y á la letra es como sigue:

“Anoche á las ocho dí á V. S. parte de que salia para sorprender al conquistador Torres que en Tupátaro reunia nueva gavilla, y mi satisfaccion es completa, como de toda la division, al copiar á V. S. el enérgico é interesante del siempre bizarro y muy acreditado comandante de la guerrilla teniente Merino.—Mi comandante: sorprendí al *viejo Torres*, lo hice prisionero, por haber mandado á la tropa que no lo matase para entregarlo á U. vivo. De toda su chusma que se componia de cuatrocientos, los que no murieron á los filos de las bayonetas, *murieron asados* por haber *quemado yo* las trojes donde se metieron. Quedó todo su armamento en mi poder y toda su remonta; solo he sacado al sargento Estrada gravemente herido, lo que me ha sido bastante sensible.—Dios guarde á U. muchos años. Palo Alto, Abril 4 de 1812.—A las tres de la mañana.—*Josef Antonio López Merino*—Sr. D. Pedro C. Negrete.—Se lo enviaré á V. S. vivo para que pague en esa ciudad parte de sus *innumerables delitos*. Dios guarde á V. S. muchos años. Pilas de Arechipo á legua y media de distancia de Palo Alto, á 4 de Abril de 1812.—A las cinco de la ma-

ñana.—*Pedro Celestino Negrete*—Sr. general D. Josef de la Cruz.”

Lo que comunico á V. E. en cumplimiento de mi obligacion, recomendando á V. E. de nuevo el mérito constante y no interrumpido del bizarro teniente coronel Negrete, que no cesa un momento, como ya tengo á V. E. dicho en casi todos mis oficios, de acreditar su valor, su pericia y su infatigable celo. Me veo igualmente obligado á pedir á V. E. por *honor* á la *justicia* y por *premio* al *verdadero mérito*, que se sirva V. E. conceder el que tenga por conveniente al teniente comandante de la guerrilla D. Antonio López Merino, por este *glorioso y distinguido servicio que acaba de hacer á la patria*.

Dios guarde á V. E. muchos años. Guadalajara, Abril 7 de 1812.—Excmo. Sr.—*Josef de la Cruz*.—Excmo. Sr. D. Francisco Xavier Venegas.”

Sin embargo, el *siempre bizarro* Merino no gozó mucho tiempo de su triunfo ni siguió adelante en sus crudelísimas hazañas, porque poco tiempo despues fué muerto por los independientes.

Torres fué conducido á Guadalajara, á donde entró amarrado en una carreta el día 11 de Mayo en conmemoracion del 11 de Noviembre de 1810, en que habia entrado á la misma ciudad victorioso y lleno de gloria. La primera entrada fué la del héroe; la segunda la del mártir. Habiéndole queri-

do poner una argolla en el cuello, con objeto de que llevara levantada la cabeza para que todo el pueblo lo viera, él se rehusó ofreciendo á sus verdugos darles gusto; así sucedió: entró á la capital con la frente erguida, para que el pueblo entero viera que aquel mismo era el que fué dueño absoluto de esa ciudad en donde entónces entraba prisionero sin tener nada de que avergonzarse; erguida, para que todos vieran que su espíritu era superior á su desgracia, demostrando orgullo en ser víctima de una causa tan noble y tan sagrada y por la que ya habia derramado su propia sangre. Se le juzgó por la "Junta de Seguridad," que habia sido instalada por Cruz para conocer exclusivamente de los delitos de infidencia, y habiéndosele hecho cargo de traicion á su rey y á su patria, y de otros delitos semejantes, fué sentenciado á ser ahorcado y descuartizado, segun se expresa en la siguiente sentencia, que es un verdadero monumento de la iniquidad y de la tiranía:

"Guadalaxara Mayo doce de mil ochocientos doce. Vista la confesion que Jose Antonio Torres uno de los primeros y mas principales Cabezillas de la Insurrección hace de sus atroces crímenes; á saber; Que desde el mes de Octubre de mil ochocientos diez salió de Guanajuato con Comision del perverso apostata Miguel Hidalgo para benir concitando como lo executó, á los Pueblos de su tran-

cito para Colima, planes de tierra caliente, Sayula, y Zacoalco, en donde hizo la mas cruel carnizeria en la juventud inesperta, que salió de esta Capital á contenerlo, introduciendose despues á ella en onze de Noviembre de dicho año con el atrevimiento de apoderarse del Real Palacio y del Gobierno á nombre de aquel malvado, y aun sin previa orden suia haciendo imprimir y fixando en el mismo dia Vando de su Gobierno con preceptos y conminaciones, siendo el verdadero origen de los robos, Azezínatos, y demas atrocidades que en esta respectable Capital se cometieron, y de la cual despues de las comisiones que dio para la pricion de Europeos, robos de caudales, é inbaciones de Colima á los Cabezillas su hijo Jose Antonio y Rafael Arteaga, y para los mismos y aun mas funestos efectos sobre Tepic y San Blas al facineroso Cura Mercado, salió para el Puente de Calderon en donde disperso y fugitivo con la demas canalla, continuó bajo las Negras Banderas del Apostata para el Saltillo de adonde regresó por muchos y distantes puntos siempre formando reuniones de malvados hasta el dia quatro del proximo pasado en que se logró su aprehencion con las Armas en la mano, y de Gaviilla por los Exercitos del Rey.—Se declara al mencionado Jose Antonio Torres trahidor al Rey á la Patria, Reo Confeso en casi todas las sentadas atrocidades, condenandolo en concequencia á ser a-

rrastrado, Ahorcado y desquartizado con confiscacion de todos sus bienes, y que manteniendose el cadaver en el Patibulo hasta las cinco de la tarde se baje á esta hora y conducido á la Plaza nueva de Venegas se le corte la Cabeza y se fixe en el centro de ella sobre un palo alto, descuartizandose alli mismo el Cuerpo, y remitiendose el quarto del Brazo derecho al Pueblo de Zacoalco, en donde se fixará sobre un madero elevado, otro en la Horca de la Garita de Mexicalsingo de esta ciudad por donde entró á inbadirla, otro en la del Carmen, salida al rumbo de Tepic y San Blas y otro en la del bajio de San Pedro que lo es para el Puente de Calderon: Que en cada uno de dichos parages se fixe en una Tabla el siguiente rotulo.—*Jose Antonio Torres trahidor al Rey y á la Patria Cabezilla, Rebelde é Inbasor de esta Capital:* Que pasados quarenta dias se baxen los quartos, y á inmediacion de los lugares respectibos en que se habian puesto, se quemen en llamas bibas de fuego, esparciendose las cenizas por el Ayre: que con testimonio de esta sentencia se pase oficio al Subdelegado de San Pedro Piedra gorda para que teniendo el Reo casa propia en aquel Pueblo, y no abiendo perjuicio de tercero por censo y otro derecho Real sobre ella, la haga derrivar inmediatamente y sembrar de sal, dando cuenta con la diligencia correspondiente. Pero antes de proceder

á la execucion de esta sentencia se pazará al Muy Iltre. Sr. General Don Jose de la Cruz para su confirmacion ó lo que hubiere lugar, manteniendose siempre con la maior reserba la Causa, disponiendo su señoria sobre ella y sus contenidos lo que tenga por mas conbeniente. Lo proveyeron y determinaron definitivamente juzgando los señores Presidente y Vocales de la Junta de Seguridad y lo firmaron *Juan Jose de Souza Viena.—Francisco Antonio de Velasco.—Manuel Garcia de Quevedo.—Domingo Maria de Garate.*—Guadalaxara doce de Mayo de mil ochocientos doce.—Execute-se la sentencia.—*Josef de la Cruz.*”

El 23 de Mayo se ejecutó la pena, horrorizando los pormenores. Por la mañana de ese memorable dia, en que se ejerció la más ruin de las venganzas, formó la tropa de Nueva Galicia en la Plaza de Venegas, donde estaba preparada una horca elevadísima, pues se habia dispuesto que fuera de altura doble de la ordinaria. Fué conducido Torres á ella, acompañado de un sacerdote y luego que llegó al patibulo fué ahorcado, quedando suspenso en el aire por algunas horas. Le cortaron la cabeza y la clavaron en la misma horca, donde permaneció cuarenta dias, descuartizándolo con todos los demás repugnantes y crueles detalles contenidos en la sentencia.

El Sr. D. José Antonio Torres era un hombre

de bastante talento natural, de una alma generosa y un parecer humilde, habiendo tenido la satisfacción de ser representado en la Junta de Zitácuaro, mereciendo tambien que el Sr. D. Carlos María Bustamante dijera de él en su "Cuadro Histórico", que bajo un traje humilde ocultaba los tamaños de un general y la magnanimidad de un príncipe.

No contentos los realistas con tan sanguinaria y bárbara ejecución, arrasaron su casa en S. Pedro Piedra Gorda y cubrieron de sal su superficie, como queriendo impedir que fructificara la semilla de libertad que aquel gran ciudadano habia sembrado con su espada y regado con su sangre. No obstante eso, diez años despues ya habia fructificado.

Así se despedazó el cuerpo de aquel valiente, que nunca manchó sus laureles con la sangre de los vencidos! De tal modo se trató de traidor al que daba su vida por su patria! Así al sacrificio se añadía la burla; pero hoy en el libro de la Historia no se lee tal inscripcion sarcástica, sino otra bien diversa: "*Antonio Torres, generoso y valiente mártir de la independéncia mexicana, benemérito de la patria.*"

II.

D. JOSE M. MERCADO.

"Rota la terrible espada,
Por mil heridas sangrando,
Adelantóse furioso
A orillas de hondo barranco,
Y maldiciendo iracundo
A traidores y á tiranos,
Al fondo de la honda sima
Precipitó su caballo,
Donde los de Cruz le vieron
Hecho sangrientos pedazos."

Sucede siempre que en las largas guerras en que se combate por la libertad de los pueblos, sucumben millares de víctimas, que, al alcanzar la palma del martirio, no obtienen sin embargo, el lauro de la gloria. Sus nombres permanecen en el olvido, y sus proezas y sacrificios, quedando igualmente ignorados y cubiertos por el indiferentismo más punible, no pasan á la posteridad, concluyendo así con su muerte la historia de esos héroes. Después, cuando las más oscuras sombras del tiempo han cubierto esas tumbas sagradas, la patria busca en vano á sus defensores; quiere que sus nombres pasen á la inmortalidad y sus esfuerzos y hazañas sean conocidos del mundo entero; pero es tarde,

de bastante talento natural, de una alma generosa y un parecer humilde, habiendo tenido la satisfacción de ser representado en la Junta de Zitácuaro, mereciendo tambien que el Sr. D. Carlos María Bustamante dijera de él en su "Cuadro Histórico", que bajo un traje humilde ocultaba los tamaños de un general y la magnanimidad de un príncipe.

No contentos los realistas con tan sanguinaria y bárbara ejecución, arrasaron su casa en S. Pedro Piedra Gorda y cubrieron de sal su superficie, como queriendo impedir que fructificara la semilla de libertad que aquel gran ciudadano habia sembrado con su espada y regado con su sangre. No obstante eso, diez años despues ya habia fructificado.

Así se despedazó el cuerpo de aquel valiente, que nunca manchó sus laureles con la sangre de los vencidos! De tal modo se trató de traidor al que daba su vida por su patria! Así al sacrificio se añadía la burla; pero hoy en el libro de la Historia no se lee tal inscripcion sarcástica, sino otra bien diversa: "*Antonio Torres, generoso y valiente mártir de la independencia mexicana, benemérito de la patria.*"

II.

D. JOSE M. MERCADO.

"Rota la terrible espada,
Por mil heridas sangrando,
Adelantóse furioso
A orillas de hondo barranco,
Y maldiciendo iracundo
A traidores y á tiranos,
Al fondo de la honda sima
Precipitó su caballo,
Donde los de Cruz le vieron
Hecho sangrientos pedazos."

Sucede siempre que en las largas guerras en que se combate por la libertad de los pueblos, sucumben millares de víctimas, que, al alcanzar la palma del martirio, no obtienen sin embargo, el lauro de la gloria. Sus nombres permanecen en el olvido, y sus proezas y sacrificios, quedando igualmente ignorados y cubiertos por el indiferentismo más punible, no pasan á la posteridad, concluyendo así con su muerte la historia de esos héroes. Después, cuando las más oscuras sombras del tiempo han cubierto esas tumbas sagradas, la patria busca en vano á sus defensores; quiere que sus nombres pasen á la inmortalidad y sus esfuerzos y hazañas sean conocidos del mundo entero; pero es tarde,

porque ya el olvido y la ignorancia han ocultado á esos mártires de la tiranía y de la historia, y entónces sólo consagra á su memoria una gratitud acompañada de confusos recuerdos. Y cuántos de estos héroes ignorados cuenta México en su vida! Cuántos patriotas sacrificados sin que noticia alguna se tenga de sus esfuerzos infructuosos! Y cuántos también que habiendo cooperado en primer término á la independencia y libertad de su patria, han obtenido sólo un lugar secundario entre sus libertadores, siendo por tanto, víctimas de la injusticia; aun más allá de la tumba!

Entre esas víctimas inmoladas sin recibir el premio merecido, debe contarse al benemérito Cura D. José M. Mercado, que habiendo prestado á su causa sagrada servicios de la mayor magnitud, sólo se le cuenta entre los que de una manera secundaria sirvieron á la patria en aquellos dias aciagos, hallándose su nombre confundido entre los soldados de la Independencia de segundo orden, cuando debiera estar escrito con letras de oro en la página más brillante de la historia mexicana.

El Sr. D. José M. Mercado nació en el Teul y fué hijo de D. José Mercado, de una familia honrada y acomodada, descubriendo desde su infancia un talento no común, por lo que fué dedicado á la carrera de las letras. Hizo sus estudios en el Seminario de Guadalajara, donde dedicado á la Teo-

logía, concluyó unos brillantes cursos, recibiendo las sagradas órdenes. Habiendo el Sr. Obispo Cabañas establecido en aquel tiempo el Clerical para propagar la enseñanza de la Iglesia, dedicaba para él á los sacerdotes más distinguidos por sus conocimientos y ejemplar conducta, por lo que destinó á Mercado como uno de los más á propósito para ejercer el apostolado.

Cuando estalló la revolución gloriosa de 1810, estaba Mercado de cura en Ahualulco, de cuyo pueblo era Sub-delegado D. Juan José Zea; y teniendo noticia de la toma de Guanajuato por Hidalgo, de la derrota de los realistas en el Monte de las Cruces y de la que sufrieron los de Nueva Galicia en Zacoalco por D. José Antonio Torres, así como de la marcha de este jefe sobre la capital, de la provincia, se decidió á abrazar la causa de la Independencia, conociendo desde luego que por ella se habría de levantar bien pronto el pueblo entero.

Se sublevó contra el gobierno virreinal en Ahualulco á principios de Noviembre de 1810, con el Sub-delegado Zea. El pronunciamiento del Cura Mercado causó grande admiración entre sus enemigos, por ser de unas costumbres purísimas, ¡cómo si el abrazar la más noble de las causas, la de la independencia y la libertad de su patria, se opusiera á la virtud! Mercado nunca desmintió la buena opinión en que era tenido, probando así que un jefe insurgente

podía ser, como realmente era, superior á muchos realistas, tanto en su conducta privada, como en inteligencia, por mas que á muchos, y entre ellos á Hidalgo, les fuere negada esta facultad por los realistas, así su naturaleza humana y aun llamándoles EX-HOMBRES.

Inmediatamente se dirigió el nuevo insurgente á Torres, pidiéndole autorización para emprender la campaña de Tepic y San Blas, la que le fué dada con gran placer de aquel patriota.

Desde luego demuestra Mercado su talento al haberse empeñado en hacer esa campaña que tenia la mayor importancia, porque era la única parte de la Nueva Galicia que aun permanecía en poder de los realistas, pues allá se habían refugiado las principales autoridades de Guadalajara, como el Obispo Cabañas, los Oidores Recacho y Alva y muchos españoles; y principalmente porque la revolución ganaría un ciento por ciento con la adquisición de San Blas, en virtud de haber allí multitud de elementos de guerra, de que carecía, y por tener abierta la comunicación con el exterior.

Por esto comprendió que ese puerto era una fuente de recursos de que debía apoderarse inmediatamente, y marchó para allá con menos de seiscientos indios, armados como todos los que componían las huestes revolucionarias, con uno que otro fusil, con flechas, hondas, lanzas y palos.

Llegó á Tepic el 20 de Noviembre y deteniéndose en la loma de la Cruz, sentó sus reales clavando una bandera blanca; mandó en seguida á D. Juan José Zea en unión de otros dos insurgentes á intimar rendición, quienes se dirigieron al Sr. Cura D. Benito Antonio Vélez, por no estar en la plaza los jefes militares, pues el comandante se hallaba en San Blas y el capitán de los veteranos, que era la única tropa que guarnecía la ciudad, había sido llamado á Guadalajara por Abarca. Sin disparar un tiro entró de paz cerca de las ocho de la noche del mismo día, habiendo recibido las seis piezas de artillería que allí se hallaban y unidoselos veteranos.

Al ocupar aquella plaza pidió á las corporaciones que reconocieran el nuevo orden de cosas, obteniendo de la comunidad de crucíferos la siguiente contestación, notable por la astucia con que estaba redactada, aprovechando tan bien la confusión de ideas políticas que reinaba en la causa independiente en los primeros días, que lo mismo podía haberse dirigido sin comprometerse en nada, á Hidalgo ó al Virrey Venegas:

“Los Padres Guardian y Súbditos de este Convento de la Santa \dagger contestan al oficio de V. S. diciendo: que abrazan gustosos la defensa de la religion, Patria y Soberano Fernando 7.^o coadyuvando para el efecto con quanto alcanzan sus religiosas facultades.—Somos de V. S. atentos servi-

dores y Capellanes.—Fr. Gervasio Dorado.—Fr. Alonso Galan.—Fr. Josef Segura.—Fr. Isidro Cerezo.—Fr. Joaquin Miranda.—Al Sr. D. José M. Mercado Comandante de las Armas Americanas.”

Una vez dueño de Tepic, permaneció siete dias dedicándose durante ellos á propagar la revolución por aquellos pueblos, insurreccionando toda la sierra y todas las poblaciones de indígenas, por lo cual muy en breve vió aumentarse su indisciplinado ejército hasta cerca de dos mil hombres con los seis cañones de que se había apoderado, con el que se dispuso á atacar á San Blas, punto objetivo de sus operaciones.

Llegó á aquel puerto, del cual era jefe el Capitan de Fragata D. José Lavayen, el dia 28 de Noviembre y le intimó rendición; mas no habiendo recibido respuesta alguna, el 29 le dirigió un *ultimatum*, en el que amenazaba llevar la campaña á sangre y fuego si dentro de la media hora siguiente no salían parlamentarios de paz. Amedrentado Lavayen por tan terminante y valiente intimación, así como por los exajerados informes que de los insurgentes le dieron el Obispo y los Oidores fugitivos, que llenos de temor acababan de embarcarse para Acapulco en el “San Carlos” y el “Activo,” y aunque sin ver las fuerzas asaltantes, creyéndolas numerosísimas, según era fama, mandó de parlamentario al Alférez de Fragata D. Agustín Bocalán,

quien celebró el 29 unos tratados según los cuales entraría el Cura insurgente con sus fuerzas á San Blas dándosele rehenes de que no se le traicionaría mientras se posesionaba de la población; se le entregarían todas las armas de la villa y del castillo, así como los buques que se hallaren en el puerto, y no seguiria perjuicio á ninguno de los capitulados que no fueren reos de traición, debiendo todos los europeos dar fianza mientras se levantaba una información sobre ese particular, pudiendo emigrar de S. Blas á alguna población cercana mediante la caución de algunos criollos honrados y con el pasaporte correspondiente. Dichos tratados fueron aprobados por el jefe realista, por lo que se verificó la entrada el 1.º de Diciembre de 1810 al “puerto más fortificado de la Nueva Galicia,” como decía el comandante Lavayen, suscribiendo los capitulados el siguiente documento:

“Los individuos que en este subscriben, y se denominan para el reconocimiento de las respectivas clases de nuestros Empleos, que estabamos existentes en esta Villa el dia primero del corriente mes, quando por las Armas del Señor General del Ejército Americano del Poniente, Don José María Mercado, fué recibida por la Capitulación que con el Señor Comandante del Apostadero el Capitan de Fragata Don José Joaquin de Lavayen, y conforme á lo estipulado, resolvemos salir para Tepic, báxo

de nuestra palabra de honor: juramos á Dios y al Rey, no tomar en lo sucesivo las Armas en contra, ni en favor de las expediciones, que el expresado Señor General continúe haciendo, por las causas que manifiesta, le hán abligado á ellas.—*Cuerpo General de la Armada.* Comandante, D. José Joaquin Lavayen; Alferes de Fragata, D. Mateo Plowes; Idem, D. Agustin Vocalán; Idem, D. Felipe García; Idem, D. José M. Narvaez; Idem graduado, D. Agustin Romero; Primer contramaestre.—*Europeos.*—*Ministerio de Marina.* Comisario de Guerra graduado, D. José García; Oficial 1.º, D. Francisco Ruiz; Contador principal y oficial 2.º, D. José Monzon; Tesorero idem 3.º, D. Francisco de Paula Martínez; Oficial 5.º, D. Marcelo Croquer.—*Europeos.*—Idem supernumerarios, D. Francisco de Labastida; D. Miguel Gil de Azcona.—*Americanos.*—D. Juan Martínez y Zayas.—*Europeo.*—Idem auxiliar, D. Juan Gil Santibañes.—*Europeo.*—*Capellanes.* D. Agustin Fernandez. *Americano.*—*Pilotos.* D. José Inzuela.—*Europeo.*—D. Francisco Cañizares.—*Americano.*—*Cirujanos.* D. Francisco Miguar.—*Europeo.*—D. Manuel Torres y D. Ramon Orozco.—*Americanos.*

San Blas primero de Diciembre de mil ochocientos diez.—*José de Lavayen.*—*Mateo Plowes.*—*Agustin Vocalan.*—*Jose Garcia.*—*Francisco Ruiz.*—*José Monzon.*—*Francisco de Paula Martínez.*—

Marcelo Eroquer.—*José María Narvaez.*—*Francisco Cañizares.*—*Juan Martínez y Zayas.*—*Felipe García.*—*Ramon de Orozco.*—*Francisco de Labastida.*—*Miguel Gil de Azcona.*—*Juan Gil.*—*Francisco Miguar.*—*Manuel Torres.*—*Agustin Romero.*—*José de Inzuela.*”

El día 30 á la madrugada recibió Mercado de Hidalgo el nombramiento de Comandante en jefe de las fuerzas del Poniente que con fecha 27 de Noviembre le expidió en Guadalajara, nombramiento que celebró con salvas de artillería, cuyos disparos fueron los únicos que oyeron los realistas en San Blas.

Parece increíble, y sólo la audacia de aquel caudillo pudo hacer que en su poder cayera un puerto que estaba perfectamente fortificado y con toda clase de elementos de guerra. La posición y situación que entónces guardaba aquella localidad, están perfectamente descritas en un informe que dió á Calleja D. Vicente Garro, Administrador de Correos y testigo presencial, que dice así:

“Un terreno que domina el único punto por donde puede ser atacado por tierra, una proporción para aislarle con facilidad por la comunicacion de los esteros, un castillo respetable con doce cañones de á 24, que defiende el puerto y puede tambien arruinar la villa; cuatro baterías en ella y en la mar una fragata, dos bergantines, una goletta y

dos lanchas cañoneras; la segura esperanza de que diese fondo de un día á otro la fragata "Princesa" y la goletta particular "San José" con harinas; seiscientas ó setecientas cargas de estas existentes en la plaza; igual número con corta diferencia de arrobas de queso; más de mil fanegas de maiz; de ciento cincuenta á doscientas reses, y facilidad de traer por mar de Las Bocas, Guaymas y Mazatlan, la carne, harina y reales necesarios; abundantes pozos de agua en el recinto de la villa; trescientos hombres de marinería, doscientos de maestranza y más de trescientos europeos armados y dispuestos como aquellos á defenderse; ciento y tantas piezas de artillería de todos calibres y montadas cuarenta de ellas con sus correspondientes municiones y ocho ó nueve oficiales de marina; este era el verdadero estado en que se hallaba la plaza de San Blas en 1.º de Diciembre de 1810, cuando sin haber disparado un tiro para su defensa, se rindió vergonzosamente á unas muy malas y pocas escopetas, hondas, lanzas y flechas manejadas muchas de ellas por ancianos y muchachos de escuela, como todos vieron cuando entró el desordenado y no crecido ejército sitiador con seis cañones de corto calibre que tomó en Tepic." (Bustamante. Cuadro Histórico, tom. 1.º pag. 124; Alaman Hist. de México, tom. II pag. 11.)

El estado de indisciplina y de debilidad de las

tropas insurgentes era tal, que todavía un mes después de la ocupación de S. Blas, y por consiguiente cuando ya contaban con mayores recursos y elementos de guerra, las fuerzas que se hallaban en Tepic al mando de D. José Mercado, padre del Cura, se encontraban sin mas armas que unas cuantas lanzas, y como circulaban falsas noticias de que iban á ser atacados por los realistas, en una carta que le escribía á su hijo el 2 de Enero, le decía las siguientes frases que por sí solas pintan la situación de aquel ejército: "Si no llegan los cañones que tengo pedidos y el enemigo se aproxima pondré el Ejército que tengo sobre las Armas y saldremos *haver si por un efecto de milagro los podemos rendir pero es temeridad querer contra restar con puras lanzas á las balas y flechas, por lo que me parece que vamos sumamente arriesgados, piénsalo bien y dispon lo que mejor te parezca.*"

Tan luego como se restableció el régimen colonial en la provincia, se aprehendió por orden del Gral. Cruz á Lavayen y á sus compañeros que habían celebrado la capitulación, sometiéndolos á un riguroso proceso, que terminó por sentencia absolutoria dictada el 18 de Setiembre de 1812, en la que solo á D. A. Bocalán se mandó dar licencia absoluta.

Cumpliendo Mercado lo ofrecido en la capitulación, dió las garantías que se le habían pedido;

mas faltando los capitulados á su palabra de honor empeñada, comenzaron por emigrar mas de las dos terceras partes de los europeos sin llenar los requisitos estipulados, y aun llevándose los caudales de la Real Administración, y mantuvieron relaciones con algunos realistas dándoles noticias de las fuerzas independientes, lo que habiendo llegado al conocimiento del jefe insurgente, provocò un bando en que excluía de la capitulación á los emigrados y una amonestación para que guardaran lo pactado.

No diò resultado aquella amenaza, así es que obligado Mercado por la conducta obstinada de los españoles, de que se persuadiò por haberles interceptado cartas dirigidas á Calleja, por una circular de 20 de Diciembre dispuso que los comprendidos en la capitulación salieran para Compostela como lo habían solicitado y los demás españoles exceptuados de ella por el bando referido, fueran llevados á Guadalajara, segun se lo habia mandado Hidalgo.

Entre tanto, ignorando los sucesos de S. Blas, llegó á aquel puerto la fragata española "Princesa," y siendo de improviso rodeada por lanchas, fueron hechos prisioneros su comandante D. Gaspar de Maguna, Alféres de Fragata, el Piloto D. José Verdía, (bisabuelo del que estas líneas escribe, quien se fugó en Tepic al ser conducido á Guadalajara) y toda la tripulación.

Desde luego que el valiente patriota ocupó el puerto, empezó á mandarle á Hidalgo artillería y municiones cumpliendo con las órdenes que le habia comunicado D. José Antonio Torres. Solo quien conozca el camino de S. Blas á Guadalajara podrá comprender los heroicos esfuerzos que para eso se hicieron, pues además de la aspereza del camino, hay que atravesar las profundas é intransitables barrancas de Mochitiltic. Los cañones los mandaba en carretas, conducidas por los indios que en considerable número y guiados por el Capitan D. Rafael Maldonado, allanaron obstáculos tan considerables, puestos por la misma naturaleza. En diversas partidas remitió hasta cuarenta y tres cañones de bronce, de distintos calibres, fundidos en Sevilla y en Manila y que le fueron quitados á Hidalgo en la batalla de Calderon. La última remesa de cañones consistió en cuatro de fierro, de los que, cada uno pesaba 75 quintales, (segun un parte del general Cruz) y de un muy grueso calibre. Iban en Mochitiltic cuando supo el jefe que los conducía la derrota del cura de Dolores por Calleja y entónces mandó precipitarlos á la barranca, considerando que ya eran infructuosos sus asíduos y penosos trabajos.

El General Cruz, para atacar la isla de Mescala, sacó de allí tres de ellos, costándole esto muchísimo trabajo y dinero, y todavía hoy está el cuarto

clavado en la barranca como un monumento dedicado á la constancia y esfuerzos heróicos de los independientes de Jalisco, que venciendo todas las dificultades, se sobrepusieron á los obstáculos que la naturaleza, la ignorancia y la tiranía les presentaban.

En los últimos dias de Noviembre nombró el Sr. Hidalgo Brigadier de los ejércitos americanos al Sr. D. José M. ^{de} Gonzalez Hermosillo natural de Jalostotitlán, agricultor muy respetado por su caballerosidad y proverbial honradéz, encomendándole la expedición de Provincias Internas para la cual salió de Guadalajara el 1.º de Diciembre de 1810, acompañado del Fraile Domingo Dr. D. Francisco Parra que le servía de consejero, y que había mostrado una desinteresada adhesión á la causa de la independencia, ora facilitando una imprenta, que fué la primera con que contó Hidalgo, ora imprimiendo el mismo y á su costa las primeras proclamas y decretos.

Formaban aquella división algunas partidas casi inermes de caballería é infantería que fueron aumentando su número por los pueblos del tránsito, al grado de que el dia 11 que entró á Tepic, contaba ya 1700 infantes y 200 caballos con sesenta y ocho fusiles y cuarenta pistolas. Siguió su marcha para Sonora presentándose el dia 17 de aquel mismo mes frente al Real del Rosario, donde se

hallaba fortificado el Coronel español D. Pedro Villaescusa con mas de mil hombres bien armados y con seis piezas de artillería. Al dia siguiente se trabó un reñido combate asaltando los insurgentes á pedradas y á puñaladas la artillería, y habiéndose apoderado de un cañon cargado con metralla, lo asestaron contra el enemigo, derrotándolo completamente y haciéndolo capitular. Villaescusa se obligó á no volver á tomar las armas, y el generoso Hermosillo atendiendo únicamente á sus buenos sentimientos, lo dejó en completa libertad lo mismo que á sus compañeros, de la cual se aprovecharon indignamente para retirarse á S. Ignacio de Piaxtla distante 25 leguas, desde donde pidieron socorro al Intendente D. Alejo Garcia Conde que se hallaba en Arizpe, quien por tal motivo salió á marchas forzadas.

Luego que el confiado y valeroso insurgente supo semejante deslealtad, reunió sus tropas que, con las de Mazatlan que acababan de incorporársele, ascendían á 4000 infantes y 470 caballos con novecientos fusiles y los seis cañones que habían quitado á los realistas, y aunque vió que los soldados vencidos en el Rosario se habían fugado para incorporarse á su antiguo jefe, no por eso se arredró y siguió su camino hácia el Norte, llegando el 31 de Diciembre á las riberas del rio que corre á inmediaciones de S. Ignacio. Pasáronse los prime

ros siete dias del mes de Enero en buscar un vado á la corriente y en dispararse ámbos contendientes algunos tiros, sosteniendo ligeras escaramuzas, en una de las cuales cayó prisionero el Padre Parra, y el dia ocho que el ejército independiente atravesó el rio, cuando marchaba sobre la plaza, cayó en una emboscada que favorecidos por la exuberante vegetación de aquellos lugares, les habían puesto los realistas, y de la cual los independientes como soldados bisoños, no supieron librarse. Murieron allí más de trescientos soldados, concluyendo la expedición con aquel completo desastre siguiendo después Hermosillo con pequeñas partidas asumiendo el carácter de Comandante de la N. Galicia.

Por su parte el audaz Cura Mercado, viendo que su empresa estaba terminada de una manera tan brillante, habiéndose apoderado de todo el Occidente de Nueva Galicia y ocupado á más de las poblaciones ya citadas á Etzatlán que fué tomada por el Capitan D. Francisco Becerra, y á Tequila y Amatitán á donde mandó al Bachiller D. Rafael Perez, quiso unirse á Hidalgo para nuevas operaciones, y á este fin se dirigió á Guadalajara. Llegó á Tepic el juéves 23 de Diciembre, entrando vestido de gala con un traje azul que tenía las vueltas de terciopelo morado. El dia 25 recibió la falsa noticia de que Veracruz había sido ocupado por los revolucionarios y con este motivo solemnizó tan grata nueva con salvas de artillería y repiques.

En Tepic tambien se aprehendieron á varios españoles, entre quienes se contó el Sub-delegado D. Melchor de Aranton y todos ellos en número de cerca de sesenta fueron conducidos hasta el Cuicillo distante veintitantas leguas al Sur de Guadalajara, donde fueron inhumanamente degollados por Zea, quien recibió esas órdenes del generalísimo Hidalgo. Ese era el fruto de las represalias que hicieron tan sangrienta la revolucion de 1810.

Siguió Mercado su marcha para Guadalajara, saliendo de Tepic á principios de Enero de 1811, animado por las mas lisonjeras esperanzas, de que dán testimonio los términos en que se manifestaba aun en sus relaciones familiares, pues de Tequexpan le escribía á una señora su comadre D. ^{ca} Rita Topete con fecha 15 de Enero, diciéndole, "con los cañones pienso estar fuera de Barrancas dentro de ocho dias, pasar si puede ser por Etzatlán y Ahualulco, y caminando de dia y de noche ir á desbaratar ese espantajo de Callejas en compañía de su Alteza." No tuvo tiempo para tanto, porque hallándose en plan de Barrancas supo el dia 20 el desastre de Calderon, por lo que se volvió para S. Blas con objeto de resistir allí á los ejércitos realistas, que bien pronto esperaba que lo atacarían, despues de expedir una proclama en Mochitiltic el dia 25, excitando á los buenos mexicanos á continuar la defensa de la pátria.

Tan desgraciado suceso como el que acababa de tener lugar el 17 de Enero, no pudo ménos de llenarle de tristeza, porque comprendió que para que la revolución adquiriera de nuevo los elementos perdidos, sería preciso que trascurriera mucho tiempo. Por esto, á su vuelta al puerto á fines de Enero, no quiso entrar á Tepic, sino que estuvo en sus orillas en el punto conocido por los "Salates de la Cruz."

En tanto que él proseguía su marcha, dejó en un punto de la barranca cercano á Taray, á D. Juan José Zea, con algunos indios y catorce cañones, con el exclusivo objeto de detener un poco á las fuerzas del Rey.

El General D. José de la Cruz salió de Guadalupe para emprender la campaña el día 26 de Enero, llevando mil hombres y cuatro piezas de artillería, llegando el día 31 con sus fuerzas al punto donde le esperaban los insurgentes. Estos que no estaban en un gran número y sólo trataban de hostilizar en su marcha al Brigadier español, abandonaron el campo poco después de empezado el combate, perdiendo en él ocho cañones y retirándose en desorden con los seis restantes.

Ese mismo día tuvo lugar en S. Blas la contra revolución, hecha por los partidarios del Rey habiendo sido el cura de aquel puerto, D. Nicolás Santos Verdin el principal autor de esa traicion.

Como las fuerzas del patriota Cura de Ahualulco se componían de la marinería y maestranza del puerto, que estaban formadas por soldados que habían sido realistas, y de indios tan torpes como confiadlos, el cura Verdin cohechó á los primeros y les convocó para que el día 31 á media noche, se reunieran y aprehendieran al Sr. Mercado, al Comandante D. Joaquin Romero y al Capitan de artillería D. Esteban Matemala; mas tan infame atentado no se perpetró á media noche por temor de que se descubriese, sino entre las ocho y las nueve. Al toque de una campana acudieron los traidores al cuartel en que se hallaban los indios, y á la contaduría donde estaban Mercado y Romero; pero en este punto se trabó una contienda, porque el valiente Romero con un soldado hizo una heroica resistencia, matando á dos de los vendidos é hiriendo á varios. Entre tanto Mercado, viéndose perdido por la traicion y la perfidia, se salió de la contaduría y se arrojó por un barranco que se hallaba junto á aquella casa. Los denodados Romero y su fiel soldado sucumbieron, peleando contra una multitud de soldados; muchísimos indios fueron aprehendidos, siéndolo tambien el respetable padre del héroe, D. José Mercado, cuya culpa principal era tener un hijo tan virtuoso y patriota, tan valiente y honrado; pues aunque este lo había nombrado Comandante de Tepic y le había

encomendado que aprehendiese á los europeos que no habían cumplido la capitulación de S. Blas, era público que los había tratado con tanta consideración que lejos de cumplir con aquella comisión, les había mandado aun devolver sus espadas, teniendo con ese motivo un serio disgusto con un enviado de Hidalgo apellidado Guerrero, por todo lo cual le hizo un extrañamiento su mismo hijo el cura.

El día 1.º de Febrero se encontró el cadáver del ilustre caudillo de Occidente que al arrojarse al voladero sufrió una dolorosa muerte. Tan luego como el Cura Verdin se apoderó de aquel sangriento y venerable cuerpo, mandó azotarlo públicamente para poder darle sepultura. Así cebaban su furor aquellos monstruos de crueldad en un cuerpo muerto, que había sido animado por un espíritu elevado y firme! Todos los hombres en todos los tiempos han respetado los restos mortales aun de sus enemigos, y hasta el pueblo romano, que tenía su "Roca Tapeya," consideró siempre como religioso el sepulcro de un hombre, dándole así tal respetabilidad á un cadáver, que pudiera santificar hasta el lugar donde fuera sepultado; solo el Cura Verdin consideró que aquel cuerpo necesitaba de la flagelación para ser purificado. Este hecho no lo refiere el Sr. Alaman, cuando á haberlo cometido un independiente lo habría calificado de atentado imperdonable.

El mismo día en que murió el vencedor de San Blas, había recibido una carta de su compadre D. Manuel Alvarez, fechada en Ahualulco el 28 de Enero, en la que le manifestaba que estando á la mesa con D. José de la Cruz y habiéndose tratado de él, se mostró ese jefe muy bien dispuesto á concederle el indulto así como á sus compañeros y aun á restablecerlo en su curato, con cuyo motivo le rogaba aceptara aquella oferta y le pusiera inmediatamente una carta en ese sentido, no obstante lo cual no accedió aquel campeón disponiéndose á luchar hasta la muerte, ántes que abandonar la bandera que había abrazado con tanto ardor.

Lleno de orgullo el Cura de S. Blas por el éxito de su reprobada maquinacion, dirigió al general Cruz un parte concebido en estos términos: "Tiene este vecindario y yo á su nombre el honor y satisfacción de poner en noticia de V. S. la generosa acción que emprendió la noche del 31 de Enero próximo pasado, en obsequio de su rey legítimo por quien no es la vez primera que muestran su fidelidad.—Estos leales vasallos, noticiosos de que el cura del pueblo de Ahualulco, D. Josef Maria Mercado, que fué nombrado comandante de las tropas de Hidalgo, regresó á este pueblo desde el sitio de Barrancas con el fin de hacerse fuerte en él y tratar de una obstinada defensa, y caso de desconfiar, embarcarse en los buques del rey; se convocaron con reserva

para apresar á media noche al mencionado cura, al comandante puesto aquí por él D. Joaquín Romero y á D. Estevan Matemala hecho por el mismo capitan de artillería, como cabezas principales en este suelo del partido de la insurreccion, é igualmente á sus familias, y á las compañías de indios que se hallaban de guarnicion; pero como á pesar de la reserva con que trataban de sorprenderlos, lo llegasen á descubrir, se apresuró la accion y les fué indispensable ponerla en obra entre las ocho y las nueve de la noche; haciendo la seña con tres campanadas, á la que acudieron á los cuarteles y casas de los tres cabezas mencionados, con el fin de verificar su aprehension sin maltrato á sus personas; pero habiéndose rompido el fuego en la casa de D. Joaquín Romero por él y el centinela, se procedió á lo mismo por nueatra gente, manteniéndose algun rato á causa de que el citado Romero estuvo á puerta cerrada sosteniéndolo por una ventana con varias armas de fuego que tenía cargadas hasta que fué muerto á balazos y se concluyó la reyerta, habiendo fallecido en ella de la parte contraria el expresado Romero, Estevan Matemala y el indio centinela, y de la nuestra el rondin Ignacio Juarez y el buzo Bernardo del Carpio y salieron heridos cuatro individuos de marinería.”

“Al padre D. Josef María Mercado se halló al siguiente dia muerto en la profundidad de un vola-

dero contiguo á las casas del comandante y ministros del apostadero, quien desde luego experimentó esta desgracia por hacer fuga. Sepultados sus cadáveres en el mismo dia, no ha ocurrido novedad que perturbe el sociiego de este pueblo, y se mantiene con la correspondiente vigilancia y orden debido, consultándome sus disposiciones y apre-ando partidas que sucesivamente han ido llegando de sus tropas, conboyando su equipaje, pólvora, granadas y otros pertrechos, todo con el fin de lograr su laudable fin que es y ha sido tener este puerto á las disposiciones del legítimo gobierno; lo que participo á V. S. para su inteligencia y que se sirva elevarlo al superior conocimiento de S. E. ó para que V. S. diere las providencias que tenga por convenientes, de las que por mi conducto quedará entendido este vecindario y me prometo las cumplirá exactamente en obsequio del legítimo soberano y mejor servicio: en el concepto de que en las críticas circunstancias se halla esta plaza sin jefe alguno en sus distintos ramos ó atenciones respectivas á comandancia de marina, ministerio de la misma y real hacienda, juzgado real, administracion de salinas y de reales rentas, etc. y en el de que nos hallamos con la porcion de réos que se han apresado, (entre ellos D. Josef Mercado, padre del eclesiástico difunto, D. Jeséf Antonio Pérez, los coroneles D. José María Gómez y D. Pablo Covarrubias, el guardia de corps

D. Pedro del Castillo y otros eclesiásticos de los mismos honores, sin cárcel competente), con lo que se duplica el trabajo y fatiga de las guardias, y ha obligado á tomarse el arbitrio por ahora de pasar á bordo de la fragata "Princesa" 125 indios prisioneros que formaban dos ó tres compañías de guarnición."

"Es cuanto por ahora puedo comunicar á V. S., añadiendo que aún no puede darse la extensa noticia de los intereses que tenían en su poder, adquiridos del saqueo y seqüestro de los bienes de los europeos, hasta hacer un formal reconocimiento, que lo ha impedido la primera importante atencion, lo que oportunamente comunicaré á V. S.

Dios guarde á V. S. muchos años. San Blas, 3 de Febrero de 1811.—*Lic. Nicolás Santos Verdin.*
—Señor comandante general de las tropas del Rey."

Luego que se supo en Tepic el acontecimiento de San Blas, también allí se operó una reacción favoreciendo á los realistas la falta de jefes y tropas insurgentes, de suerte que el dia 2 de Febrero, habiendo predicado el señor Cura Velez un sermón contra la guerra de independencia, se entusiasmaron algunos jóvenes de aquel partido saliendo por las calles victoreando á su *idolatrado* Fernando VII.

Después de esto, salieron armados á encontrar á Zea, que derrotado por Cruz en la Barranca, volvía desanimado con unos cuantos indios y seis ca-

ñones, habiéndole hecho prisionero y quitádole la artillería sin que hubiera opuesto resistencia.

El Gral. realista después de la escaramuza de la Barranca, prosiguió su marcha por Etzatlán y en un parte que dió al Virrey, recomendaba mucho á sus soldados por llevar unos cuatro cañones de corto calibre por tan mal camino diciéndole que esa tarea era superior á *muchas* batallas. Si esto aseguraba el jefe español que llevó unos cuantos cañoncitos pocas jornadas, pues los devolvió cuando supo lo acontecido en San Blas y Tepic, ¿qué se podrá decir de las valientes huestes del héroe Mercado, que pasaron multitud de cañones por horribles precipicios y continuos voladeros, cuando pesaban algunos de ellos hasta 300 arrobas? ¿No es esta empresa digna de los tiempos heroicos y superior á todo elogio?

Después de ese penoso tránsito, llegó aquel Brigadier con sus fuerzas á Tepic el dia 8 de Febrero é hizo su entrada en medio de ovaciones verdaderamente fanáticas.

Las calles estaban adornadas, muchas señoras de la mejor sociedad salieron en cuerpo á recibirle espada en mano, y se le dieron bailes y festines, no escaseando pésimas composiciones en verso de que es buena prueba la siguiente décima:

Cruz dulce, Sabio, elemento,
Cruz de nuestra redencion

Cruz de justificación
para el que se halla inocente
Cruz á todo delincuente
crucifica con aciertos
y á los que por inexpertos
el engaño no han previsto
para el perdón como Cristo
tiene los brazos abiertos.

Solo estuvo unos dias en Tepic y siguió su marcha para el puerto, á donde llegó el dia 12. Al siguiente dirigió una proclama á sus habitantes en la que les daba las gracias á nombre de su Rey y señor Fernando VII por su digno comportamiento y los exhortaba á que entregaran varias alhajas y dinero que se habían tomado, de lo que tenían los insurgentes procedente de los bienes abandonados por los españoles fugitivos. La segunda parte de la proclama demuestra que aquellos realistas no eran muy honrados y prueba que los *valientes* de Verdin no cometieron únicamente el delito de traición.

El dia 14 se vió cometer un inaudito atentado, un horrible crimen. El padre del Cura Mercado fué ahorcado á las nueve de la mañana en la plaza principal, consistiendo su delito en ser padre de un insurgente generoso. Mientras estaba encapillado, daban un baile al General español, y D. Manuel Varela oficial español, entró á insultarlo. Así se portaban los valientes españoles con sus desgraciadas

víctimas. La historia juzgará este hecho como merece y por él señalará á D. José de la Cruz como un hombre sanguinario, vengativo y cruel.

Ese mismo dia salió de San Blas para Tepic, á donde llegó á las diez y media de la noche y el 17 salió para Guadalajara.

En Tepic fueron fusilados el mártes 12 de Febrero el infortunado D. Juan José Zea y otros muchos, habiendo colgado á aquel en la salida para Guadalajara, permaneciendo así seis meses. Poco tiempo después el pueblo presenció otro espectáculo horrendo. Por varios dias consecutivos estuvieron fusilando en la plaza principal veinte insurgentes, y después que los fusilaban los colgaban, y subía un padre á un púlpito colocado junto al patíbulo, y pronunciaba un sermón contra la insurrección que llamaban del *desagravio*. Ese espectáculo sangriento horrorizó aun á los mismos habitantes, que tan afectos se habían mostrado á la esclavitud de su patria.

De esta manera se portaban en Nueva España los mismos soldados españoles, que entonces defendían su patria contra la invasión de Napoleón I. De tal modo los héroes del 2 de Mayo, los que heroicamente repelían una potencia extranjera, hacían en México el mismo papel que sus invasores, usando con sus enemigos de la misma crueldad!

Así brilló en ese cortísimo periodo de la historia

pátria la noble figura de Mercado, como un bólido que al caer, sólo deja en su marcha una ráfaga de luz que pronto se pierde en la inmensidad del espacio.

Don José María Mercado y sus denodados compañeros Romero y Matemala, con una multitud de valientes soldados, murieron peleando por la independencia de su pátria, por lo que ésta, reconocida, hará que sus nombres pasen á la posteridad, para que haga justicia á tan esclarecidos patriotas que con su prodigiosa é infatigable actividad en su vida, y con su muerte gloriosa, pusieron los primeros cimientos de la independencia y de la libertad de México.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rrió en España el suceso memorable que dió nombre inmortal á Daoiz y á Velarde, inflamando en los generosos pechos españoles los sentimientos de patria y libertad, hasta hacer que fuera expulsado el intruso Bonaparte. En aquellas circunstancias, Cruz, como la generalidad de los jóvenes sus compatriotas, dejó la carrera de las letras y tomó las armas para defender su patria, revelando así que en su corazón se abrigan los más nobles sentimientos, que lo impelían á sacrificar su propia vida por salvar la independencia ibera!

Aunque sus enemigos han tratado de pintarlo como un cobarde á quien jamás consiguieron sus jefes hacer batir, es lo cierto que en aquella campaña gloriosa se distinguió bastante, llegando á obtener bien pronto un grado superior en el ejército y á ser secretario del Gral. D. Gregorio de la Cuesta. Nombrado Virrey de N. España por la Regencia de Cádiz D. Francisco Javier Venegas, trajo al Sr. Cruz en calidad de Subinspector de Infantería que sólo dejó en su país un hermano fraile.

Coincidió el grito de Dolores con el gobierno de Venegas, de tal suerte que habiendo apenas tomado posesión el 14 de Setiembre de 1810, recibió á los cuatro días la noticia de la rebelión acaudillada por el insigne Cura Hidalgo. El asombroso incremento que en pocos días tomó aquel movimiento, hizo que el nuevo gobernante pusiera toda su aten-

ción en combatirlo, echando mano de los abundantes elementos que le ofreciera la riqueza de la colonia y la adhesión del partido europeo.

En aquellas circunstancias, D. José de la Cruz, Brigadier de los reales ejércitos, fué naturalmente uno de los que más confianza inspiraron al gobierno, y por lo mismo uno de los llamados á desempeñar un papel importante en aquella campaña.

Poco favorables eran por cierto para dar á conocer sus sentimientos, así como lo eran mucho para preparar su elevación. Cruz acababa de llegar de España en donde luchándose por la independencia contra un enemigo astuto y poderoso, se apelaba á todos los medios imaginables para conseguir la victoria; se encontraba muy mal dispuesto para el pueblo mexicano al que no conocía sino por las pinturas exajeradas de los españoles; sin la fuerza de carácter necesaria para comprender que no por ser español debía apoyar cuanto el gobierno tiránico de su nación hiciera, é impresionado vivamente por las matanzas de europeos que hicieron los primeros insurgentes, extraviados en su razón y en sus sentimientos de patriotas. El resultado de todo esto fué que el Brigadier realista desplegara un rigor en todos sus actos, que hizo que su nombre pasara á la posteridad manchado con la sangre de sus víctimas, y fuera execrado por los historiadores.

No solo escritores apasionados como Mier (José

Guerra) y Bustamante, se encargaron de trasmirtirnos su historia con los más negros colores, sino que aun los más sensatos y moderados, como el Dr. Mora y D. Julio Zárate en su novísima historia "México á través de los siglos," no han podido menos que censurar con la energía propia de las conciencias honradas, sus violencias y crueldades.

Sin embargo en el largo periodo que el jefe realista dominó en Jalisco, hubo tiempo de que desapareciera la prevención con que en un principio veía á los naturales del país, y para que se moderara la dureza de su carácter, dejando ver entonces al probo é inteligente gobernante.

Hasta aquí no ha sido juzgado bajo esas dos tan diversas fases de su vida, la de caudillo de un partido en medio de una guerra sin cuartel, y la de Magistrado que desempeña sus augustas funciones en un país pacificado, proviniendo de esto que se le censure únicamente ó se le tributen alabanzas. La relación sencilla de sus hechos dará á conocer perfectamente las virtudes y defectos del personaje, y servirá para juzgarlo.

Después de la memorable batalla del Monte de las Cruces y la sorpresa de S. Gerónimo Aculco, el insurgente D. Julian Villagrán se encontraba todavía en la ciudad de Huichapan perteneciente al actual Estado de Morelos, y desde allí hostilizaba la retaguardia de Calleja é interceptaba su corres-

pondencia con el Virrey, por lo cual éste dispuso que saliera en su persecución el Gral. Cruz, como lo verificó el 16 de Noviembre de 1810 con una división compuesta del Regimiento de Toluca, de 250 dragones de los Regimientos de España y de Querétaro, y de dos piezas de artillería con su correspondiente dotación. Siguió el camino de Nopala y llegó á Huichapan el 21 á las cuatro y media de la tarde, habiendo abandonado el insurgente desde la víspera aquella población.

Empezó desde luego el jefe realista á manifestar una severidad y un rigor extraordinarios, ocasionando con eso como sucede siempre, que muchos se lanzaran á la revolución aguijoneados por la persecución que por leves causas les declararan sus enemigos, como lo hizo el Cura de Nopala D. Manuel Correa, que por solo sospecharse que tenía simpatías por la nueva causa, fué vejado por Cruz, y remitido á México donde el Arzobispo lo obligó á que admitiera coadjutor en su curato.

Publicó también un bando terrible compuesto de doce artículos, por el cual prevenia bajo severísimas penas que no se verificaran reuniones, que no se saliera de noche á la calle sin permiso firmado, que se hiciera denuncia de cuantos efectos habian pertenecido á los insurgentes, “que todo paisano que se aprenda fuera de los pueblos con *armas de cualesquiera especie*, será reputado como enemigo y

comprendido en la *pena de muerte*,” que “el pueblo, hacienda ó ranchería que por precio ó por regalo suministre á los rebeldes víveres, dinero, caballos, sillas ó cualquiera otra cosa perteneciente á la guerra ó diere noticias ó tenga con ellos *el menor comercio aunque sean padres, hijos ó hermanos*, será considerado por las tropas del rey como enemigo, así el pueblo, hacienda ó ranchería *en que suceda algun robo ó muerte*, responderá de uno y otro; todo pueblo responderá de la vida, libertad y bienes de los justicias ó comandantes que estén establecidos por el legítimo gobierno y que por malignidad ó *negligencia de los vecinos* fuere muerto ó saqueado *por los rebeldes*.”

No satisfecho todavía, llevó su rigor hasta remitir presa á México á la Sra. viuda de Chávez, por sospechas de adhesión á los insurgentes, siendo de notar que, como se habia alojado en su casa, aquel indigno comportamiento dió motivo para que sus enemigos lo acusaran de haberse tomado las vajillas de plata de aquella casa, aprehendiendo á la Sra. Chávez solo para facilitar su sustracción, cargo infundado por entonces é inverosímil más tarde, cuando reveló el acusado su honradez notoria.

No teniendo ya objeto su permanencia en Huichapan, salió el dia 14 de Diciembre para S. Juan del Rio, dejando por donde pasaba la señal de su crueldad acreditada por innumerables desgraciados á

quienes ahorcaba sin piedad y dejaba colgados de los árboles. El mismo Alamán que hace de Cruz uno de sus héroes, le consagra en su historia esta significativa página. "Era Cruz hombre de carácter demasíadamente severo, y habiendo visto en España el modo atroz con que los franceses obraban contra los que llamaban insurgentes, y en especial contra los guerrilleros, quiso emplear el mismo sistema de terror, por lo que para castigar las depredaciones cometidas por los Anayas, quienes con los indios que capitaneaban, cojieron el convoy de que se ha hablado á la entrada del monte de Calpulalpan y dieron cruel muerte al Dr. Velez, desde las inmediaciones de la hacienda de la Goleta hasta el pueblo de San Miguelito en el monte de Calpulalpan, dejó varios cadáveres suspendidos de los árboles, que señalaban el camino por donde habia pasado. El pueblo y todo el caserío fué quemado."

En la misma noche del 14 se le incorporó en S. Juan del Rio, D. Rosendo Porlier, Capitan de Navio, con los batallones de Marina y 2.º de Puebla y seis piezas de artillería, llegando con todas esas fuerzas á Querétaro el 16 y saliendo el dia 20 para Celaya. De allí marchó para Acámbaro, derrotando en las cercanías algunas guerrillas de insurgentes que en número de 2,000 con 6 cañones trataron de estorbarle el paso del rio y las cuales habiéndose replegado á Valladolid, obligaron á Cruz

á seguir para aquella ciudad á donde llegó el 28 de Diciembre. Antes de que entrara á ella, excitada la plebe por un herrero de Toluca llamado Tomás y conocido con el apodo del *Anglo*, se precipitó al grito de "mueran los gachupines" sobre el convento de la Compañía de Jesus, donde estaban más de cien españoles. Apenas tuvo tiempo el superior para cerrar la puerta y dar aviso á varias partes del peligro que les amenazaba, presentándose momentos después unos sacerdotes con el Divinisimo, con lo cual cesó al punto el tumulto dispersándose la multitud en pequeños grupos, no sin que hubieran dado muerte á D. Tomás Carrasquedo que trató de detenerlos cuando intentaban penetrar al edificio de la Compañía.

Entre tanto el Virrey, queriendo que se atacara cuanto antes á Hidalgo, preparaba con empeño la manera de hacerlo, ya que el caudillo insurgente se encontraba en Guadalajara al frente de numerosa chusma. Para este efecto ordenó á Calleja que marchara sobre la capital de la N. Galicia con la división del centro, fuerte de seis á ocho mil hombres con diez piezas de artillería, debiendo incorporarse el Gral. Cordero con el ejército del Norte y el Gral. Cruz con su división.

Para tal combinación salió este gefe realista de Valladolid el 12 de Enero de 1811; más obediendo el insurgente D. Ruperto Mier las instrucciones que se le habian dado por Hidalgo para es-

torbar á todo trance la reunión de las tropas del rey, se situó en el puerto de Urepetiro á inmediaciones de Zamora, con dos mil soldados y veintisiete cañones, resuelto á impedir el paso al ejército de Cruz. El día 14 se trabó el combate y aunque los insurgentes solo contaban con ochenta fusiles y la mayor parte de sus cañones eran de madera y mal montados, sostuvieron con valor el empuje de sus adversarios logrando rechazar dos veces las columnas que mandaba el Coronel Rodriguez, siendo sin embargo derrotados por el arrojo del Coronel D. Pedro Celestino Negrete. Veinticinco piezas de artillería y algunos prisioneros, fueron el trofeo de aquella victoria que fué pintada con colores tan exagerados, que al compararla con las guerras de Napoleon, bien se las podría calificar como los romanos las de Oriente, de *guerras de mujeres*; pues con mal disimulado desdén asienta el Brigadiér en el parte que dió de la batalla, que el ejército de Mier "*no pasaria de diez à doce mil hombres,*" y mientras asegura que causó al enemigo más de quinientos muertos, solo lamenta por su parte haber tenido dos y un herido. Esta era entonces la costumbre, pues Calleja en el parte que dió del casual encuentro de Aculco no se avergonzó de decir que habian quedado más de cinco mil enemigos tendidos en el campo, cuando él solo habia sufrido *dos heridos y un muerto!*

Entre tanto Calleja engreido con los fáciles triunfos que habia alcanzado sobre los insurrectos en Aculco y en Guanajuato, luego que supo que las tropas de Cordero se habian desbandado, por cuyo motivo no podía este jefe obrar en combinación con él, según lo tenía dispuesto el Virrey, no quiso esperar á Cruz por no compartir la gloria que esperaba, y apresurando sus marchas libró el 17 de Enero la famosa batalla de Calderón. En Zapotlanejo dió sepultura al Gral. D. Manuel de Flon, Conde de la Cadena y segundo en jefe de la división; remitió al Gobierno el parte respectivo de aquel hecho de armas, y siguió su marcha para Guadalajara, entrando á esta ciudad el 21 de aquel mismo mes. Por la tarde de aquel día, sin que se tuviera ningún aviso, lo que no era raro en aquella campaña en que se encontraban los combatientes muchas veces por casualidad como sucedió en Aculco, entró á Guadalajara el Brigadier D. José de la Cruz, despertándose luego cierto espíritu de rivalidad entre los dos jefes españoles, que no llegó á extinguirse y que fué el origen del engrandecimiento del gobernante de la Nueva Galicia. Se suscitó la cuestión de quién de los dos debería tomar el mando supremo, y aunque Cruz era más antiguo en el grado militar, como Calleja era el jefe de su división mucho más numerosa que la que venía de Huichapan y Valladolid, se convino en

que el vencedor de Calderón quedaría como superior; pues aunque además sus adictos presentaban como título de superioridad la victoria que acababa de obtener, los partidarios de Cruz no lo reconocían, porque aseguraban que éste también se había cubierto de gloria en Urepetiro, disputando unos y otros cuál de aquellas dos batallas había sido más importante y de mayor mérito como hecho de armas; pues tanto así extravía el espíritu la simpatía y la pasión!

Con el ejemplo que Calleja había dado en Guanajuato, fusilando á los que permanecieron allí confiados en el bando de indulto que dió antes de entrar á la ciudad, tuvieron buen cuidado todos aquellos que de algun modo habían manifestado sus simpatías por la revolución, de evacuar la capital.

Sin embargo, se desencadenó el espíritu de persecución y comenzaron los procesos así como las mezquinas é infundadas denuncias, tales como las siguientes, tomadas de un documento auténtico dirigido á Calleja y que demuestra toda la suspicacia de aquel tiempo:

“Un indio que cuida de un sembradito frente al Templo de Belen, dixo: que quando el Cura Hidalgo estuvo aquí, havia bastante Comercio, y esto era voz de muchos; pero desde que entró V. S. no hay ninguno, pues todo se há salado.

Un Zapatero que vive enfrente del Sr. Magistral, en una Tertulia que tenia en su Casa, dixo un Bermejo, que no havia Rey, en lo que convino dicho Zapatero, alegando de que en las salvas del 30 de Mayo, gritaron *Viva el Rey*, pero no expresaron que Rey, abonando el citado Zapatero todo.

Don Joaquin Laso vezino de Amatlán, que reside en Casa del Lic. Solis, dice: Que los insurgentes están fuertes tierra dentro, y que los Indios de Tequepespan, le han dado mucho que hacer al Sr. Coronel Pastor, y parece ser adicto al partido de los rebeldes.

Juan Antonio Rivas, Sargento veterano que fue del Batallon de esta Ciudad, imposibilitado de sus miembros por una fuerte gota, dice, ¡Ay está Dios! no se han de alzar con el Reyno los Gachupines; Las piedras se volverán hombres para la defensa, y exclama: ¡Dios mio, que no entre la Heregia en la America! todo lo oyó D. Felipe Rodriguez.”

Los dos generales realistas permanecieron ocupados en la organización de sus tropas y en los diversos asuntos del servicio, hasta el 26 de Enero, en que Cruz salió para Tepic al frente de mil hombres con cuatro cañones con objeto de combatir al benemérito Cura Mercado, y á los pocos dias volvióse para el interior el sanguinario Calleja.

Este, ántes de salir ordenó que los concejales del Ayuntamiento de Guadalajara, repusiesen de su

peculio particular la suma de mil pesos que por acuerdo de la Corporación se habían empleado en los festejos que se hicieron para recibir á Hidalgo cuando hizo su entrada en 27 de Noviembre del año anterior. Formaban el Ayuntamiento los distinguidos vecinos D. Alfonso y D. Luis Sanchez Leñero y D. Agustín Mendiola con el carácter de Regidores, y el Sr. Lic. D. Salvador de García Diego como síndico, y aunque el primero manifestó su adhesión al Rey y que el gasto se había hecho por consejo del Sr. D. José Ignacio Cañedo, que por tal motivo debería ser el responsable, y el último que no podía cubrir la suma que le correspondía por hallarse insolvente, se exigió con imperio el pago, que tuvieron que hacer inmediatamente, prorrataándose entre los restantes la parte que correspondía al síndico.

Muy feliz fué Cruz en su expedición, pues sin tener más que el insignificante encuentro de Taray, según se dijo en su lugar logró pacificar el Occidente, gracias á la contra-revolución de S. Blas iniciada por el Cura Verdín y que dió por resultado la muerte desastrosa del valiente Cura de Ahualulco.

Volvió aquel jefe á Guadalajara el día 20 de Febrero de 1811, habiendo sido recibido con todos los honores de Comandante General de la Nueva Galicia y Presidente de su Real Audiencia; pues aun-

que el claustro de Doctores había suplicado á Venegas que para el desempeño de estos cargos nombrase al Sr. Calleja, el Virrey que vela con cierto celo á éste, porque sus triunfos sobre los insurgentes habían provocado su rivalidad, nombró mejor á D. José de la Cruz, aunque con el carácter de interino, por no tener facultades para hacerlo de otro modo.

Para recibir al nuevo gobernante formó valla la tropa desde la catedral hásta el templo de Jesus María, y salieron á encontrarlo procesionalmente las autoridades, el cabildo eclesiástico y todas las corporaciones, llevándolo bajo palio á la iglesia diocesana donde se cantó un Te Deum.

Los Presidentes habitaban en el Palacio del Gobierno; pero como se había asegurado que al abandonarlo los insurgentes, habían dejado allí una mina de pólvora, cuando los realistas recuperaron la ciudad se emprendieron obras de albañilería, ya para cerciorarse de la verdad de aquella noticia, ya para asear y reparar el edificio, y como tales obras aun no estaban terminadas, fué á alojarse el Brigadier provisionalmente á la casa del Sr. D. Juan Manuel Caballero, acaudalado y filántropo español.

En la expedición de Huichapan á Tepic, Cruz había dejado un reguero de sangre; noventa y seis individuos habían sido condenados á muerte por el Consejo militar que estableció, cuyas sentencias

confirmó sin escrúpulo alguno. Todos esos desgraciados fueron condenados sumariamente, sin oírlos en defensa, sin justificantes, sin recurso, y la mayor parte sufrieron la última pena por motivos insuficientes; así á José M. Licuona, natural de México, se le condenó á muerte, segun expresa la misma sentencia, por hacer sus marchas por caminos extraviados y habérsele hallado una arma ofensiva; á José Esteban Torres, vecino del Real de Tlalpujahua, por haber sido criado de Licuona, se le condenó á cuatro años de galeras y á dos *carreras de baquetas*; á Dionisio García, de S. Juan del Rio, por palabras sediciosas y haber dicho "Viva Allende y muera el Sr. Callejas," á diez años de presidio y á cuatro carreras de baquetas; á Agustín Mónico, de S. Miguel el Grande, por haber dicho que Allende no era enemigo, que era justo y que se iban á cumplir las profecías de Sta. Teresa, á la pena de muerte; á Salvador Manuel, de los Angeles, por habérsele hallado una lanza sin asta, á ocho años y á dos carreras de baquetas.

Una vez, en Guadalajara, inauguró su gobierno promulgando un bando draconiano en el cual fijaba ocho dias para conceder el indulto ofrecido por el Virrey; prevenia que bajo pena de muerte se entregaran en el término de 24 horas todas las armas que existieren en poder de cualquiera persona, imponiéndose la misma pena de muerte al que sa-

biendo que existían en alguna casa no las delatare inmediatamente, así como á todo armero que no entregase las existencias ó el dinero que hubiere recibido por las que se le hubiesen mandado hacer; prohibía las reuniones; que bajo pena de muerte saliesen los habitantes de sus casas, en caso de alarma, así como que se transitara por la provincia sin permiso expreso de la autoridad, y que se suministrase por los pueblos viveres, dinero ó algún recurso á los rebeldes, aun cuando fuesen padres, hijos ó parientes, extendiendo en todo caso el delito de protección y complicidad hásta los más inocentes.

Bando tan arbitrario y sanguinario, segunda edición del que el mismo autor había publicado en Huichapan, dió origen á que la atención pública se fijara en el despotismo del gobernante, porque, como dijo en la sesión de las Cortes Españolas del 10 de Agosto de 1813, el Sr. Felín, Diputado por la provincia de Lima, apoyando la mediación de Inglaterra: "bastaría para hacer ver la tiranía conque se trata á los habitantes de México, presentar algunas de las medidas, que todos los dias toman aquellos gobernadores. Recordaré solamente los arts. 2º y 11º del bando publicado en Guadalajara por el Brigadier D. José de la Cruz, porque es el último que he tenido en las manos. El art. 2º impone pena de muerte á toda persona que dentro de 24 horas no entregue las armas que

tenga incluso machetes y *cuchillos*. Prohibir que se ande con armas, aunque sea una pequeña *cuchilla*, se ha visto ya; pero exigir aun los *cuchillos* de uso doméstico y exigirlos bajo pena de muerte, es lo que no hizo ni Murat en Madrid, y ahora por primera vez llega á mi noticia. El 11^o dispone que sean diezmados los habitantes de un pueblo ó ciudad, en que se den á un insurgente viveres & ó se tenga en él, el menor comercio, aunque sean padres, hijos, &. Pero qué ¿si el padre fiel habla á un hijo alucinado que pasa casualmente por su lugar, quizás para atraerle á nuestro partido, há de morir tal padre? En fin, muera en buena hora, ¿mas no es lo último de la barbarie diezmar el pueblo?"

A la vez que el nuevo gobernante trataba de intimidar á la provincia con tan serias amenazas, hizo construir una muralla que circundara á Guadalupe, y la cual llegaba por el Oriente hasta la calle ancha de S. Juan de Dios, por el Norte hasta el *rastrillo* de Cuevas, por el Sur hasta el de Llamas y por el Poniente hasta Jesus María; pues no creía sin duda que, como en Esparta, la lealtad de los habitantes y su amor al Rey, fuese la mejor muralla que sirviese de defensa á la ciudad.

Comprendiendo además, que por la ramificación del movimiento revolucionario y por el cambio operado en las ideas, no bastaban los medios em-

pleados hásta allí para combatir la insurrección, procuró atraerse á los mismos padres de la independencia, ofreciéndoles el indulto con fecha 28 de Febrero.

Muy pocos dias ántes de caer prisioneros Hidalgo y Allende, contestaron desde el Saltillo, negándose á admitir las proposiciones que se les hacían, porque, manifestaban "estar resueltos á no entrar en composición ninguna, sinó es que se ponga por base la libertad de la nación, y el goce de aquellos derechos que el Dios de la naturaleza concedió á todos los hombres, derechos verdaderamente inalterables, y que deben sostenerse con ríos de sangre si fuere preciso...El indulto es para los criminales, no para los defensores de la patria."

"Esta noble respuesta, como dice el Sr. Zárate con tanta elegancia como justicia, puede considerarse como una protesta contra la dominación española desde las gradas mismas del cadalso, y honrará siempre la memoria de sus autores."

Pocos dias después (3 de Marzo) expedía Cruz nueva proclama ofreciendo el indulto a los habitantes de Colima y Zapotlán.

Al mismo tiempo indultaba al Dr. D. Francisco Severo Maldonado y lo hacía publicar un periódico realista, que empezó á ver la luz en el mes de Mayo de aquel año con el nombre de "El Telégrafo." Era el Dr. Maldonado hombre de un talento

y de una erudición asombrosos, que solo se hallaban oscurecidos por su misma soberbia, y murió en 1832 ciego, dejando varias obras filosóficas y económicas que aun permanecen inéditas, y cuando los independientes estuvieron en Guadalajara, escribía "El Despertador Americano" que ejerció grande influencia en la obra de despreocupar á las masas, y del que únicamente se publicaron cinco números. Por estos antecedentes, el Brigadier estimó como un triunfo el establecimiento del nuevo periódico y así, le escribía al Sr. D. Benito A. Velez, Cura de Tepic: "Querido amigo: no hay tiempo para más que decirle le quiero y enviarle el núm. 1 del periódico de Guadalajara, cuyo editor es el mismo Maldonado que en tiempo del bribón Hidalgo escribía el Despertador.—Es de U. afmo.—Cruz."

El Presidente de la N. Galicia, no dejaba de expedir bandos y proclamas con cualquier pretexto, é incurriendo en el error de creer que es lícito á un gobierno apelar á todos los medios para destruir sus enemigos, á semejanza de lo que había hecho el Virrey Venegas cuando prometió crecidas sumas por las cabezas de Hidalgo, Allendey Aldama, con fecha 25 de Junio de aquel año, ofreció pagar quinientos pesos á todo aquel que entregara vivo ó muerto un cabecilla insurgente; trescientos si tuviere en la gavilla el grado de Coronel; cien por

los que se nombrasen oficiales y cincuenta por cada uno de los revoltosos. Este vergonzoso medio, que por desgracia se ha visto empleado varias veces en el calor de nuestras guerras civiles, solo una ha dado resultado: cuando el ilustre Gral. Guerrero fué entregado por el traidor genovés Picaluga por precio de 50,000 pesos al gobierno de D. Anastasio Bustamante.

Un mes después se publicaba en Guadalajara el siguiente bando en el que se revela no solo un odio inextinguible, sinó un despotismo ominoso:

DON JOSÉ DE LA CRUZ, Brigadier de los Reales Ejércitos, Sub-Inspector y Comandante de la primera Brigada de este Reyno, Comandante General del Ejército de Operaciones de Reserva; y encargado interinamente por orden Superior de la Comandancia General de la Nueva Galicia, Presidencia de su Real Audiencia, Subdelegación de la Renta de Correos del mismo Reyno, y del Gobierno é Intendencia de esta Provincia de Guadalajara.

Siendo muy conveniente que todos los Vasallos fieles á nuestro Soberano el Señor D. FERNANDO SEPTIMO y verdaderamente adictos á la santa Causa de nuestra Religión, Rey, Patria y tranquilidad pública, tengan una señal que á primera vista los dé á conocer y distinga de la Canalla revelde.

MANDO.

1.º Que todos los vecinos de esta Ciudad y su Provincia de qualquier estado, clase, y condición que sean, usen y lleven en el sombrero (aunque sea de Palma) una divisa encarnada, teniendola tan fixa y cosida al Sombrero que no pueda caerse, ni esto servir de disculpa para que el que se encontrase sin ella se exima de la pena que irremisiblemente se aplicará á todo contraventor. Me reservo señalar esta pena; pero advierto que será proporcionada á reputar como partidario de los reveldes y enemigos de su Patria el que se encuentre sin llevar este distintivo público de su fidelidad, al Rey, y al lexítimo Gobierno que en su nombre le representa.

2.º Prohibo á toda clase de personas baxo la misma pena de suponerle partidario de los reveldes, y de consiguiente enemigo de su Patria, el uso del cotton llamado antes Americano, y hoy, con escándalo inaudito, conocido con la denominación de *Cotton Insurgente* por los muchos que de las infames gavillas lo vestian.

3.º Quedan comprendidos en los dos artículos antecedentes los Forasteros aunque vengan de Lugares en que no se haya publicado este Bando, pasados que sean los tres dias de haber llegado á esta Capital.

4.º Permito el libre uso del Cotton comun y ordinario que usan y an usado siempre muchos pobres, como trage del País: pues el llamado *Cotton Insurgente* es muy diberso en su corte y adornos del que visten los jornaleros y gente pobre honrada.

Señalo para el cumplimiento de uno y otro artículos el preciso y perentorio término de tres dias, contados desde la publicacion de este Bando que se fixará en los parages públicos y acostumbrados, y circulará á todas las Ciudades, Villas, Pueblos, Ranchos y Haciendas de esta Provincia, para su puntual observancia y cumplimiento. Dado en Guadalajara á 25 de Julio de 1811.—José de la Cruz.—Por mandado de S. S.—Andrés Arroyo de Anda.

Terminó el año de 1811 dejando á los realistas las más gratas esperanzas para el siguiente, por los triunfos repetidos que habían obtenido sobre los americanos, y como el gobierno colonial no desperdiciaba oportunidad alguna de enaltecer y publicar sus victorias, se acordó celebrar en Guadalajara anualmente una función religiosa en la Catedral, el día 17 de Enero en acción de gracias por la batalla de Calderón. En la primera que se celebró el año de 1812, ocurrió un incidente curioso: estuvo el sermón á cargo del Padre Fr. Buenaventura Guerra que gozaba fama de gran predicador y estan-

do presente el Gral. Cruz, le dirigió desde el púlpito estas palabras para demostrar la acción directa de Dios en aquel suceso: "*Si V. E. hubiera concurrido á aquella batalla, se habría perdido,*" que le desagradaron profundamente y le valieron al orador una agria reprehensión del Brigadier, que no creía probablemente que hubiera sido un motivo de triunfo su inesperada detención en Urepetiro.

Con motivo de los asuntos de la guerra, de los castigos que frecuentemente se imponían y de la centralización del poder, llovían memoriales y demandas sobre el Presidente de la Audiencia, que al contestarlas, manifestaba en unas veces su humor festivo, en otras su celo por las buenas costumbres, y en todas su severidad y tiranía. Ejemplo de esto son las siguientes comunicaciones, de las que conservo copia auténtica.

M. I. S. Gral.—Don Antonio Aldama preso en esta Respetable Cárcel ante V. S. rendido digo: Que deseoso de remediar los trabajos que padesco en este encierro, y los extravíos de mi desamparada familia, he formado la adjunta representación para el Exmo. Sr. Virrey, alegándole á S. Exma. los méritos que en mi concepto influyen para que llebandose adelante mi Indulto, se me ponga en libertad. Suplico á la Bondad de V. S. se sirva de pasarla por su vista, y si merece su superior aprobacion, elevarla á manos del dilectissimo Sr.

Virrey, para que surta los favorables efectos á que aspiro, recomendándola, ó al menos informando á S. Exma. de mi penitencia, y sincero intento de mudar de conducta, que comencé á acreditar desde la entrega de los cañones que refiero: Que asi lo impetro de la acreditada Humanidad de V. S. y en ello me hará crecido bien &.—*Antonio Aldama.*

Guadalajara, 11 de Enero de 1811. (en el original está errada esta fecha, pues debe ser 1812.)—Tenga entendido D. Antonio Aldama sentenciado á Presidio, que solo la Piedad del legítimo Gobierno pudo sentenciarle solamente á Presidio mereciendo la horca como un Santo dos belas. Que yá le hé decretado una multitud de Memoriales diciéndole en unos que no tengo facultad para alterar las sentencias de los consejos de guerra, y en otros que no ha lugar &. Le devuelvo ahora el Memorial que me dirige para el Exmo. Sr. Virrey, cuyo Gefe superior tiene otras atenciones mas graves que la de oír á pícaros, insurgentes, y bribones como él.—*Cruz.*

I. S. G.—Los Practicantes primero, y Segundo del Respetable Hospital de S. Sn. Miguel de esta Ciudad; ante vd. comparecemos con la devida sumision que devemos: decimos que estando actualmente Sirviendo á la Tropa merito que jusgamos el maior de todos losque tenemos; impetramos á la Venignidad de vd. Suplicamos á la generosidad su-

ya, y á Nombre de nuestro Amado Rey el Sr. D. Fernando Septimo (Q. D. G.) El vestir el uniforme del Cuerpo que tubiere á bien para que nos favorezca en todo; el fuero militar: pues el Practicante maior que lo es Pablo Soto, tiene de Servidumbre en él ocho años, y Segundo que es Josef Maria Luciano De Siordia; el estar actualmente sirviendole, y por tanto ocurrimos precindiendo de todo: se digne la piedad de vd. por medio de esto seamos honrados y favorecidos con los favores de vd.

Gracia que se nos concederá siendo de su agrado.

Guadalajara, Enero 23 de 1812.—el primero, Pablo Soto.—el segundo, Josef Maria Luciano De Siordia.

Al Capitan D. Garcia Zerpa.—Guadalajara 30 de Enero de 1812.—Los Practicantes primero y segundo del Respetable Hospital de Sn. Miguel del cargo de Vmd, Pablo Soto y Josef Maria Luciano De Siordia, me han dirigido un Memorial solicitando la gracia de vestir el uniforme del cuerpo que yo tuviere á bien para que les favorezca en un todo el fuero militar: los méritos que alegan en su apoyo, son ciertamente, aunque cortos, muy recomendables, tal como el estar asistiendo á la tropa, por el salario que ganan, y la conveniencia propia de aprender la cirugía ó Medicina en que no dudo puedan graduarse pronto de borricos, segun el ta-

lento que manifiestan con particularidad en la referida solicitud: esta la considero justa y arreglada, y tambien el que selles recompense su trabajo concediendoles como les concedo el uso de uniforme que piden, á saber el mismo que ahora usan con los agregados ó divisa siguiente: Solapa, buelta y collarin blanco jaspeado de sangüaza que deberán hacerse de los paños recién despegados de las heridas mas hediondas: botones del mismo color empleando en ellos las ilas bien empapadas en materia purulenta; por sombrero llevando un vacin de los enfermos, barbiquejo de lo que chorreen, talí de benda inservible; y en lugar de espada la Gerin-ga. Hágaselo Vd. entender así á ambos para su noticia y gobierno.—Cruz.”

“No puedo conceder á D. Francisco Avilez la licencia que solicita para contraer Matrimonio con Josefa Morillo pues siendo menor de edad necesita el asenso Paterno, y ademas es necesario que V. prevenga seriamente á la Morillo, (por ser de malas costumbres) que aun quando verifique este ú otro Matrimonio que se le proporcione, debe estar entendida de que jamas ha de venir á esta Ciudad.—Cruz.”

Para la persecución de las numerosas bandas insurgentes que recorrían la provincia, el Presidente organizó varias brigadas mas ó menos numerosas. Una, formada de parte de los Regimientos

de Puebla, Toluca, Querétaro y Dragones de España, á las órdenes del Coronel D. Pedro Celestino Negrete se encargó de expedicionar primero por el Norte, sobre Colotlán, Juchipila, Tlaltenango y Zacatecas, la cual el día 7 de Abril derrotó á los insurgentes en la batalla de Colotlán y el 6 de Mayo al lego Gallaga en los Corrillos en su marcha para Zapotlán. Otra mandada por el Coronel D. Rosendo Porlier y formada por el Batallon de Marina, el de Guadalajara y parte de los de Toluca y Puebla, partió para el Sur, recorriendo los pueblos de Zacoalco, Sayula, Zapotiltic, Zapotlan y Colima, y derrotando en la Cuesta de Zapotlán el 3 de Marzo á sus enemigos, asi como en Jiquilpan, D. Manuel del Rio que pertenecia á esa brigada, derrotó el 30 de Junio á Gallaga y á Ochoa y el 21 de Agosto en Colima á Sandoval. D. Miguel del Campo expedicionaba por Guanajuato, cuya provincia le había agregado el Virrey á la gobernacion de Cruz, y derrotó en Irapuato el 12 de Abril á las huestes que lo atacaron, y el Coronel D. Manuel Pastor hizo dos fáciles campañas sobre los insurrectos de Compostela y Tequepexpan.

Al concluir el año, circuló Cruz con fecha 28 de Diciembre una noticia de las últimas acciones de guerra en que habían triunfado sus armas. Segun consta en tal noticia, en el Teul fueron rechazados unos asaltantes independientes el 29 de Oc-

tubre por los mismos vecinos; el Capitan de Dragones de Querétaro D. Angel de Linares puso en fuga una partida de rebeldes, haciéndole seis muertos, el 2 de Noviembre en el rancho del Capulín; el 6 del mismo mes fué rechazado de Acaponeta por el Teniente D. Benito Espinoza el cabecilla Cecilio Rodriguez; el día 12 derrotó D. Miguel de la Mora perteneciente á la division del Coronel Rio, al frente de 450 soldados de caballería de acordadas, en Jiquilpan á 100 insurgentes que trataron de sorprenderlo; el día 14 fué rechazada una pequeña partida que trató de ocupar á Jalos; el capitan D. Manuel Ignacio de Arvizu con un cuerpo de 300 hombres del ejército de Sonora, derrotó el día 19 de Noviembre en el pueblo de S. Diego á D. Ramon Lugo, D. Juan Costilla y D. Juan Gamboa, de los que los dos últimos murieron en el combate y el primero á quien hicieron prisionero, fué fusilado; el 23 del mismo mes, el Capitán D. Mariano Urrea dispersó en el rancho del Pozole á D. Cecilio Gonzalez; un teniente con 40 hombres de las fuerzas del Teniente Coronel D. Manuel Iturbe, derrotó cerca del Teul una gavilla el día 25; á los cuatro días el Comandante D. Juan N. Cuellar, hizo lo mismo en Coacomán con una partida, quitándole unos cañones; en Tesalaca el Teniente D. J. Ignacio Alegria con 40 hombres puso en fuga al Capitán independiente D. Manuel Robles, el

1.º de Diciembre; el 24 de ese mes rechazaron en Arandas los cuerpos de patriotas de aquella localidad y de Atotonilco, á un grupo considerable que trató de apoderarse de la población, y por último, al siguiente día, los Capitanes D. Angel de Linares y D. Luis Quintanar derrotaron en S. Pedro Piedra Gorda á unos de la partida del famoso Albino García. Todos estos partes en que se exageraba la importancia de los encuentros adulterando la verdad, demuestran por lo menos que todo el territorio de N. Galicia se encontraba lleno de insurrectos, estado violento que contribuyó al engrandecimiento de Guadalajara, porque hizo que las personas y propiedades que no hallaban seguridad en el campo y en los pueblos, se concentraran en la capital. Llegó á tal grado la inmigración que en ese año de 1811, no se encontrara no solo una casa vacía, pero ni aun siquiera un cuarto en los mesones y posadas.

Como prueba de que el estado de la provincia no era, bajo el punto de vista militar, tan satisfactorio como pudiera aparecer por las publicaciones que hacía el Sr. Comandante General, puede citarse la carta reservada que con fecha 15 de Noviembre de 1811 le dirigia á Calleja, en la cual le decía entre otras cosas:

“Un evenement facheux il vient d' arriver dans Xiquilpan. Un corps de cavallerie fort de 460 á été

surpris dans le milieu de la nuit par les fripons. Je suis á present fort incomodee, cependant que les nouvelles ú ont non pas arrivé avec detaill &c. Por esta razon, y esperando relaciones circunstanciadas, tengo que suspenderlo todo.

“El camino está de nuevo inundado de canalla, y no me atrevo á escribir detallando algunas cositas. Veo la necesidad urgentísima de que se haga la expedicion á que V. camina. El Licenciado contra quien se dirige, *hace una guerra formidable* por medio de proclamas, de mensajes, y de toda especie de seducción.

“Tengo carta de la capital del 29. Nada de particular habia, sino indicarme que Negrete se movia sobre los parages que V. dejaba. Esto no es posible por ahora, á no abrir una brecha de difícil reparacion: así lo digo con fecha de ayer al tiempo de dar parte de lo de Xiquilpan. Además de las atenciones que en este momento presenta esta provincia, hay la de que Negrete está malo, y me pide su relevo...¿Conoce V. el gefe á quien pueda darle por sucesor?.....*José de la Cruz.* ®

El Gobierno de España había concedido al Sr. Cruz en propiedad el nombramiento que con el carácter de interino le había conferido el Virrey Venegas, y éste, deseoso de criarle á Calleja un émulo, procuró no solo enaltecer los méritos del Presidente de la Nueva Galicia, sino aun aumentar el te-

rritorio que le estaba sometido, por lo que le agregó las Intendencias de Guanajuato y Michoacán, habiendo quedado encargados de esas provincias por nombramiento de Cruz, los Brigadieres D. Diego García Conde de la primera, y D. Torcuato Truxillo de la última.

Los insurgentes, aunque tenazmente perseguidos y frecuentemente derrotados, estaban muy lejos de deponer las armas y dejar en paz á la provincia, así es que en el año de 1812, fuera de la campaña gloriosa que sostuvieron en Mezcala, de que formamos episodio á parte, pudieron jactarse de haber tenido algunos victoriosos encuentros. En el núm. 33 de "El Ilustrador Americano," se hacía mención de que el Capitán Enriquez después de quitar á las tropas realistas el 7 de Octubre sesenta remontas y algunas armas, se había apoderado de Tuxpan; de que al día siguiente el Brigadier D. Ignacio Navarro derrotó entre Jiquilpan, Cotija y Mazamitla al Capitán D. Juan N. Cuellar y á D. Manuel del Rio, haciéndoles veintinueve muertos; de que el Coronel D. Pedro Regalado puso en fuga el 6 de Noviembre cerca de Zinicuila una partida realista con pérdida de veintitres hombres y algunos fusiles, y de algunos otros ligeros hechos de armas por Tamazula.

Por su parte las armas del rey, obtuvieron diversos triunfos, distinguiéndose entre ellos el que

alcanzó el 10 de Diciembre en Zapotiltic el Capitán Arango, perteneciente á la división del Brigadier D. M. Pastor que se hallaba en Sayula, derrotando al Insurgente D. Francisco Guzmán, hermano y compañero de D. Gordiano, y en cuyo encuentro quedó muerto dicho jefe con sus compañeros Rentería, Villaseñor y Quintero.

Ya antes, el Gral. Cruz había publicado en el aniversario del 16 de Setiembre, una proclama, según lo tenia de costumbre para tales casos, con el extracto de cincuenta y cuatro acciones de guerra favorables, y verificadas en la sierra de Comanja, en Adobes, en la provincia del Nayarit, en el Real de Sta. Teresa, en la hacienda de Villela, en la laguna de Piedra, Tamazula, Meza de Tierra Blanca, Lagos, Picachos, Piedad, Jalos, S. Juan, Rio Verde, Hda. de Pilas, Tlaltenango, Tanguanciuaro, Encinos, Sta. Rosa, Taquetas, Zapotlán, Tecuitlán, Hda. de Citala, Cuquio, Ahuacatlán, Copala, el Bajío de Guanajuato y Colima.

Por esos triunfos más decantados que importantes y por la lealtad manifestada, fué ascendido D. José de la Cruz en ese mismo año de 1812, al grado de Mariscal de Campo.

Siguió desplegando la misma crueldad contra sus enemigos, cuya sangre derramaba con la mayor indiferencia, hásta el grado de que habiéndose manifestado muy descontentos los habitantes del pue-

blo de S. Gabriel con su autoridad, por sus muchos abusos, acabaron por arrojarla de la población haciendo al Presidente las representaciones necesarias, y con tal motivo, éste le dirigió al Sr. Cabañas el siguiente recado escrito, que fué encontrado entre los papeles que se registraron cuando ocurrió la muerte del Obispo: "Por fin los de S. Gabriel se han salido con la suya de quitar á Lejarazu; pero no hallo á quien poner: estará bueno Godoy; pero tendrá valor para fusilar á diez diarios?"

Naturalmente los jefes militares sus subalternos seguían aquel ejemplo de rigor, de tal suerte que no solo mediante procesos sumarios se condenaba á muerte por las más ligeras sospechas, sinó aun por simples órdenes del jefe y hásta por sorteo se escogía á los desgraciados á quienes se quería privar de la existencia. Así lo hizo entre otros varios, el Coronel Pastor, quien sin inconveniente alguno decía en una de sus órdenes, fechada en 27 de Diciembre de 1811, en Magdalena: "Hé visto la lista de los cobardes que estaban de avanzada en S. Antonio el 11 del corriente y entregaron las Lanzas á la gavilla del Rebelde Olvera. Este delito es el más grave en la Milicia y por el debían ser todos Pasados por las Armas; pero usando de piedad he determinado que para escarmiento de todos en lo Subcesivo, sean solo alcabuzeados cinco, uno de ellos el que estaba mandando la Abanzada,

y los cuatro restantes *se sortearán* entre los que la componian lo qual dispondrá Vm. se ejecute inmediatamente. Todos los demas que quedaren deberran presenciar el acto y pagar el costo de dichas veinte y seis Lanzas que mandará Vm. se repongan inmediatamente. Concluido el acto prevendrá Vm. á todos en general, que el que incurriese en el delito de cobardía será *indivisiblemente alcabuzeado.*"

Este sistema de sorteo, se ejecutaba siempre que eran numerosos los que tenían que ser castigados, y su culpa no era muy grave, de modo que multitud de veces se puso en práctica. En una de ellas, al sacar la cédula de vida ó muerte un insurgente de Tepic, llamado Jesus López, que por lo demás era un criminal y había asesinado pocos meses ántes á D. J. José Bravo, se llenó de temor luego que tuvo en sus manos la incierta cédula, y temeroso de que fuera de muerte, sin verla pidió gracia para que se le permitiese sacar una nueva. Se le concedió el favor y se guardó por curiosidad la que había sacado; repetida la insaculación, resultó condenado á muerte y registrando entónces la primitiva cédula, se vió que era de vida, no obstante lo cual fué ejecutada la terrible pena.

Hasta los que desempeñaban los puestos civiles, inspirados por el deseo de atraerse la confianza de su superior y estimulados por su conducta, se manejan con un rigor que los hacía odiosos al pú-

blico, que veía en ellos pequeños tiranos, tanto más insolentes con los desvalidos, cuanto más indignos se mostraban con el gobernante poderoso. Entre ellos se distinguieron el Comandante de Lagos D. Rafael Flores á quien llamaban por apodo *Juan XXII*, el de Ixtlán D. Francisco Monroy; el de Tapalpa D. Aniceto Vizcaino; el de Tlajomulco D. Francisco Alvarez Tostado y el de S. Gabriel, Cura D. J. Godoy.

En Guadalajara la Junta de Seguridad, seguía conociendo ejecutivamente de las causas formadas á los reos de sedición, y condenando á la pena de muerte á innumerables víctimas, á los cuales despues de sufrirla se les cortaba la cabeza y se clavaba en una alta horea colocada en la nueva plaza, que en honor del virrey se llamó de Venegas. También seguían los bandos y disposiciones absurdos y molestos, tales como el que con fecha 11 de Julio de 1812, se dictó previniendo que desde la oración de la noche nadie, fuese hombre ó mujer, transitara á caballo por las calles de la ciudad, so pena de ser bajados á balazos ó á bayonetazos por las patrullas, debiendo quienes á esa hora se hallaren montados, bajarse de los caballos y llevarlos estirando. Medidas de esta naturaleza no solo se dictaban en esta provincia, sinó en todo el virreinato y así en la misma ciudad de México se prohibió á los paisanos bajo severísimas penas por

bando de 24 de Octubre de 1813, andar á caballo sin licencia por escrito del Virrey, el uso del lazo ó soguilla aun á los que tuvieran tal licencia, y el de todo género de armas.

Muy difíciles eran entónces las comunicaciones entre la capital y las provincias, por la facilidad con que interceptaban los caminos los rebeldes, así es que de tiempo en tiempo, verdaderos convoyes custodiados por numerosas escoltas emprendían la marcha de uno á otro lugar. Para formarse idea de esta incómunicación, baste saber que en México no se recibió correspondencia de España ni de Veracruz, desde Agosto de 1812 hasta el 28 de Febrero del siguiente año en que llegó conducida por el Capitan Olazabal, y esto no obstante las multiplicadas relaciones que existían entre las dos ciudades.

Entre esa correspondencia se encontró Venegas el nombramiento de nuevo Virrey, hecho con fecha 16 de Setiembre en favor del Mariscal D. Felix M. Calleja del Rey, y como éste, que á la sazón desempeñaba el cargo de Gobernador Militar de México, tenía costumbre de ir diariamente á presentarse al Virrey á recibir órdenes, al hacerlo ese mismo día 28, Venegas salió á encontrarlo hasta el primer salón, lo felicitó por su nuevo empleo y despúes fué á visitarlo á su casa, situada en la calle de S. Francisco, entregándole el mando el 4 de Marzo de 1813.

El pueblo mexicano que no tenía simpatías por Venegas, vió con indiferencia su salida del gobierno, aunque tampoco recibió bien el nuevo nombramiento, porque temía la severidad de Calleja, así como su prodigalidad en el manejo de los fondos públicos. Solo los ricos comerciantes españoles abrigan la esperanza de que pronto pudiera pacificar el país, esperanza fundada en ciertas fanfarronadas que habían oído al mismo Mariscal, y como tenían muy buenas relaciones en el comercio de Cádiz, y éste á su vez en la Regencia, á su influencia se debió tal nombramiento.

El Gral. Cruz recibió la noticia con profundo disgusto por los antecedentes de rivalidad que existían entre él y el nuevo gobernante, así es que el 10 de Marzo de aquel mismo año, hizo renuncia de su alto puesto. Después de hacer una reseña del estado en que había recibido la Nueva Galicia y del floreciente y tranquilo en que la entregaba, exponía la causa de su dimisión en los siguientes y significativos términos:

“Motivos de emulación ó de resentimientos particulares aunque infundados, me hacen recelar, si nó la he experimentado ya, una mala prevención del nuevo Virrey acia mí; y habiendo observado y sabido por varios conductos esto mismo, no hallo otro medio para conciliar y anteponer los intereses y ventajas del servicio, que el de sacrificar mi

carrera antes de que sobrevengan ocurrencias desagradables ora guiadas de la rivalidad, pues que yó no he dado el menor motivo para otra cosa.—V. E. sabe hasta que punto conducen las pasiones humanas, y cuantos arbitrios tiene un Gefe Supremo, aunque no reuna la grande autoridad de un Virey para perjudicar, trastornar y aun undir á cualquiera subalterno suyo, si quiere hacerlo y tiene interés en ello. Tambien conoce V. E. que á todo el que ha mandado, como á mi me há sucedido, y actualmente me sucede en la mitad de este Reyno de Nueva España, no le faltan amigos y bastante partido y opinion con que se me honra publicamente en todo el resto de él, habiendo tenido la felicidad de humillar y destruir la insurreccion en toda la Nueva Galicia, y en bastantes otros puntos de las dos Provincias de Guanaxuato y Valladolid, cuyo mando militar se me confirió seis meses hace, batir los rebeldes doscientas veces y sin desgracia para el Exercito de mi mando; á que se agrega haver procurado conducirme con honradez, desinterés, é imparcialidad en la administracion de justicia, de lo qual es una prueba el que no se haya dado el caso de elevarse queixa alguna á la Superioridad sobre mis procedimientos.”

En el más profundo silencio se guardó la renuncia; pero bien pronto tuvo el dimisionario que experimentar el cambio de gobernante, pues Ca-

lleja le quitó de su mando las Intendencias de Guanaxuato y Michoacán, y aunque al obrar así, fué porque aquel había manifestado que no podía atenderlas, no por eso dejó de lastimarse en su susceptibilidad.

Algunos otros negocios como el del comercio por S. Blas, aumentaron el disgusto entre los poderosos Mariscales, y no obstante que el Virrey dió al Presidente francas satisfacciones en carta del seis de Julio y se negó á admitirle la renuncia que hizo ante él, continuó disgustado, y habiéndose negado Calleja á darle una cantidad de espadas que le pidió aquel, se expresó en términos inconvenientes, que originaron alguna reprehensión por parte de este gobernante. Por tales motivos, Cruz instó á la Regencia para que aceptase la dimisión que había presentado, diciendo en oficio de 26 de Noviembre de aquel mismo año:

“Que desde el dia 10 de Mayo de 1813, representó al Consejo de Regencia solicitando se le exonerase de este mando y empleos en el momento mismo que supo con certeza haver sido provisto á Virrey de Nueva España el Mariscal de Campo D. Felix Calleja, previendo podian resultar graves males al Real Servicio por una decidida y contraria prevencion de este Gefe al que representa, aunque no sabe quales hayan podido ser los fundamentos que hayan dado ocasion á ella.—Por desgracia tal

prevision salió bien cierta, y aunque gracias á la Divina Providencia no hayan resultado hasta ahora males de mucha trascendencia, y grandes perjuicios á esta gran parte de la America Septentrional, no los veo mui distantes, y me estremece la sola idea de considerar, no solo perdidos tantos trabajos del Exercito, sino tambien las consecuencias que deven resultar á todo el Reyno, motivo que le obliga á repetir igual Solicitud, haciendo presente respetuosamente á V. que es del mayor interés al Real Servicio que se le separe de este mando, antes de ver la pérdida de Nueva Galicia, que es sin duda lo mas arreglado en el dia en todo el Vireynato de Nueva España.”

El estado en que se encontraban la Metrópoli y la Colonia, y los informes de Venegas, hicieron que no se aceptase la separación de aquel militar, que con esto se sintió apoyado para sostener su autoridad, que ya era independiente de la del Virrey con la sola excepcion del ramo de guerra.

Desde entónces procuró Cruz aumentar su independencia, y con el deseo de conquistarse las simpatías de la sociedad, con el trato de los americanos durante el tiempo transcurrido desde su llegada, y con la tranquilidad que había dado á su espíritu la ausencia de los poderosos é implacables enemigos de los primeros dias, con todo ese con-

junto de benéficas circunstancias, llegó á dulcificarse mucho su carácter.

Al empezar Calleja su gobierno, següo lo manifestó en el manifiesto que expidió en 22 de Junio de 1814, "apenas se podía contar con otra cosa que con las capitales de las provincias, y aun una de ellas, acaso la mas pingüe (Oajaca) era ya presa de los bandidos." Mucha exejeración hay en tal informe que revela el empeño que su autor mostraba por aumentar el poder de sus enemigos cuando se encargó del virreynato, para realzar el mérito de su administración al entregar el poder; mas en las provincias sometidas al Gral. Cruz que al comenzar su gobierno estaban en poder de los insurgentes, apénas quedaban algunas partidas por Acaponeta y Colotlán, otras por Zapotlán y Colima, en la isla de Mexcala y entre los confines con Guanajuato y Michoacán, cuyas provincias en su mayor parte quedaban en poder de aquellos.

Para la persecución de los rebeldes, el Presidente organizó las compañías de realistas, formadas por los pacíficos habitantes de los pueblos y haciendas, que estaban armados y obligados á defenderse y á perseguirlos, prestándose apoyo mutuamente, obrando en combinación siempre que el caso lo requeria, con las divisiones expedicionarias que constantemente recorrían los lugares invadidos, obrando con suma actividad á las órdenes de jefes inte-

ligentes y valerosos como Negrete, Porlier, Pastor, Ríos, Linares, y otros menos notables.

Las tropas veteranas que consistían en el batallón de Toluca, con mil plazas, el de Puebla, el de España, el de Marina y el de Querétaro, que trajo desde que llegó en Enero de 1811, las aumentó con algunas otras que formó con especial cuidado, tales como el batallón urbano de Guadalajara, al cual llamaban de los *Macuchis*, lujosamente equipado y del que era Coronel el mismo Cruz y Teniente coronel D. Eustasio Garro; el Regimiento de Húsares, formado de personas decentes del comercio que costeaban el uniforme de su peculio importándoles más de 200 \$, pues se componía de chaqueta de paño fino azul y pantalón de raso del mismo color con galones blancos. A mas formaron unas baterías de artillería que estaban bajo las órdenes de D. Bernardo de Salas.

El Batallón de Toluca lo mandaba el Coronel D. Pablo Vicente de Sola, que más tarde fué nombrado gobernador de California, sustituyéndolo el Coronel García Illueca, y estuvo alojado en el Seminario Conciliar hásta 1818 en que el nuevo rector Dr. D. J. Miguel Gordoá, pidió la entrega del edificio, á lo que se accedió, pasando el cuerpo á la Universidad. El de Guadalajara se encontraba acuartelado en el mesón de la Tadea, situado en la calle de la Merced, dos cuadras al Occidente de la actual plaza de Venegas.

Con tales elementos continuaba la persecución de las guerrillas, publicando en 18 de Setiembre de 1813 otro extracto de *cuarenta y ocho* acciones de guerra ocurridas hasta esa fecha desde el 22 de Febrero en que sus armas habían quedado triunfadoras, si bien figuraban en la larga lista, hasta rifas personales, expresándose que:

“En 12 de Setiembre El indio Alcalde del pueblo de Tequepexpan Felix Claudio, acompañado de algunos de los principales indios del mismo Pueblo, recorriendo aquella comarca en persecucion de los rebeldes dispersos de la destrozada gavilla de Juan Severiano, aprehendió y remitió al comandante de armas de Tepic teniente coronel D. Joaquin Mondragon al rebelde Antonio Doroteo, que fué pasado por las armas en aquella ciudad el día 21 del mismo mes.—El 17 de Id. El referido comandante de armas de Tepic teniente coronel D. Joaquin Mondragon dió parte con esta fecha á esta Superioridad, que un indio buen patriota de la jurisdiccion de Compostela logró batirse con el rebelde Juan Ignacio el Gallinero, á quien dió muerte con la misma arma que llevaba este malbado.”

Calzado el furor del Gral. Cruz, se dedicó á procurar el engrandecimiento de la provincia, demostrando que tenía talento administrativo y don de gobierno. Siendo necesario que la nao de Filipinas descargara en S. Blas, por no poderlo hacer

en Acapulco como lo tenía de costumbre, por hallarse asediado por las fuerzas del gran Morelos, se abrió aquel puerto para el comercio extranjero, y con eso se dió un gran impulso al tráfico mercantil, que tomó más incremento con el permiso que se concedió de introducir efectos de Jamaica y las Antillas por la vía de Panamá, que aunque en un principio tuvieron muchas limitaciones, se acabó por concederles completa libertad. De esta suerte no sólo las rentas públicas aumentaron considerablemente, sinó que, haciendo de esta ciudad una plaza de depósito de todas aquellas mercancías, y siendo tan difíciles y peligrosas las comunicaciones con México, de todas partes comerciaban con Guadalupe, que vino á ser con eso la metrópoli de Occidente. Mucho contribuyó también la completa seguridad que dió á las propiedades tanto en la capital como en los caminos, estableciendo una policía urbana en sus distintos ramos.

Disputaban el Ayuntamiento y las corporaciones eclesiásticas sobre la traslación del hospital que se encontraba donde hoy se halla la plaza de Venegas, dando á la ciudad un aspecto triste en ese barrio y aun haciéndolo mal sano, hásta que Cruz bajo su responsabilidad mandó derribar los muros y abrir la plaza. Hizo despejar los portales, construyó el puente de las Damas, llamado así porque las señoras de la ciudad contribuyeron para su

construcción; estableció una saca del agua cerca de la garita de Mexicalcingo para aumentar la que debía consumirse en las fuentes públicas; hizo empedrar un considerable número de las calles más céntricas y ponerles aceras, ensanchó el paseo de la alameda comunicándolo con la plazuela de S. Fernando y la presa por el molino de Joya, hasta la saca del agua, plantando una hermosa arboleda por uno y otro lado, y cuidó esmerosamente del aseo y ornato de la capital.

Con grande empeño y asiduidad atendía aquel gobernante los negocios públicos, manifestando siempre una honradez intachable y muy buenas costumbres, de suerte que se atrajo las simpatías de la mejor sociedad. Por las tardes acostumbraba ir á pié al paseo nuevo en compañía de algún amigo, encontrándose aquel sitio custodiado por una pequeña escolta de caballería y otra del batallón de Toluca, y en las noches tenía reunión en el palacio, donde recibía con finura á los Oidores, Canónigos y personas distinguidas que lo visitaban todos los días, comenzando la tertulia á las nueve en punto, hora que esperaban muchos de los asistentes, entre ellos el Dr. Maldonado, dando vueltas en la plaza principal. Los domingos comía siempre con el Sr. Obispo Cabañas, con quien lo ligaba la más íntima amistad, yendo por la tarde juntos á su paseo favorito, en un carruaje tirado por dos troncos de mulas.

Con las medidas dictadas por el Presidente y el buen manejo de las rentas, estas aumentaron considerablemente, y así, habiendo producido la Aduana de Guadalajara en el quinquenio corrido del año de 1805 al de 1809, la cantidad líquida de 788, 965 pesos 2 reales 1 grano, en igual periodo contado de 1815 á 1819 produjo 2. 694, 211 pesos 3 reales 9 granos, advirtiéndose el aumento de 1. 905, 242 pesos 1 rl. 8 granos, que por sí solo revela todo lo que la ciudad había aumentado en tráfico y en importancia, resultado debido en gran parte al comercio con el extranjero por el puerto de S. Blas.

Era administrador de la Aduana desde el tiempo de Abarca un español llamado D. Andrés Brillante, que había servido de Guardia de Corps á Carlos IV y que, aunque vestía el hábito de la Orden de Calatrava, no sabía leer ni escribir, habiendo huído á la aproximación de los independentes en fines de 1810 para Tepic, donde permaneció oculto hasta la ocupación de los realistas, y que vuelto al siguiente año, fué repuesto en su empleo que conservó hasta su muerte, ocurrida en 1813 en que se nombró á D. Salvador Batres.

En ese mismo año se hizo en Guadalajara el juramento de la Constitución que en el año anterior habían promulgado las Cortes Españolas reunidas en Cádiz; juramento solemne que se hizo entre los

fiestes de una multitud ignorante que no alcanzaba á comprender la significación de los derechos reconocidos y sancionados en aquella carta. *Código Sagrado* le llamaba el Sr. Obispo Cabañas; la *Constitución* le puso por nombre el Gral. Cruz á una fragata particular que hacía el comercio con S. Blas y que antes se llamaba "Ntra. Sra. del Rosario," y por todas partes se hablaba y aun se predicaba en elogio de aquel código político, el primero que se promulgaba en España y el más liberal de Europa en ese tiempo.

De acuerdo con la constitución, se hicieron en 1814 elecciones en la provincia para diputados á Cortes, manifestándose en todas partes grande entusiasmo y patriotismo, pues elegidos los electores en los más remotos lugares, como en S. Blas, Tepic, &c. venían de allá á la capital á sus expensas, con el exclusivo fin de llenar su cometido en los colegios electorales.

Fueron electos por la Nueva Galicia los Sres. Lic. D. Francisco Antonio de Velaseo, Asesor por muchos años de la Intendencia de Guadalajara, y suegro de D. Roque Abarca, antecesor del Gral. Cruz en el gobierno; el Dr. D. José Domingo Sanchez Reza, Presbs. D. José Miguel Ramirez y D. Joaquín Medina, los Dres. de la Rosa, y Aldama, y el Lic. Mendiola. A cada uno de estos diputados se le dieron 1800 \$ para viáticos y salieron por

S. Blas para Panamá, atravesaron á caballo el istmo y embarcándose en Chagres, llegaron á La Habana donde murió el Dr. Aldama, prosiguiendo su viage los demás. Cuando llegaron á Madrid, reinaba ya el más ominoso absolutismo en virtud del golpe de Estado de Fernando VII de que se hizo mención; mas como todos los representantes eran de ideas antiliberales, muy bien se hallaron con el inesperado orden de cosas que encontraron en la Metrópoli, con lo cual se captaron las simpatías del Rey, que á todos ellos, en cambio del carácter de procuradores del pueblo que les había arbitrariamente arrebatado, les concedió honrosos y lucrativos empleos. Volvieron pues aquellos exdiputados nombrados Canónigos de la Catedral de Guadalajara, los que eran clérigos como los Sres. Sanchez Reza, Ramirez, Medina y de la Rosa, y Oidores los seculares como el Sr. Mendiola.

Aquel golpe de Estado, preciso es confesarlo, estaba de acuerdo con los deseos de una gran parte de la nación, porque en la ignorancia que en aquella época reinaba, impresionaban al pueblo más que las escandalosas prisiones de los diputados Martinez de la Rosa, Quintana, Argüelles, Muñoz Torrero, Ramos Arizpe y tantos otros, los serviles sermones de Ostalaza, en que enseñaba que el Rey no debía nada á lapátria, sinó la pátria al Rey. Lo que en verdad pasaba era que el pueblo, ha-

biendo personificado en el desleal Fernando la independencia de su país, ante la grandeza de este generoso sentimiento, cerraba los ojos para no ver las bajezas y debilidades de su Rey, que llevaba su degradación hásta pedir permiso al gran Napoleón para asistir al matrimonio que iba á celebrar con la Archiduquesa María Luisa, diciéndole en su carta fechada en Valencey á 21 de Marzo de 1810: "espero obtener como una especial señal de bondad, el permiso de trasladarme á Paris para encontrarme en la augusta ceremonia del matrimonio de mi padre, de mi protector y de mi soberano."

Poco duró ese entusiasmo constitucionalista, pues en Agosto de 1814 se recibió en México el famoso decreto que el 4 de Mayo expidió Fernando VII, al regresar á España, á instancias de los 69 diputados *persas*, por el cual declaraba "aquella Constitución y decretos nulos y de ningun valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos y se quitasen de en medio del tiempo;" é inmediatamente se hizo ostentación del amor más decidido en favor del absolutismo. No acertaba el pueblo á comprender entonces, el benéfico influjo del reconocimiento de sus derechos, como no acierta por de pronto á formarse idea del firmamento ni de los colores que por primera vez hieren su retina, el ciego á quien en un instante se le abren los ojos á la luz!

En toda la Nueva España se hizo lo mismo, sin detenerse ante la más palmaria inconsecuencia, de manera que en México el Canónigo Beristain que había elogiado en un sermón la constitución, no tuvo inconveniente en predicar otro censurándola, por lo cual con motivo de que empezó diciendo: "No pegó el arbitrio tomado por los liberales para destruir el trono y el altar dictando la constitución," circuló la siguiente décima:

*De no pegó fué el sermón,
Si sermón puede decirse
Hablar hásta prostituirse
Por la vil adulación.
Ayer la constitución
Cual sagrado libro alega,
Y apenas Fernando llega,
Que el que era libro sagrado,
Es un código malvado.....
¡Vaya que eso sí no pegal*

Para premiar esa fidelidad á su persona y los servicios prestados contra la independencia de las provincias hispano-americanas, erió Fernando VII la Orden de *Isabel la Católica* por decreto de 24 de Marzo de 1815, estableciendo Grandes cruces, Comendadores y Caballeros. Por haberse concedido tal condecoración á todos los que se hicieron nota-

bles por sus crueldades y por su espíritu perseguidor contra los americanos amantes de su independencia, fué llamada *Orden de mata indios*. "Por entonces, dice un escritor español, creáronse cruces para remunerar hásta las acciones perdidas durante la guerra, cual si quisieran los ministros perpetuar el baldón y la vergüenza de la derrota: los que habían acompañado al rey á Francia, y despeñado la nación en un abismo de sangre y desgracias, aparecieron premiados con la condecoración de la lealtad de Valencey: instituyéndose cruces para los Persas que habían promovido la abolición de las nuevas leyes, para los conspiradores del Escorial y para los que habían prendido á Porlier. Las órdenes de Isabel la Católica, la de S. Hermenegildo, fundada en memoria del tiempo en que Fernando se propuso al santo por modelo, cuando se rebeló contra su padre, y otras muchas, rebajaron el precio de unos distintivos tan pródigamente otorgados." Ese lujo de condecoraciones, como es bien sabido, se llevó al extremo de concederle la de Carlos III al favorito y despreciable Ministro D. Juan Esteban Lozano de Torres, *en premio de haber publicado el embarazo de la reina*, según se expresaba sin recato el Decreto publicado en la Gaceta de Madrid del 24 de Junio de 1817. Cruz fué condecorado, como era de esperarse, con la placa de Isabel la Católica, como lo fué también el

Sr. Cabañas, recibiendo la cruz de Comendador, el Brigadier Negrete, el Canónigo D. Benito Antonio Velez (la cual conservo) y otros altos dignatarios del ejército y del clero.

En 19 de Setiembre de 1816 tomó posesión del virreinato el Sr. D. Juan Ruiz de Apodaca, regresando Calleja después de 27 años á España, donde se le premiaron sus servicios con el título de Conde de Calderón, y como el nuevo gobernante era de un carácter bondadoso y conciliador, se apartó de la política de rigor y de crueldad seguida hasta entónces, lo cual acabó de hacer cambiar al Presidente de la Nueva Galicia, que llegó á olvidar las repetidas hazañas con que compitió en barbarie y despotismo con el vencedor de Aculco y Guajuato.

Con la ocupación de Mexcala en Noviembre de 1816, quedó pacificada la provincia y con eso pudo Cruz atender á otros ramos de la administración, que si no tan interesantes por aquellos dias como el de guerra, si eran de mas trascendencia para el bienestar y engrandecimiento futuros. Deseando no carecer de numerario, á la vez que impulsar la ciudad, estableció la Casa de Moneda en Guadalajara, en el edificio que pertenecía al Marqués Vizcarra, y que fué reparado convenientemente para ese efecto, y á fin de celebrar tan fausto acontecimiento, al mismo tiempo que para obsequiar al

Cabildo Eclesiástico, por las muestras de aprecio con que lo había recibido á su vuelta de Mexcala, dió un espléndido convite en su mismo palacio.

Brillaba en la mesa del Mariscal la vajilla de plata en que servían la comida, sobre blanquísima mantelería; pero lo que llamó la atención de la figura del anfitrión, fué que deseando mostrar á sus invitados las primeras monedas que se acuñaron en la ciudad, hizo colocar en cada platillo un montoncillo de cinco pesos, con excepción del del Obispo en cuyo lugar se veían cinco relucientes onzas.

Deseando el Virrey conferenciar con el vencedor de Urepetiro sobre la situación general del país y los medios que fuera conveniente emplear para lograr la apetecida pacificación, lo llamó á México en Enero de 1817. Partió á la capital del reino, dejando como sustituto en la Comandancia de la Nueva Galicia y Presidencia de su Real Audiencia, al Sr. Brigadier D. Pedro Celestino Negrete, que disfrutaba de toda su confianza y que acababa de llegar de Lagos donde tenía establecido su cuartel general.

Atravesóse por aquellos dias la semana santa, y habiendo asistido Negrete el jueves (13 de Abril) á los oficios á la Catedral, subió al altar mayor acompañado de los altos funcionarios de su gobierno, llevando su espadín al cinto, que rehusó dejar cuando algunos de los Oidores le indicaban que de-

bía desceñírselo para recibir la comunión, y oyendo aquello el Dean Sr. Escandón, le dijo al Gral. "pues con el espadín, no puedo dar á V. E. la comunión," con lo cual se lo quitó al punto. Despues á la hora de recibir la llave del sagrario colgándosela del pecho como era costumbre, volvió el anciano y respetable Dean á decirle: "pongo á V. E. esta llave que es una condecoración más honorífica que la de Isabel la Católica. V. E. está recién llegado de la campaña y no ha de saber estas cosas."

Vuelto el Gral. Cruz á los pocos dias, se encargó de nuevo del poder, en que vino á inquietarlo bien pronto la prodigiosa expedición del Gral. Mina y la campaña de la sierra de Comanja de la que trataremos al hablar del Gral. D. Pedro Moreno.

El año de 1818 vió destruirse las torres de la Catedral por un muy fuerte terremoto que, acompañado de espantosos ruidos subterráneos, se sintió á las tres y siete minutos de la mañana del 31 de Mayo, cuando la ciudad descansaba de las fiestas con que el dia anterior, votivo de S. Fernando, había celebrado el cumpleaños del Rey.

Eran las torres de hermoso aspecto y recientemente construidas por el arquitecto Gutierrez y al caer, aunque no ocasionaron desgracia alguna, dejaron un recuerdo de espanto en los habitantes de la ciudad, que temían que por momentos se viera reducida á escombros por un nuevo temblor; pues

en el Sur causó mil estragos, derribando la ciudad de Colima donde perecieron ochenta personas. Aumentaba el pánico la costumbre que se tenía de tocar en tan angustiosos momentos las campanas de las iglesias, cuyo lúgubre sonido exaltaba los ánimos, anunciándoles agonías generales. Con tal motivo el Sr. Obispo Cabañas envió diversas comisiones al volcán de Colima y al cerro del Col, sin que tales comisiones dieran ningún resultado, y cuando empezaba á restablecerse la tranquilidad, un nuevo, pero inofensivo terremoto, volvió á infundir el temor y la zozobra.

Poco después ocurrió un suceso que por sí solo demostraba todo lo que había cambiado el carácter de Cruz, y crecido en proporción la ambición de los Oidores. Salió el Presidente á pasar una temporada á la hacienda de S. Antonio, y dejó encargado del gobierno al Coronel D. José Villaba. La Audiencia se negó á reconocerlo, pretendiendo que á ella le correspondía asumir el poder, lo cual jamás hubiera hecho en los primeros años de la administración del Mariscal, en que tan fácilmente se acababa en la horca la ambición más inocente. Componiase á la sazón aquel Tribunal del Presidente, un Regente y de dos Oidores, habiéndose con tal motivo llamado de S. Luis á D. Juan José Recacho, que por ser militar, asistía vestido de uni-

forme despreciando por aquellos galones la toga tradicional.

Luego que supo Cruz la resistencia para someterse á su mandato, volvió á Guadalajara y puso presos á los díscolos Oidores, que humillados de esa suerte, le cobraron mala voluntad á su jefe.

En ese mismo año se casó el gobernante de la Nueva Galicia con la Sra. D.^a Juana Ortiz, viuda de D. Silvestre Rubín de Celis, que murió en Enero de 1811 al ser conducido por D. Juan José Zea de Tepic para esta capital en unión de otros españoles; era la desposada de notable hermosura, de buen trato y recomendables virtudes, que la hacían muy respetable y estimada en la sociedad en que vivía.

En el año de 1820 cambió la faz de la monarquía. Cansado el pueblo español, tan noble como sufrido, de la tiranía de su monarca que para mayor escarnio había dicho en su decreto de 4 de Mayo de 1814, "aborrezco y detesto el despotismo," había urdido diversas conspiraciones que no dieron más resultado que aumentar el catálogo de las numerosas víctimas del absolutismo, hasta que el alzamiento del Coronel D. Rafael Riego con su batallón de Asturias en las Cabezas de S. Juan el 1.^o de Enero de 1820, alcanzó feliz éxito debido en parte á la ineptitud de nuestro antiguo virrey, el *descuidado é imbécil Conde de Calderón*, según la

frase de un historiador español. Secundado por todas partes aquel popular movimiento, lo aceptó el Rey diciendo con la falsía propia de su carácter en el manifiesto que expidió el 10 de Marzo de aquel año, aquellas palabras proverbiales, "Marchemos francamente, y yo el primero por la senda constitucional," y restaurando el imperio de la denigrada constitución de 1812, para caer bien pronto en las ridículas escenas de Sevilla y de Cádiz, convertidas luego en sangrientos episodios, gracias á la ayuda del ejército del Duque de Angulema protector de la soberanía real.

La noticia de tales sucesos se recibió en México el 29 de Abril y como no se diera el gobierno mucha prisa en promulgar el código político, el comercio de Veracruz formado en su mayor parte de liberales que componían el batallón de voluntarios de Fernando VII, tomó las armas el 24 de Mayo y obligó al Mariscal D. José Dávila á proclamar la constitución, á pesar de sus excusas por no tener aun la competente autorización. Luego que en México se supo lo acaecido en aquel puerto, el Virrey, temeroso de que se repitiera la escena, juró la constitución el 31 de Mayo á las dos de la tarde, antela Audiencia, enmedio de los repiques de campanas y de las salvas de artillería.

El 7 de Junio, hizo el mismo juramento en Guadalajara, donde se habían levantado tablados en la

plaza de armas y en la plazuela de la Soledad, el Gral Cruz, la Audiencia y el Ayuntamiento, haciendo otro tanto al dia siguiente el Intendente con todos los jefes de las oficinas de la Hacienda Pública y ramos agregados, así como el Obispo, el Cabildo Eclesiastico y las demás corporaciones.

Aunque el movimiento literario en la N. Galicia estaba reducido al periódico del gobierno de México que recibían contadas personas, de conformidad con los reales acuerdos y á fin "de evitar los abusos perjudiciales al bien público, en que podría degenerar la libertad política de la imprenta, decretada por las Cortes," dispuso el Virrey Apodaca el establecimiento de la Junta provincial de censura en Guadalajara, por decreto del 19 de Junio, nombrando para vocales propietarios al Dr. D. Juan José Moreno, Arcediano de la Catedral, al Dr. D. Toribio Gonzalez, Prebendado, á D. Juan Manuel Caballero, al Dr. D. Pedro Tames, Catedrático de la Universidad y al Lic. D. José M. Velarde, y para suplentes al Lic. D. Antonio Fuentes y á D. Luis Leñero.

La política moderada y conciliadora del Sr. Apodaca, así como las derrotas sufridas por los insurgentes, hicieron decaer mucho el espíritu de la guerra, pues el Virrey solo en el año de 1820 expidió dos mil setecientas veintidos cédulas de indulto, de las que segun los partes de la Gaceta de Mé-

xico, se concedieron 1104 en los meses de Enero y Febrero, 380 en Marzo, 180 en Abril, 133 en Mayo, 71 en Junio, 129 en Julio, 174 en Agosto, 82 en Setiembre, 392 en Octubre, 21 en Noviembre y 24 en Diciembre.

Resultado de eso era que dia por dia se extendiese la tranquilidad principalmente en la gobernación de Cruz, alterada solo por algunos ligeros encuentros de las tropas realistas mandadas por el Coronel D. Martín Manrique, los Sargentos Mayores D. Juan Dominguez, y D. Juan Flores, y el Teniente Coronel D. Anastacio Brizuela, en el Sur y en el Oriente, con las partidas insurgentes de Montes de Oca, Gordiano Guzmán y otros caudillos, asi como tambien por las defensas de los fuertes de S. Gregorio y Los Remedios, en los que las fuerzas de la N. Galicia auxiliaban á los sitiadores. Turbó la seguridad de los realistas, la batalla de Tecalitlán en la cual aquellos insurgentes derrotaron completamente en Noviembre de 1820 al Coronel Manrique, causándole la muerte con gran pérdida de gente y armamento. Respecto de este suceso, contaba D. Victoriano Vizcaino, sobrino del feroz realista de Tapalpa, á mi padre, que siendo sargento en las tropas de Montes de Oca, encontró despues de la derrota de los realistas, el cadaver de Manrique, á quien no conocía, con varias heridas y abandonado de los suyos, cerca de

un arroyo; y viéndolo así, le estaba quitando la chaqueta para apropiársela, cuando fué descubierto por el jefe insurgente que, al reconocer el cadáver de aquel coronel, atribuyó á Vizcaino el mérito de tal acción, por lo que le dió el ascenso á oficial frente á sus filas, haciendo que le tocaran dianas y le victoriaran los soldados.

Comenzó el último año de la dominación española haciéndose elecciones para diputados á Cortes para los años de 1822 y 1823, y en 11 de Marzo se reunió el electorado en Guadalajara, eligiendo como representantes de la N. Galicia al Sr. Obispo D. Juan Ruiz de Cabañas, al Dr. D. Toribio Gonzalez, á D. Juan Manuel Caballero, al Lic. D. Juan de D. Cañedo, al Dr. D. Francisco Severo Maldonado y al Presb. D. José Garcia Monasterio, y como suplentes al Dr. D. José de Jesus Huerta y al Lic. D. José Manuel Noguera.

La rapidéz con que se sucedieron los acontecimientos en favor del plan Iguala, dejó sin efecto aquella elección, pues antes que llegara el periodo fijado para empezar sus funciones, estaban ya rotos los lazos de dependencia que sujetaban á México.

El ódio que profesaba cierto partido á la constitución, hizo que procurase sustraer al pais á su obediencia, mas bien que acatarla, resultando de tales maquinaciones que el valeroso Iturbide, contando tambien con el apoyo de los insurgentes, del

que se aseguró en la entrevista de Acatempan, proclamara el 24 de Febrero el plan de las Tres Garantías.

Con asombrosa actividad el nuevo campeón tocó todos los resortes propios para obtener el triunfo, así es que al remitirles copia de su plan, les escribió al Gral. Cruz y al Obispo Cabañas, exitándolos para que tomasen participio en su favor, ofreciéndole al primero el mando en jefe del ejército, contando ya según probables indicios con la buena disposición de Negrete, que aun cuando no conocía el plan, estaba de acuerdo con la idea desde que Iturbide salió de México.

Al mismo tiempo que el Presidente recibía planes y cartas por la independencia, llegaban á sus manos las proclamas del Virrey contra la nueva revolución, por lo que expidió una el 17 de Marzo expresándose en términos tan moderados que mas bien significaban el deseo de esperar el resultado sin comprometerse de antemano. Esto alentó á Iturbide que solicitó de él una entrevista por medio de Negrete, conviniendo el Mariscal español en que se celebraría en la hacienda de S. Antonio cerca de La Barca, mas queriendo después cambiar el lugar de la cita á la hacienda de Atequiza, disgustóse el jefe trigarante por lo cual Cruz le escribía á Negrete con fecha 6 de Mayo: "Salgo mañana, para que nos veamos en la hacienda de S. An-

tonio, que es el paraje más á propósito: no llevo cama, no llevo un soldado, no digo á nadie en esta ciudad mi salida; no entrego el mando á nadie, no me acompaña ni aun un criado y últimamente enfermo y hecho una miseria voy expuesto á todas las consecuencias; pero todo es preferible á procurar hacer un verdadero bien á este país en cuya suerte me intereso. No me detendré en Poncitlán ni haré alto en ninguna parte, pues desde que entre en el coche, no pararé hasta la hacienda de S. Antonio, aun cuando hubiera cincuenta leguas. Digo á U. todo esto rogándole que en la hacienda no haya oficial, soldado, ni otro que nosotros. ¡Cuanto me ha lastimado la desconfianza de Iturbide sobre mi proceder!"

Celebrada la conferencia, el gobernante de N. Galicia no se decidió en ella, comprometiéndose solo á influir con el Virrey para que oyese las proposiciones del patriota mexicano, y como esto no dió resultado, Iturbide viendo que seguían las vacilaciones, designó directamente á Negrete para que se pusiese al frente del movimiento, pues le decía refiriéndose al Presidente: "Opino con U. que aquel sujeto para nada es bueno, porque los déspotas en estos días son inútiles y perjudiciales, y es para mí tan despreciable como para U."

Púsose Negrete al frente de sus tropas, según se le pedía, y en la villa de S. Pedro Tlaquepaque,

distante una legua de Guadalajara, el 12 de Junio de 1821 por la tarde, juró el plan de Iguala en la casa que hoy pertenece al Sr. D. Teodoro Kunhardt.

En la mañana del 13, cuando supo Cruz lo acaecido se dirigió acompañado por su ayudante D. Marcelino Olivares al Hospicio donde se encontraba la artillería; pero habiéndosele avisado por el Capitan Lariz que ya no le obedecían las tropas, se volvió por la calle de Sta. María de Gracia, atravesó la plazuela de la Soledad y se fué á la casa de D. Juan Manuel Caballero y no hallándolo, subió en un coche que estaba en frente perteneciente al Dr. Reinoso y se fué á Zapopan. Allí pidió dos caballos y un mozo al Prior del Convento y siguió su marcha para el pueblo de Jocotan, guardando un riguroso incógnito. De Zapopan puso un extraordinario al Coronel Revuelta que estaba en Lagos, pidiéndole una escolta, y luego que llegó á los muy pocos días, la saludó con el grito de "viva el Rey," con lo cual el rancharo que lo alojó sin conocerlo y que había hablado mal de él en su presencia, quedó aturdido y confuso.

De Jacotán se dirigió para Aguascalientes á donde llegó el 22 de Junio é incorporándosele Revuelta, salió el 25 para Zacatecas con una fuerza de 400 dragones llevando 1500 \$ del estanco de tabacos y 180 cajones de cigarros. Salió de Zacatecas en unión del Coronel Ruiz con más de 300,000 \$ que

tomó de los fondos públicos, y el dia 3 de Julio dirigió en el Maguey una proclama á sus soldados. Siguió para Durango, pronunciándosele en el camino el batallon Mixto de Zacatecas que se volvió á esta ciudad que se adhirió á la independencia el 4 á las once de la noche, proclamándola el capitan D. José Vicente de Gaztañeda como Comandante militar interino, prestando el juramento al plan de Iguala el dia 5 á las diez de la mañana, el Ayuntamiento presidido por D. Domingo Velazquez y de las más corporaciones.

En Durango sostuvo el sitio que le puso Negrete, y del cual se tratará en otra parte, y en virtud de la capitulación que se celebró el 3 de Setiembre, partió á México donde recibió de Iturbide su salvoconducto y se volvió á España.

Allí fué bien recibido y poco tiempo más tarde, cuando de nuevo se derogó el orden constitucional, Fernando VII le nombró Ministro de la Guerra en 2 de Diciembre de 1823, cuyo cargo desempeñó hasta el 26 de Agosto del año siguiente, en que á consecuencia de su moderación y de haber querido reprimir la insolencia de los Voluntarios Realistas, fué destituido, y acusado de conspirador, puesto preso en los calabozos políticos en unión del Brigadier Llano y del Intendente Aguilar.

Gracias á la influencia del embajador de Francia duró pocos meses su prisión, estampándose en la

Consulta del Supremo Consejo de Guerra dictada en su proceso al ponérsele en libertad, frases como estas: "Cuanto más se busca el crimen porque han sido procesados los referidos sujetos, ménos se encuentra aquel y más resalta la calumnia é injusticia con que han sido perseguidos." El Rey entónces ascendió á su ex-Ministro al grado de Teniente General, "en justo desagravio de sus padecimientos," lo que no impidió que al dia siguiente lo mandase desterrar de España, teniendo que permanecer el en Paris hasta despues de la muerte de Fernando, y así como el ascenso y el desagravio no impidieron el destierro, este tampoco fué obstáculo para que en su testamento otorgado el 12 de Junio de 1830, lo nombrase suplente del Consejo de Regencia con el que la Regente debería consultar los negocios de Estado.

Permaneció el desterrado en Paris conservando siempre cariño á Guadalajara, y recibiendo muy bien á los que de esta ciudad le visitaban, gustando hablar con ellos largamente sobre las cosas y familias que aquí había conocido. En 1856 se recibian unas tarjetas fúnebres redactadas en francés, en las cuales, entre salmos y textos bíblicos, se leía: † *Recuerdo piadoso del SEÑOR D. JOSÉ DE LA CRUZ, muerto el 24 de Marzo á la edad de ochenta años. R. I. P.*

IV.

D. MARGOS CASTELLANOS, D. JOSE SANTA-ANNA
Y D. ENCARNACION ROSAS.

“.....
Atentos oyen los indios
La filípica tremenda,
E instados á que respondan;
El que la palabra lleva
Responde con grande calma
Y con expedita lengua.
*Señor que corra la sangre,
Al fin y al cabo es la nuestra.*”

Para los que creen que en la gloriosa guerra de insurrección, el triunfo que muchas veces alcanzaron sus partidarios, fué debido únicamente á la superioridad numérica; para los que piensan que los soldados independientes no supieron sostener con éxito su causa sagrada, allí está Mexcala, esa isla del mar chapálico, pequeña y humilde y donde aún se ven los restos de aquella heroica lucha, demostrando el valor, la constancia y los sacrificios de los decididos insurgentes. Allí está ese reducido espacio, teatro de tan grandes acontecimientos que recuerda la bizzarria de sus defensores. Allí está Chapala, el lago encantador, que despierta

Consulta del Supremo Consejo de Guerra dictada en su proceso al ponérsele en libertad, frases como estas: "Cuanto más se busca el crimen porque han sido procesados los referidos sujetos, ménos se encuentra aquel y más resalta la calumnia é injusticia con que han sido perseguidos." El Rey entónces ascendió á su ex-Ministro al grado de Teniente General, "en justo desagravio de sus padecimientos," lo que no impidió que al dia siguiente lo mandase desterrar de España, teniendo que permanecer el en Paris hasta despues de la muerte de Fernando, y así como el ascenso y el desagravio no impidieron el destierro, este tampoco fué obstáculo para que en su testamento otorgado el 12 de Junio de 1830, lo nombrase suplente del Consejo de Regencia con el que la Regente debería consultar los negocios de Estado.

Permaneció el desterrado en Paris conservando siempre cariño á Guadalajara, y recibiendo muy bien á los que de esta ciudad le visitaban, gustando hablar con ellos largamente sobre las cosas y familias que aquí había conocido. En 1856 se recibian unas tarjetas fúnebres redactadas en francés, en las cuales, entre salmos y textos bíblicos, se leía: † *Recuerdo piadoso del SEÑOR D. JOSÉ DE LA CRUZ, muerto el 24 de Marzo á la edad de ochenta años.*
R. I. P.

IV.

D. MARGOS CASTELLANOS, D. JOSE SANTA-ANNA
Y D. ENCARNACION ROSAS.

“.....
Atentos oyen los indios
La filípica tremenda,
E instados á que respondan;
El que la palabra lleva
Responde con grande calma
Y con expedita lengua.
*Señor que corra la sangre,
Al fin y al cabo es la nuestra.*”

Para los que creen que en la gloriosa guerra de insurrección, el triunfo que muchas veces alcanzaron sus partidarios, fué debido únicamente á la superioridad numérica; para los que piensan que los soldados independientes no supieron sostener con éxito su causa sagrada, allí está Mexcala, esa isla del mar chapálico, pequeña y humilde y donde aún se ven los restos de aquella heroica lucha, demostrando el valor, la constancia y los sacrificios de los decididos insurgentes. Allí está ese reducido espacio, teatro de tan grandes acontecimientos que recuerda la bizzarria de sus defensores. Allí está Chapala, el lago encantador, que despierta

tantos recuerdos en el corazón mexicano; ese lago cuyas aguas fueron teñidas con la sangre de los denodados patriotas y que parece elevar en su constante murmurio un himno de bendición á sus valientes defensores!

Ese lago, notable por su hermosura, alcanzó celebridad en los anales de nuestra historia, por los sucesos en él acontecidos.

Su posición topográfica, sus cristalinas aguas, su cielo siempre azul, su suave clima y sus dilatados horizontes, todo viene á aumentar su belleza y á hacer de él uno de los más amenos sitios de nuestro país.

Es el lago mayor de la República y se halla situado á trece leguas y media al Sureste de Guadaluajara. Sus riberas están cubiertas de pequeños pueblos y numerosas haciendas, muy cercanas las unas de las otras, y rodeadas de una admirable vegetación, regadas por abundantes arroyos y riachuelos, que nacidos en las elevadas montañas vecinas, van á llevarle el contingente de sus aguas.

Esos pueblos aunque humildes é insignificantes, tuvieron grande importancia en el periodo de nuestra narración y el Sr. D. José Narvaez, último comandante de las fuerzas en el lago, levantó un excelente plano de él, señalando con mucha exactitud la distancia de todos los situados en su orilla.

Partiendo de Jocotepec, que es uno de los prin-

cipales, y que se halla en la extremidad occidental, determinó las distancias siguientes:

LEGUAS.

| | |
|--|--------------|
| De Jocotepec al rancho de S. Pedro. | 1 y media. |
| Al de San Cristobal..... | 1 |
| Al de San Luisito..... | 1 y media. |
| Al pueblo de Tuscueca..... | 3 |
| A la ensenada de Tuscueca..... | 1 |
| De esta ensenada á Punta Gorda.... | 1 |
| Al rancho de Tizapán..... | 1 y media. |
| Al pueblo de Tizapán..... | 1 y media. |
| A la hacienda de Columba..... | 1 |
| A la Angostadera de Tizapán..... | 1 |
| A Palo Alto..... | 1 un cuarto. |
| A la hacienda de Jucumatlán ó Co- jumatlán..... | media. |
| Al pueblo de Cojumatlán..... | 1 „ |
| Al Rincón de María..... | 1 „ |
| A la hacienda de la Palma..... | 1 „ |
| Al pueblo de Saguayo..... | 2 |
| Al de Jiquilpan..... | 2 |
| Al de S. Pedro Caro..... | 4 |
| Al Pueblo Viejo..... | 1 |
| Al paraje Boca Ciega..... | 3 |
| Al pueblo de Jamay..... | 3 |
| A Cuitzeo..... | 2 |
| A la Punta de San Miguel..... | 3 y media. |

| | LEGUAS. |
|--|--------------|
| Al pueblo de San Pedro Ixícan ó | |
| Chican | 1 |
| Al de Mexcala..... | 2 |
| Al de Tlachichileo..... | 1 y media. |
| Al de San Juanito..... | " |
| Al de San Nicolás..... | " |
| A Santa Cruz..... | 1 |
| A la hacienda de la Labor..... | media. |
| Al pueblo de Chapala..... | " |
| Al de San Antonio..... | " |
| Al de Ajiije..... | 1 3 cuartos. |
| Al de San Juan Cosalá..... | 1 3 " |
| Al de Chante..... | 1 1 " |
| A Jocotepec, que ha sido el punto de partida..... | 3 |
| | <hr/> |
| | LEGUAS... 54 |

Tomadas en consideración las desigualdades de las riberas, cuenta el lago 65 leguas de circunferencia, midiendo 99 leguas cuadradas de superficie. En su mayor longitud, desde Jocotepec á Pueblo Viejo que se halla en el extremo oriental, tiene 22 leguas, y su mayor anchura de Norte á Sur es de 6 y media leguas, siendo la menor de 2 y media. Se encuentra á la altura de 5,000 piés sobre el nivel del mar y mide seis y media brazas en su mayor profundidad.

Las aguas son potables, sumamente cristalinas y presentan el fenómeno llamado "*mirage*" que consiste en que una parte de ellas refleja los objetos y se mantiene tranquila, junto á otra que se halla agitada.

Por el Noreste del lago, desemboca el rio de Lerma, en cuya orilla está situada la ciudad de La Barca á 2 leguas de la desembocadura, y vuelve á salir el rio con el nombre de Santiago á 5 leguas al Noroeste, yendo á terminar su curso en el Pacífico un poco al Norte del puerto de San Blas.

A 4 millas al Sureste de Tlachichileo se encuentra la isla de Mexcala, tan célebre en los anales de nuestra independencia y tan olvidada de los historiadores. Es tan pequeña que apenas cuenta 2000 varas de longitud por 900 de latitud y tanto por esto, como por su mala posición, sorprende, verdaderamente admira, que haya sido defendida por tanto tiempo por los valerosos insurgentes. Está formada de un terreno volcánico y tiene 38 varas de altura sobre las aguas.

Además de aquella isla existe la llamada Chica de Mexcala, que es un agrupamiento de peñascos y está situada al Suroeste á tiro de fusil de la isla grande del mismo nombre, midiendo 100 varas aproximadamente de Norte á Sur por 40 de Oriente á Poniente; la de Chapala ó de los Alacranes á una legua de distancia del pueblo de igual nombre; la

de Maltaraña que está formada por los dos brazos del río; y algunas otras pequeñísimas. En la extremidad oriental del lago, se forma la ciénega llamada de Cumuato.

A más del río Lerma ó Santiago, aumentan las aguas del lago los pequeños ríos de Tizapán y del Estero.

Tal fué el sitio escogido por los patriotas para pelear por su libertad, y donde adquirieron tantas victorias. Ese fué el campo que regado con la sangre de aquellos valerosos y denodados insurgentes, sirvió por más de cuatro años, de asilo á los que defendían la independencia de su patria y donde el valor y la pericia de los soldados de Castilla, se estrellaron ante los humildes indios defensores de Mexcala.

Aquella gloriosa campaña se inició en 1813 y fué una serie de triunfos para los indígenas, quienes por más de cuatro años derrotaron casi diariamente á sus encarnizados enemigos.

A fines del mes de Octubre de aquel año sabiendo los naturales del pueblo de Mexcala que iban soldados realistas á perseguirlos, por estar en aquel lugar el capitán de los insurgentes Encarnación Rosas, quien desde que derrotó á Reçacho en La Barca en Noviembre de 1810, había continuado haciendo la guerra al gobierno español en los pueblos de la laguna, se prepararon en número de 60 ó 70

hombres al mando del citado Rosas á resistir á sus agresores. El Capitán D. José M. Iniguez con 100 realistas lo atacó junto al citado pueblo; pero después de un reñido combate fué derrotado completamente, muriendo cerca de sesenta soldados y abandonando muchos fusiles y municiones.

Era Encarnación Rosas, indígena, natural de Tlachichilco é hijo del pescador Pedro Rosas y se hallaba entonces en la flor de su juventud, reuniendo á una constitución atlética un valor digno de la causa que defendía. En esa acción en que obtuvo tan completo triunfo únicamente él estaba armado con fusil, pues todos sus subordinados sólo tenían hondas, palos y uno que otro sable.

Después de eso, hallándose el 1.º de Noviembre en S. Pedro Ixicán con menos de doscientos hombres, fué acometido por el comandante de La Barca, D. José Antonio Serrato, con más de doscientos.

El combate duró algunas horas, viéndose Rosas obligado á abandonar el pueblo; pero apenas los soldados de Serrato entraron á él, cuando, guiados por su espíritu de venganza y destrucción, le prendieron fuego, por lo que algunos de los habitantes que ántes no habían tomado parte, indignados por tal conducta, se unieron al jefe insurgente que se había hecho fuerte en las inmediaciones del camino, y habiéndosele incorporado también con unos cuan-

tos, José Santa-Anna, volvió sobre su enemigo y lo atacó con tal ímpetu, que en pocos momentos lo puso en precipitada fuga, haciéndole varios muertos y quitándole algunos fusiles, retirándose Serrato con unos cuantos, para Poncitlán.

En esa batalla solo pelearon los insurgentes con seis armas de fuego, pues aunque Rosas en la primera acción se había apoderado de algunas más, los indios que militaban á sus órdenes eran tan incultos, que no las sabían manejar. Así lo refiere el distinguido Santa-Anna en un informe dado al ilustre Gobernador D. Prisciliano Sanchez que he tenido á la vista.

En Poncitlán se hallaba desde ántes el comandante de ese punto, D. Rafael Hernandez con tropas de Ocotlán, Atotonilco, Zapotlán del Rey, Arandas, Jamay y La Barca, las que formaban un considerable número.

Los decididos insurgentes, envalentonados por sus victorias, reunieron en dos dias, cuatrocientos soldados mal armados y todos á pié, y se dirigieron al pueblo ocupado por Hernandez y Serrato. Llegaron el dia 3 y poco después de haber salido el sol, se encontraron con más de cien realistas, que ventajosamente colocados á un cuarto de legua del pueblo, les impedían el paso. Al momento empezó el combate y habiendo durado hasta las dos de la tarde, dió por resultado que el paso quedara ex-

pedido á los naturales de aquellos pueblos. Luego se renovó la lucha con más ardor en el pueblo, donde había quedado el grueso de la tropa realista; pero muy en breve la derrotaron de nuevo. De estos murieron muchísimos, pues los que huían se precipitaban en el río y los más se ahogaban. Hicieron los vencedores bastantes prisioneros, quitándoles armas y parque, después de lo cual, se retiraron al cerro donde permanecieron tres semanas; en expectativa porque fueron informados de que los jefes D. Pedro C. Negrete y D. Manuel Pastor los iban á atacar en combinación y con numerosas fuerzas.

Entre tanto había ocupado á Poncitlán con suficientes tropas, el Cura Alvarez, á quien llamaban el cura *chicharronero*, porque tenía la bárbara costumbre de quemar vivos á muchos de los desgraciados á quienes hacia prisioneros. A este cura lo nombró el rey en premio de sus inauditas crueldades, canónigo de la Catedral de Durango; pero el Cabildo de aquella ciudad tuvo el buen sentido de no admitirlo.

El dia 25 de Noviembre atacaron Rosas y Santa-Anna al citado cura, y habiendo hecho una retirada engañosa, se replegaron al cerro, donde se formó el combate logrando derrotarlo completamente. El cura huyó herido del cuello y perdió dos cañones, veintidos fusiles y algunos sables.

De esta manera fué cómo aquellos desnudos y

desarmados indios, se hicieron de armas y municiones suficientes para rechazar á un numeroso y disciplinado ejército, cuando al principio sólo su jefe estaba armado de fusil.

En el mes de Diciembre salió de Guadalajara por disposición del Presidente de Nueva Galicia, para perseguir á los insurrectos, el Teniente Coronel D. Angel de Linares, jefe de todas sus confianzas, y que se distinguió siempre por su espíritu cruel y sanguinario. En el cerro de S. Miguel lo esperaron los indios y en la falda tuvo lugar el encuentro, en que rechazaron al jefe realista.

Santa-Anna y Rosas comprendieron que el General Cruz pondría toda su atención en hostilizarlos y por lo mismo, aconsejados por el Presbítero D. Márcos Castellanos, eligieron la isla de Mexcala para defenderse en ella.

Reunieron cerca de seiscientos hombres, naturales de los pueblos de Mexcala, Tlachichilco y San Pedro Ixcán y á fines de Diciembre de 1811 se embarcaron para aquel lugar en veinte canoas que habían adquirido. Allí nombraron por jefe al titulado por ellos Brigadier, D. Luis Macías, dueño de la hacienda de la Palma, que tenía su cuartel general en el pueblo de Los Reyes, dirigiendo también la campaña el Presbítero D. Márcos Castellanos, que era natural de Sagualló y estaba de ministro en Ocotlán cuando en Noviembre de 1810 proclamó

la independencia; D. José Santa-Anna, indígena natural del pueblo de Mexcala y D. Encarnación Rosas. Tan luego como llegaron á la isla, se ocuparon en fortificarla y en dar alguna instrucción á los soldados. El padre Castellanos se encargó de la fortificación y circundó la isla de dos murallas de piedra, habiendo hecho algunas cortaduras y edificado otras obras de defensa. Construyeron varias canoas, recogieron algun acopio de víveres, consistiendo la mayor parte en maíz, é hicieron varios jacales.

Entre tanto, el general Cruz comprendió que aquello era de importancia, y mandó nuevos refuerzos á Linares, pidiendo además á S. Blas cuatro lanchas cañoneras con objeto de poder atacar á la rebelde isla.

El Teniente Coronel Linares se dirigió para Tizapan cometiendo mil excesos en su marcha, y luego que llegó á aquel desventurado pueblo, mató sin formalidad alguna á varios de sus habitantes por tenerlos como *insurgentes* y quemó el pueblo solo porque de allí se habían provisto los independientes de algunos víveres. De tal manera lo destruyó que el sacate cubrió las calles, las plazas y las casas por mucho tiempo despues del desastre.

Al recordar los episodios ocurridos en aquella prolongada guerra, no puede uno ménos, por más que reconozca la diferencia en la importancia de

ambas campañas, que traer á la memoria el sitio de la isla de Rodas por Soliman II en 1522. Allí rodeado el heroico Villiers de l' Il-Adam, de un corto número de nobilísimos caballeros de la Orden de S. Juan, sostuvo contra Soliman el Magnífico y sus ciento veinte mil soldados con sus colosales cañones construidos por Mahomet II, por seis meses, sus creencias, su Orden y su honor, hasta que casi arrasada la ciudad de los ródanos por la artillería turca, tuvo que aceptar una honrosa capitulación.

Cuando vemos la destrucción que los jefes realistas hacían de los pueblos, recordamos también la amenaza del otomano hecha á aquellos caballeros, de "rebajar la ciudad al nivel de la yerba que crecía al pié de sus murallas."

Estaban los insurgentes todavía ocupados en la fortificación de la isla, cuando el 26 de Febrero de 1812 D. Angel de Linares, queriendo hacer un reconocimiento, se retiró algo de la orilla con una canoa grande del paso de Cuitzeo y seis de la costa de Jamay, llenas de tropa; pero apenas los vieron los insurgentes cuando aprestándose en solo cuatro canoas lo atacaron con tal denuedo, que en pocos momentos le volcaron dos de sus frágiles barcas y le aprehendieron cuatro, cayendo prisionero el mismo Linares y muriendo muchos oficiales con sesenta soldados de infantería, quedando

prisionero, á más del teniente coronel, D. Pablo Bustamante, voluntario distinguido y sobrino suyo, con diez y seis de la clase de tropa. Por parte de los independientes solo hubo tres muertos y un herido.

D. Angel de Linares fué luego conducido á las ruinas de Tizapan donde en represalia, fué ahorcado siendo despues arrojado á la laguna. Bustamante y catorce soldados fueron fusilados, perdonando solo á dos de los prisioneros. Así de la escuadrilla, solo se salvó el oficial D. Juan Galli, con dos soldados y dos remadores.

Al siguiente día supo Cruz lo acontecido y comprendiendo hasta entonces toda la importancia de aquella campaña, apresuró la venida de las lanchas de S. Blas y dispuso que tan luego como llegaran, el Coronel D. Pedro C. Negrete marchara con una fuerte división á atacar la rebelde isla.

A la vez dió el siguiente parte al Virrey que revela toda la magnitud del suceso: "*Quadruplicado.*—Exmo. Señor.—Con el mayor dolor participo á V. E. que á las dos de la mañana del dia de hoy he recibido la fatal noticia de que ha perecido en la Laguna de Chapala el bizarro teniente coronel D. Angel Linares con el capitán de Dragones de Nueva Galicia D. Joaquin Moreno, el Teniente del propio cuerpo D. Antonio Beltran, el subteniente de Puebla graduado D. José Moya, D. Pablo Bus-

tamante sobrino de Linares, que servia en clase de voluntario distinguido á sus expensas y veinte y tres soldados de Infanteria. Esta desgracia ha sido tanto mas sensible quanto que ha sucedido sin necesidad y contravieniendo á mis ordenes. El suceso desgraciado ha sucedido del modo siguiente.

Se hallavan preparadas en Ocotlan siete canoas compuestas del mejor modo posible para hacer el ataque á la Isla de Mescala luego que llegasen la Lancha y Botes que tengo mandados hacer en San Blas. Linares me pidió permiso hace mas de un mes para llevar á las orillas del Pueblo de Mescala las citadas canoas, lo que le negué haciendole ver no era cosa de exponer las canoas ni alarmar tampoco á los Indios hasta que llegase la ocasion oportuna para su ataque. Las circunstancias de repetidas incursiones de esta Canalla me obligaron á situar á Linares en el mismo pueblo de Mescala para impedir las y careciendo la tropa de auxilios en este arruinado Pueblo me pidió de nuevo permiso para llevar las canoas ofreciendo no darme ningun motivo de disgusto y fundando su nueva peticion en que las deseava para pescar. Accedi á ello y ayer despues de las doce del dia por un efecto de paseo y tambien con el celoso fin de hacer un reconocimiento se embarcó en las siete canoas: se acercó demasiado á la Isla se empeñó en un ataque temerario se hallo rodeado de mas de setenta

canoas, y aunque me dice el oficial que vino á darme parte que hizo una bizarrisima y gloriosisima resistencia fué al fin victima de su imprudente y no necesario arrojo. No puedo lisongearme de que ninguno de los infelices oficiales y tropa esten prisioneros pues conozco la ferocidad de aquellos Indios ademas de que casi me aseguran los vieron asisenar. Se salvaron solo tres canoas y el oficial de una de ellas fué el mismo que ha venido á darme parte. Esto es lo que sé hasta la hora presente y dejo á la consideracion de V. E. las consequencias que pueden resultar y que recelo, y la dificultad de reemplazar al desgraciado Linares.

Haviendo visto ya V. E. el parte de anoche que antecede se hará cargo del aumento de faltas en que me he de ver con este nuevo incidente. Yo carezco de todo: mis baxas de la fuerza efectiva son ya muchas y si V. E. no vuelbe la vista sobre este Reyno podra haver males que despues no sea posible evitar y que pasarán de la Nueva Galicia.

Dios guardé á V. E. muchos años. Guadalajara 27 de Febrero de 1813.—A las dos de la tarde.—*José de la Cruz.*—Exmo. Señor Virey D. Francisco Xavier Venegas.”

Por de pronto, mandó al Teniente coronel D. Antonio Alvarez con nuevos refuerzos y con órden terminante de no atacar, sino únicamente de resguardar algunos de los pueblos de la orilla.

El día 28 de Marzo se dirigía Alvarez con su tropa al pueblo de S. Pedro Txican, y habiéndolo observado los insurgentes, lo asaltaron en el puerto de la *Peña* y lo derrotaron, quitándole parque y algunas armas, habiéndole hecho muchos muertos.

Después de esta batalla, hicieron los indios varias expediciones á la costa de Tizapan, para proveerse de leña, y establecieron en la isla una fábrica de pólvora y balas bajo la dirección del padre Castellanos. Llevaron también algunos cañones, reuniendo hasta diez, de los cuales dos le quitaron al Cura Alvarez, según se dijo, y otros les fueron proporcionados por el jefe insurgente D. José María Vargas, quien expedicionando por el rumbo de Zacoalco y S. Gabriel, les prestó grandes servicios, habiendo hecho varias visitas á la isla y provistola de bastantes viveres.

Habiendo muerto en este tiempo el jefe D. Luis Macías, que tan bien peleó en el poco tiempo que estuvo al frente de aquellos valientes, fué nombrado en su lugar el Presbítero D. Marcos Castellanos, que era el ingeniero de la isla y el director de la maestranza. Este hombre singular, dotado de talento militar y de excesivo valor, fué el que dirigió la guerra hasta su término, y aunque él personalmente no llegó á salir de la fortaleza, mandaba á los otros jefes siempre que le parecía oportuno, y con tal acierto, que siempre tuvieron un favorable resultado sus expediciones.

El día 2 de Abril empeñó el infatigable y denodado Santa-Anna, una acción en la *Angostura*; después de un reñido combate los realistas se retiraron perseguidos por aquel caudillo y en el puerto del *Vigia*, cercano á Tlachichilco, alcanzó la más completa victoria.

En el mismo mes, supo Santa-Anna que en la hacienda de Atequiza, distante tres leguas de la orilla del lago, se encontraba un fuerte destacamento enemigo, por lo que con su acostumbrada actividad, lo atacó á la madrugada; pero después de un largo combate que duró hasta en la tarde, los realistas se replegaron al recinto y habiendo entonces Santa-Anna quemado la hacienda, se retiró llevándose dos pistolas y ocho fusiles. En su marcha se encontró en el campo con cien realistas, por lo que se trabó un nuevo combate, quedando victorioso el denodado insurgente y recogiendo del enemigo, algunas armas y dos cajones de parque. Todavía hoy lleva el nombre de *potrero de las guerras*, el sitio en que se verificó ese encuentro.

En una de las muchas veces en que los independientes iban á la orilla por leña, los soldados españoles que se hallaban acantonados en el pueblo de Mexcala, los atacaron obligándolos á embarcarse; pero como los insultaron con palabras soeces mientras hacían su retirada, los indios volvieron y comenzaron de nuevo la pelea con tal empeño y decisión,

que á los pocos momentos, quedaron vencedores los primeramente vencidos, quitándoles á sus insolentes adversarios, armas, parque y algunas monturas.

Tan numerosos y continuados triunfos provocaron la ira del General Cruz, quien á fin de activar la campaña precipitó la llegada de las lanchas que habían de venir de S. Blas, para asaltar aquel peñon en donde se abrigan con tanta obstinación los *insurgentes de Mexcala*. Cuatro lanchas cañoneras mandaron de aquel puerto, cada una con un cañon de á veinticuatro las cuales fueron conducidas para Guadalajara en carretas llegando á la capital de la Nueva Galicia en Abril de 1813, juntamente con la marinería y maestranza del Apostadero.

También mandó sacar de la Barranca de Mochitlic haciendo grandes gastos y empleando mucha gente, tres grandes cañones de los arrojados allí por los soldados del Cura Mercado en Enero de 1811.

Establecióse entónces en Tlachichilco un destacamento de mil docientos soldados de línea y en la hacienda de Cedros, distante cinco leguas de Chapala, se formó un arsenal, bajo la dirección de D. José Añorga, en donde se construyeron cinco pequeños buques y un *flotante*.

Con todos esos elementos marchó para aquel pueblo que era en donde se había establecido el cuartel general, por estar más inmediato que nin-

guno otro á la rebelde isla, el distinguido y activo Coronel D. Pedro Celestino Negrete, para atacar en seguida á los rebeldes y valerosos indios.

Salió de Guadalajara á principios de Junio y el 29 de ese mes, fué el designado para tomar por asalto aquella insignificante posición de los traidores á su rey, como llamaban los serviles súbditos de Fernando VII á los que querían patria y libertad.

Era el jefe de la escuadrilla, el hábil marino D. Felipe García, uno de los capitulados de S. Blas que fué puesto en libertad por el Cura Mercado.

Dicha escuadrilla se componia de cuatro lanchas cañoneras, una falúa y dos grandes canoas unidas entre sí por una cadena, y estaba montada por las mejores tropas, cuyo número exedía de seiscientos hombres.

Por la mañana de ese memorable dia, en que por primera vez se iba á dar un asalto á la isla, despues de grandes preparativos, que recuerdan los del conquistador Cortés en el lago de Texcoco para el asedio de la capital de Anahuac, presentaba el lago de Chapala en la orilla de Tlachichilco, un espectáculo enteramente nuevo. Nunca las tranquilas aguas de aquel hermoso lago habían sido surcadas por embarcaciones guerreras de la magnitud de las que entonces componían la escuadra del Comandante García.

A las dos horas de haber salido del pequeño puerto estaban ya frente al punto objetivo de sus combinaciones. En la isla no había un ingeniero Engui, pero sí un padre Castellanos; no un Lavallete, pero sí un José Santa-Anna y un Encarnación Rosas.

Al punto se trabó un reñidísimo combate: Negrete y García pretendieron tomar por asalto aquel islote despreciable al parecer; pero en vano, porque los valientes defensores opusieron una heroica resistencia por todas partes sin permitirles siquiera pisar su territorio. Nada fueron para aquellos altivos y rudos indígenas las bombas y el fuego nutrido de la artillería realista; pues despidieron sobre aquella escuadrilla una lluvia nutrida de piedras, acompañada de cañonazos, que la pusieron en precipitada fuga. Los insurgentes en algunas pequeñas canoas la persiguieron y saltaron al abordage, quitándoles a los que la tripulaban las dos grandes canoas que estaban unidas por una cadena, un cañón, dos cajones de parque y algunas armas.

Fué aquella la primera vez que las mansas olas del lago se tiñeron en sangre, y desde Mexcala hasta Tlachichilco, ráfagas sanguinolentas, demostraban lo reñido de la lucha.

El ejército asaltante sufrió una completa derrota: el Comandante de la escuadra D. Felipe García,

murió en el ataque; el Coronel Negrete recibió varios golpes contusos y una pedrada en la mano izquierda que le hizo perder dos dedos; hubo muchos muertos, heridos y prisioneros, perdiendo así cerca de doscientos hombres.

El mismo día volvió al punto de donde había salido, el Coronel Negrete, quien rodeado de toda clase de elementos y con una reputación militar envidiable, debida á los triunfos que en repetidas batallas había obtenido, y á los términos duros con que se expresaba de sus enemigos en todos sus partes, esperaba subyugar bien pronto á aquellos valientes y dirigir al General Cruz algun parte concebido en los términos en que anunció César su victoria de Zela sobre Farnaces, *veni, vidi, vici*.

Grande fué la consternación del Presidente de N. Galicia cuando supo el fracaso ocurrido, y en esta vez no dió parte al virrey limitándose tan solo, á mandar cuantas tropas pudo á reforzar la guarnición de Tlachichilco.

Disgustado Negrete por el mal éxito de su expedición, pidió su relevo, á lo que accedió Cruz, nombrando en su lugar al Coronel D. José Navarro, y como jefe de la escuadra al Teniente de fragata D. Manuel Murga.

Después de haber hecho esos nombramientos, en el mes de Julio convocó á una junta de oficiales y hacendados, que él mismo presidió en la hacienda

de la Calera, para adoptar un plan que pudiera darle mejor resultado, pues muy malo lo habia producido el de atacar á aquellos rebeldes en sus posiciones. En esa reunión se aprobó no volver á asaltar las posiciones del islote, sino poner destacamentos en todos los puertos de la laguna para no permitirles que se proveyeran de viveres, y que la escuadra solo persiguiera las canoas que, lejanas de la isla, se ocuparan en suministrarle provisiones.

Inmediatamente se puso en práctica aquel acuerdo tratando de rendir por hambre á los valientes á quienes no habian podido vencer por la fuerza.

Desde entonces las acciones se hicieron tan frecuentes, que diariamente tenian lugar en pequeños grupos de combatientes. Si los realistas adoptaron un plan tan seguro como el de sitiar la isla por todas las orillas del lago con fuerzas muy numerosas en tierra firme, y por agua con cuatro lanchas cañoneras, cinco buques pequeños, un *flotante* y numerosos botes y canoas, sin presentarse ya frente á sus trincheras; los obstinados insurgentes por su parte, adoptaron también para lo sucesivo, hacer muy seguidas excursiones á los puertos más desgarnecidos y atacar constantemente á los realistas, siempre que creyeran segura la victoria. Así se multiplicaron los combates pequeños y parciales y diario tenian lugar numerosas escaramuzas en las que casi siempre obtuvieron el triunfo los que defen-

dian la independenciam de su patria. El astuto D. Márcos Castellanos llevó un registro de todos los hechos de armas ocurridos entónces; pero este benemérito patriota, cuando después de tantos años se vió obligado á capitular, quemó aquel documento histórico para que no fuera el gobierno á perseguir y perjudicar á las personas que habian ayudado á aquella insurrección, cuyos nombres estaban allí escritos. Este es un rasgo de la nobleza del corazón de aquel caudillo insurgente, que mejor quiso que se perdiera la noticia de sus propias hazañas, que el que pudiesen perjudicarse de algún modo los que lo habian auxiliado en aquella heroica y prolongada resistencia! Debido á eso es que no se tiene hoy conocimiento de todos los encuentros que entonces hubo, y de todos los sucesos acontecidos, existiendo tan sólo relaciones vagas é indeterminadas.

Grande fué el brío y la satisfacción que la batalla del 29 de Junio ocasionó á los independientes, quienes con la conciencia de su fuerza y el conocimiento de su poder, fueron consecuentes con el nuevo plan de campaña. Antes de comenzar el asedio, el general Cruz mandó á un comisionado para intimar á los insurgentes, siendo recibido por varios indios sin que se sepa con certeza el lugar en que se verificó la entrevista, en la cual se leyó un cartelón de aquel gobernante, en el que los invitaba á una

conciliación y los amenazaba con que correría la sangre si no se sometían. Al concluir la lectura de semejante documento, el enviado español les preguntó cuál era su determinación, por lo que todos ellos en el mismo instante respondieron sin vacilar: *Que corra el sangre!* Por esta respuesta se conocerá bien toda la rudeza y la resolución de aquellos valientes, honra de la raza habitadora de las orillas del lago.

Sabedor Santa-Anna de que habían llegado ese mismo día, perteneciente al mes de Agosto, unos dragones á la hacienda de Buenavista, y que iban escoltando un correo para el pueblo de Chapala, los sorprendió á las ocho de la noche, derrotándolos completamente al grado de haberlos matado á todos y quitádoles cuantos fusiles y sables constituían su armamento. El jefe vencedor al punto se volvió á la isla con el botín.

Después de esa sorpresa y á fines del mismo mes, atacó aquel intrépido caudillo al pueblo de Ocotlán que se hallaba guarnecido por fuerzas enemigas, y después de una hora de combate, las obligó á replegarse á la torre de la iglesia, causándoles varias pérdidas. De allí marchó para Ixtlán en donde el 2 de Setiembre batió á sus enemigos haciéndoles veinte muertos y quitándoles ocho fusiles.

El día 30 de Octubre se dirigía furtivamente para la isla, partiendo de la costa de Tizapán, un

convoy en veinticuatro canoas, pero habiendo sido descubierto por el Teniente Coronel D. Manuel Arango que vigilaba la orilla con su división, trató de impedir la salida á aquellas frágiles embarcaciones aunque no lo pudo conseguir; mas entre tanto D. Manuel Murga que recorría la laguna con algunos buques de los empleados en el bloqueo, las atacó: los indios sostuvieron la lucha adelantando desde luego las canoas que conducían los víveres para ponerlas en salvo, logrando con eso un buen éxito, pues sólo perdieron una de ellas. Esta expedición la mandaba Encarnación Rosas.

El 1.º de Noviembre hubo otra acción naval. Murga con tres buques bajo sus inmediatas órdenes, una lancha á las de D. Agustín Bocalán y una falúa á las del Alférez de navío D. Manuel Arechavala, salió del pueblo de Mexcala; los de la isla, que lo divisaron, al punto mandaron cuarenta canoas á batirlo; lograron cortar la falúa, la atacaron con denuedo y le hicieron algunos muertos, pero auxiliada por los otros buques, pudo reincorporárseles y los combatientes se retiraron á sus respectivos campamentos.

El 4 de Diciembre iba en un bote con catorce soldados, el patrón de la lancha D. Ignacio Ortiz á llevar al Brigadier Negrete que se hallaba en la orilla Sur, un pliego de Murga, y habiendo encontrado en su tránsito una canoa aislada que condu-

cía víveres, custodiada solo por nueve insurgentes, la atacó habiendo tomado dos prisioneros heridos y puéstola en fuga.

A principios de Enero de 1814, habiendo sabido Santa-Anna que en la ranchería de la *Columba* desembarcaban tropas realistas, las sorprendió obligándolas á reembarcarse en desórden dejando en el campo varios muertos.

El 19 del mismo mes atacaron los insurgentes la falúa *Toluqueña*, mandada por el patrón José Faustino Ortiz y aunque quiso sostener la lucha, fué puesta á la media hora de fuego, en precipitada fuga.

El 16 de Abril de aquel año, tuvo lugar la sangrienta batalla de Tuxcueca. Teniendo Bocalán noticia por la mañana de ese día, de que los insurgentes habian atacado y tomado el pueblo de Ajijic y que se dirigían en sus canoas, hácia el pueblo de San Luis, que está situado en la costa de enfrente, partió al punto á la isla de Chapala en donde sólo encontró el cadáver de su compañero de armas D. Pedro Carranza, que había sido aprehendido en un encuentro tenido á fines de Marzo, y en el que los realistas fueron derrotados. De aquel punto partió para Tuxcueca, con objeto de cortarles la retirada para la isla, con las falúas *Poblana* y *Toluqueña* al mando de D. Marcelo Eroquíer, (ó Croquer como se le llamaba vulgarmente) la de *San Miguel* al de

D. Julian Arizmendi, la lancha del *Bolero* al de D. Juan de Orellana y dos botes, todos con bastante tropa. Cerca de aquel lugar encontraron una sección de infantería por la orilla y veinte canoas que se dirigían sobre ellos á fin de obligarlos á acercarse á la playa para batirlos por tierra y agua. Bocalán hizo un movimiento, de modo que quedó fuera del alcance de los insurgentes de la orilla y solo se batió con las barcas durando el combate mas de tres horas. La falúa *Poblana* y la lancha *Bolero* abordaron una canoa, tomándola prisionera y quitándoles á sus tripulantes una pieza de artillería, que allí llevaban. Otras seis fueron sumergidas á cañonazos y las demás se volvieron á la ribera en donde unidos con los insurgentes que habian quedado allí, se hicieron fuertes y el jefe realista no se atrevió á atacarlos, porque dice en su parte: "Traté de sacarlos de la orilla, y al efecto me acerqué batiendo la playa y bosques de ella, hasta estar á tiro de piedra; pero me impidió echar marinería á tierra, el que bajaban por la loma á todo escape dos partidas de caballería de alguna consideración." ®

En esta acción que fué una de las muy pocas que ganaron los realistas, aunque no completaron el triunfo por temor de los que estaban en la orilla, murieron por ambas partes más de cien hombres, quedando las aguas y playas teñidas de sangre.

A los ocho días de aquel encuentro se verificó la

acción de *Palo Alto*, cerca de Tizapán, pues encontrándose en ese punto el piloto D. Antonio Román con la *Flotante*, la *Lancha grande* y la *Mexcala*, fué atacado á la madrugada por sesenta insurgentes con un cañón, al mando de Rosas. El combate duró todo el día y parte de la noche habiendo recibido entre tanto los asaltantes nuevos refuerzos, pero á las cinco de la tarde llegó el Comandante Bocallán que con las tres falúas, *Poblana*, *Toluqueña* y *San Miguel*, la lancha del *Bolero* y el bote de la *Princesa*, iba para Cojumatlán en busca del Teniente coronel Arango. Con ese considerable auxilio pudo ya retirarse Román, habiendo sufrido bastante la escuadra española.

Ya por aquel tiempo, las orillas de Chapala se habían convertido en el foco de la revolución gloriosa; por todas ellas se daban diariamente reñidas batallas, tanto por las huestes de los tres patriotas de Mexcala, como por otros caudillos beneméritos que ayudaron poderosamente al sostenimiento de aquella fortaleza. Además de los considerables destacamentos de los puertos de la laguna, numerosas fuerzas perseguían á los jefes insurgentes de los alrededores, distinguiéndose entre ellos Negrete por la Piedad, Quintanar por Jiquilpan, Vizcaino por Zacoalco, Brizuela por la hacienda de Santa-Anna, Basauri por Buenavista y otros muchos.

El día 1.º de Mayo se hallaban en la estancia

de los Corrales de la hacienda de Tizapan, los Tenientes Coroneles D. Manuel Arango y D. Juan Cuellar con cerca de ochocientos hombres y cuatro cañones, cuando fueron atacados por la brigada insurgente que mandaban D. José Trinidad Salgado, D. José María Vargas, el canónigo D. Lorenzo Velasco, y D. Gordiano Guzmán.

La acción la dirigió Salgado, quien haciendo una falsa retirada, atrajo al cerro á los defensores del rey y cargando sobre ellos con denuedo, logró en pocas horas obtener un completo triunfo. Hizo multitud de prisioneros entre quienes se contó el jefe Arango y otros oficiales, muchísimos muertos, entre ellos el Teniente Coronel Cuellar, el padre capellán y multitud de heridos; les quitó toda su artillería y muchas armas. Al concluir la batalla llegó el Dr. Cos que se había separado del Congreso porque fué nombrado Comandante de Guajuato y Michoacán, y por ser de este último Estado las fuerzas vencedoras se hizo cargo de su mando. Al punto dió orden para que fusilaran al Teniente Coronel Arango, que fué uno de los más implacables perseguidores y aprehensores del infatigable patriota D. José Antonio Torres. Por tan importante y honrosa batalla les fué concedida á los vencedores la insignia de una palma bordada en el brazo izquierdo por el caudillo independiente, benemérito D. José María Morelos.

Después de aquel completo triunfo, D. José María Vargas fué á visitar la heroica isla conduciendo un convoy de víveres, pues los valientes defensores de aquella fortaleza empezaban á sentir la escasez de provisiones, porque los realistas consumían las pocas de las orillas y vigilaban mucho los alrededores.

Por entonces fué el General Cruz de Guadalajara á Tlachichilco á hacer una visita al campamento llevando nuevos refuerzos con el fin de activar los trabajos del asedio; permaneció pocos días y empezó á construir un fuerte en aquel pueblo, el cual concluido poco tiempo después, consistía en un magnifico edificio con cuatro baluartes bien artillados, un ancho y profundo foso que circundaba el pueblo y un puente levadizo. De esa manera se prevenía cualquier asalto, estando de guarnición constante sólo en ese punto de mil ochocientos á dos mil hombres. Pocos años hace que aun se veían los restos de aquel baluarte, construido por orden de un jefe tan notable y cuya vivienda se hallaba adornada con cielos rasos, hechos de petate pintado de blanco.

Continuamente atacaban los insurgentes de la isla los pueblos de la orilla de la laguna, y hasta que iban en su auxilio los destacamentos vecinos, se embarcaban en sus canoas y se retiraban las más veces triunfantes á su peñón inexpugnable. El día

25 de Mayo de 1814 asaltó el intrépido Santa-Anna al pueblo de Jocotepec en donde dentro de murallas y cortaduras, se hallaba el Teniente Coronel D. José María Mangino con un importante destacamento. En treinta canoas y con dos cañones llegaron los asaltantes por la mañana, y como ya iban prevenidos con palas, barretas, azadones y otros instrumentos de zapa, al punto rompieron las cortaduras y abriendo brecha penetraron á la plaza no obstante el nutrido fuego de cañón y fusilería que sobre ellos hacían los defensores del rey. Desalojados los realistas de todos los puntos se replegaron á la iglesia, donde fueron atacados también. El Cura D. Pablo Márquez que se hallaba en la torre, recibió un balazo al saltar á una bóveda á confesar á un herido, muriendo á la madrugada del día siguiente. Quemaron el cuartel, destruyeron la muralla de la plaza y taparon las cortaduras, llevándose toda la remonta y muchas armas. Permanecieron los insurgentes en el pueblo hasta en la noche, que por saber que venía un destacamento, se retiraron á la *Cruz de Piedra*, distante sólo algunas varas, de la orilla, desde donde cañonearon al pueblo toda la noche. A no ser por el respeto que á la iglesia tuvieron donde se habían refugiado sus enemigos, hubieran acabado con ellos; sin embargo les hicieron setenta y tantos muertos y muchos heridos. De allí se llevaron como trofeo de su victo-

ria un crucifijo que los habitantes se habían traído de Cojumatlán donde era muy venerado por ellos y al que llamaban *el Señor del Camichin*.

Santa-Anna se retiró de la *Cruz de Piedra* el día 26 por la mañana llegando en la noche á Chapala, donde había sesenta dragones que abandonaron al punto el pueblo por lo que los perseguió logrando darles alcance.

El 19 de Julio, sabiendo el Comandante militar de Rosa Morada, D. José Escobar, que entre Chapala y Cuyutlán llevaban los isleños un ganado, salió á perseguirlos y habiéndolos alcanzado en el salto del arroyo de Santa Fé, los batió y aunque les quitó algunas reses se volvió inmediatamente, siguiendo los insurgentes con el resto del ganado, que lograron introducir á la isla.

Todo el año continuaron los insurgentes haciendo sus escursiones á los puertos del lago las más veces con muy buen resultado; pero ya el hambre se hacía sentir en aquella posición, que gracias al valor de los que la defendían, había llegado á ser el último baluarte de los independientes de Jalisco.

La gloriosa revolución de independencia, que trataron de ahogar en sangre los Virreyes Venegas y Calleja, había recibido hasta entónces fuertes golpes que hacían presumir el restablecimiento de la monarquía española á sus adictos, aunque sin considerar que el espíritu público habría de hacerlo

imposible. El Virrey Calleja en su manifiesto de 22 de Junio de 1814 pudo decir que ya casi había acabado la revolución, supuesto que habían tomado los ejércitos reales todas las posiciones de los insurgentes "*sin que en todo el reino conservasen los enemigos otro punto militar que el de la laguna de Chapala que no tardaría en ser su sepulcro.*"

No obstante esa situación bonancible, que permitía al gobierno fijar toda su atención en aquel punto, los independientes de Mexcala dirigidos por el valiente Castellanos, se manifestaban dignos de su causa y seguían obstinados, porque tenían una convicción profunda de la justicia que les asistía.

Frecuentemente se verificaban encuentros insignificantes entre pequeñas partidas de ambos combatientes, á los que, sin embargo, se pretendía darles la importancia de formales batallas, rindiendo pomposos partes al General Cruz, que no por eso dejaba de comprender de lo que se trataba. El 12 de Noviembre de 1814, D. Manuel Murga participaba con satisfacción que había sostenido un combate naval con tres buques contra once canoas, de que resultó únicamente según el contesto, que una canoa "*llevara su rociada de munición,*" al cual contestó el Mariscal "*quedar enterado de la pequeña acción.*"

Otras veces se mostraba más esplicito y así al contestar á D. José M. Basauri el parte que le

diera desde la hacienda de Potrerillo el 10 del mismo Noviembre, de la derrota que había causado en el cerro del Tecuane á sesenta indios, le decía lo siguiente que bien pudiera haberse aplicado á otras muchas acciones de aquel periodo de la guerra: “¿Qué le parece á Vm.?—La relación parece de una batalla y al fin salimos con que se han dispersado completamente y que nos darán que hacer en pequeños Pelotones, supuesto que no se les continuó persiguiendo hasta su exterminio.”

A los pocos días emprendió el Presidente de la Provincia nuevo viaje al cuartel general de Tlachichilco, y deseando un arreglo pacífico, por segunda vez excitó á los indígenas á deponer las armas, según la exhortación que les hizo el Comandante Delgado con fecha 16 de Noviembre del año citado y la cual, sin producir resultado, decía á la letra:

“Ayer llegó mi General á este campo y de su orden y con su aprobación os escribo para ofrecer os un perdon general de bolveros vuestros Pueblos; vuestras tierras y cuanto antes teniais, como tambien se os mudarán las casas que teniais en la Isla con todos vuestros animalitos, en la seguridad de que no se ha de hablar ya mas de quanto há pasado. En prueba de ello y para que oygais vosotros mismos de la boca de mi General lo que os ofrezco podeis nombrar dos hombres de vuestra confianza que como Embajadores vengán á este

Campo, acompañados de la Maria Guadalupe, que os lleva este papel.

Ya sabeis lo que há pasado á Morelos y á Vargas, y mi General desea daros la prueba mayor de su generosidad, para que conozcais que las tropas del Rey nuestro Señor D. Fernando Septimo, usan de mas generosidad, quando nada tienen que se les oponga.

Ya veis las Lanchas que se han aumentado estos dias, y ya vereis las que hirán todos los dias aumentandose.

Sé las muchas necesidades que padeceis y todo quanto os pasa, y nada se desea mas que vuestro bien.

En prueba de lo que os ofrezco, no harán fuego las Lanchas aun que os acerqueis mientras dura el Parlamento, y lo mismo deveis hacer vosotros hasta que vengán vuestros Embajadores á hablar con mi General á este Campo, á los quales se les bolverá con seguridad.

Dios os guarde y os ilumine para que acaben vuestros trabajos que es lo que se os desea. ®

Todo quanto ofrece el Comandante de la tercera division D. Juan Delgado es con mi aprobacion.—
J. C.”

En principios de Enero de 1815 fué relevado el Comandante D. José Navarro nombrando en su lugar á D. Gaspar de Maguna.

En esos días salió Santa-Anna con sus valientes soldados para Ocotlán en donde sabía que se encontraba un gran depósito de maíz. Ya en ese tiempo estaba el pueblo defendido por dos cortaduras; pero el infatigable caudillo logró vencer la resistencia de sus enemigos y sacar gran cantidad de aquel cereal, haciendo al enemigo treinta muertos en el ataque.

En el mismo año tuvo lugar una acción naval que prueba el valor y astucia de los insurgentes. Salieron de la isla todas las canoas para proveerse de leña, llevando sólo unos cuantos fusiles y siendo á la vuelta atacadas por las catorce embarcaciones de la escuadrilla española. Santa-Anna hizo un movimiento estratégico con tres canoas solamente, en las que iban los únicos que llevaban armas, les llamó la atención y los estuvo tiroteado mientras que las demás naves á toda prisa se marcharon á la isla y volvieron prontamente con artillería, fusiles y parque. Ya entónces se formalizó el combate y se batieron todo el día y parte de la noche, hasta que se retiró la escuadra, ignorándose los daños que sufriría. Los insurgentes sólo tuvieron dos canoas volcadas.

Otra vez volvieron á atacar á Ocotlán pero sin éxito, pues aunque lograron penetrar hasta la plaza, no pudieron tomar ningunas provisiones y al retirarse fueron sorprendidos y derrotados en San Agustín.

Llegó el año de 1816 y aquellos valientes todavía sostenían sus posiciones, sin que los realistas nada hubieran aventajado. En ese año el gobierno de la Provincia fijó toda su atención en aquella campaña y puso más de ocho mil hombres sobre las armas para estrechar el bloqueo, nombrando Comandante de la armada al distinguido marino D. José Narvaez.

La peste se desarrolló en los desventurados patriotas, y ayudada poderosamente por el hambre que se hacía sentir en su mayor fuerza, era para ellos más terrible enemigo que los numerosos defensores de Fernando VII.

Como desde el principio de aquel año el bloqueo fue mucho más riguroso que en los anteriores, las salidas de los insurgentes se hicieron más escasas; sin embargo no permanecieron aquellos héroes en inacción.

El Capitán D. José Vallano, segundo de la división de Quintámar, venía con numerosas tropas en el cerro del *Divisadero*, el 17 de Agosto, cuando fué encontrado por el denodado Santa-Anna, quien unido con el insurgente Chávez, cargando sobre aquel toda su tropa, después de un prolongado combate lo derrotó completamente, muriendo Vallano en la acción. El jefe vencedor con una grande imprevisión se volvió á la isla á darle parte del triunfo á Castellanos, dejando en el campo de ba-

talla á sus soldados; pero al dia siguiente los sorprendió el Coronel Correa y los derrotó completamente de tal suerte que cuando el caudillo volvió encontró á los indios dispersos y apenas pudo reunir á algunos y retirarse.

La falúa llamada *Teresa* se había distinguido por la persecución que hacía á las canoas y por los insultos que su tripulación prodigaba á los independientes; por cuyos motivos el padre Castellanos dió orden á Santa-Anna de que la hostilizara sin descanso. Este jefe con diez canoas y favorecido por la noche, llegó á un punto cercano á Tlachichilco, donde se hallaba la falúa y saltando al abordage, mataron á lanzadas á los que allí estaban y se llevaron la *Teresa* con cinco heridos. Advertida la escuadra de lo que pasaba, al punto marchó en persecución de los asaltantes; pero en vano porque se habían ya puesto fuera del alcance de sus tiros.

El General Cruz que habia ido en Octubre á Tlachichilco, ofreció repetidas veces á los insurgentes el indulto; pero ellos no lo aceptaron. En el mes de Noviembre renovó sus instancias y mandó á un presidiario de la tripulación (pues los marineros eran todos presidiarios) á ofrecerlo de nuevo; pero habiendo contestado negativamente, se volvió el emisario acompañado de Santa-Anna. Este, viendo que la epidemia y el hambre hacían ya insostenible la isla, le preguntó á aquel qué le ha-

ría Cruz si le hablaba, á lo que le contestó que nada, sino que al contrario, sería bien tratado, pues el general español tenía deseos de conocerle y hablarle. Entónces el insurgente le propuso que le consiguiera una entrevista con aquel jefe á lo cual accedió gustoso el enviado ofreciéndole que al día siguiente iría una embarcación á la isla para conducirlo con Cruz. Viendo Santa-Anna que á la hora convenida un bote sin tropa se dirigía á la isla, conoció que era el ofrecido por el enviado y entónces dijo á sus compañeros de heroísmo, que tenía precisión de tratar con el enemigo, para ver qué clase de seguridades se les daba, pues ya no podían permanecer más tiempo en aquella posición, por el hambre y la peste.

El caudillo de Mexcala fué muy bien recibido por el Presidente de Nueva Galicia que era un hombre caballeroso y de finos modales, quien le ofreció que si se sometían, les entregaría todos sus pueblos que hubieran sido destruidos é incendiados reedificados, y además les administrarían gratuitamente los Sacramentos.

Volvió Santa-Anna á la isla, y temeroso de manifestar las proposiciones hechas á los valientes y sufridos soldados, sólo lo hizo con el Padre Castellanos, quien conociendo que se podría tal vez aumentar las ventajas de la capitulación, el día 25 de Noviembre á la madrugada, salió para el cuartel

general de Tlachichilco acompañado de Santa-Anna y de un soldado.

El Mariscal español dió muestras de distinción á los valientes parlamentarios, y después de una muy larga conferencia, celebraron esa misma mañana unos tratados muy honrosos y ventajosos para los activos é infatigables indios.

Obligóse aquel dignatario á no perseguir á los defensores de la isla; á entregarles todos sus pueblos reedificados; á que se les administraran sin estipendio alguno, los sacramentos; á exceptuarlos á todos del *tributo*; á entregarles tierras, bueyes y semillas para que tuvieran modo de subsistir sin necesidades; á nombrar gobernador de la isla á José Santa-Anna y á tratar á todos los comprendidos en aquellos arreglos, con toda clase de consideraciones.

Tal capitulación fué firmada por el Presbítero D. Márcos Castellanos y por el General D. José de la Cruz el día 25 de Noviembre de 1816.

Quedóse aquel en Tlachichilco y éste con soldados españoles, y guiado por Santa-Anna se dirigió al punto para la isla. Viendo los insurgentes á su jefe, no hostilizaron á sus enemigos y habiéndoles manifestado aquel caudillo lo pactado, se le dió posesión al gobernante realista de aquel insignificante territorio, donde sin embargo se estrelló su pericia militar.

Los denodados defensores de aquel peñón vieron con suma tristeza acto semejante pudiendo sólo conformarlos la consideración de la miseria en que se hallaban. Más bien parecían cadáveres que valientes soldados: la hambre los había reducido á aquel estado miserable: habían consumido ya todas las provisiones, habianse agotado cuanto ratón, lagarto y sabandija contaba la isla, y devoraban aquellos desgraciados patriotas hasta las correas de sus humildes arneses. Era tal el hambre, que muchos murieron de ella y los que se rindieron estaban en tal estado de estenuación, que al punto y á toda prisa, les mandó el General Cruz *tres mil* cargas de maíz.

Se rindieron menos de ochocientos hombres con diez y siete cañones, diez cargas de parque y algunas armas.

La obstinada defensa de la isla de Mexcala, es digna del valeroso esfuerzo con que Cuauhtemoc sostuvo la capital de su imperio contra la pujanza de los bravos de Hernan Cortés. El sitio de Tenoxtitlán sostenido por setenta y cinco dias, hasta quedar reducida la ciudad á un monton de ruinas y cadáveres, fué la protesta más significativa con que sucumbía el derecho ante la fuerza, y la mas palmaria muestra de la virilidad y energía de una raza, que la ignorancia y la codicia se adunaban para desprestigiar. La campaña sostenida por los

habitantes de las riberas de Chapala, es una prueba de que el derecho no sucumbe, y de que la conciencia de la justicia y del deber inspiran siempre las grandes acciones.

Al mencionar tales hazañas, viene á nuestra memoria el recuerdo de otros tristes días en que el Gobierno nacional dejó hollar por las tropas norteamericanas nuestra capital, sin defenderla; y entonces comprendemos toda la importancia de aquellos hechos y todo lo que vale una raza que dejó el poder sellando su dominación en México con sacrificios y combates homéricos en 1521, para sacudir el marasmo de tres siglos de abandono y envilecimiento, con nuevos hechos gloriosos que demuestran que á pesar de sus infortunios no había degenerado en cuanto al sentimiento de amor patrio!

El General Cruz al punto dió al Virrey el siguiente parte, que se recibió en México el 8 de Diciembre:

“Excelentísimo señor.—Tengo la satisfacción de manifestar á V. E. que hace una hora que he tomado posesión de las islas grande y chica de Mescala, quedando en mi poder toda la artillería, municiones y armas que tenían sus defensores. Las piezas de artillería son 17 y de todo los demás, no puedo dar á V. E. noticia, pero lo ejecutaré luego que me lo permitan las ocupaciones indispensables que ahora tengo.

Con fecha de 5 del corriente al manifestar á V. E. que desde el día 8 del mes próximo pasado me hallaba en el campo de Tlachichileo con el fin de estrechar el bloqueo y atacar este peñasco casi inaccesible, indiqué á V. E. que por el celo y actividad de todos los gefes y oficiales que mandan las divisiones destinadas al bloqueo por tierra de las islas se hallaban los indios reducidos á la mayor necesidad; pero viendo que su contumacia y tezon no cedía, hice venir el número de infantería que necesitaba, y todo estaba ya preparado, previo los reconocimientos prolijos y exactos, de que también hice á V. E. indicación, para atacar el día de hoy dicho interesante puesto. Antes de verificarlo les intimé el 23 del corriente; y el resultado ha sido entregarse poniendo á mi disposición cuanto contenían las islas, de que me he apoderado al momento.

Los inexplicables trabajos que han experimentado todos los señores gefes, oficiales, tropa, maestranza y marinería, en el largo tiempo que han estado en esta Gran Laguna empleados en los buques y este campo, son dignos de la más alta consideración de V. E. para que les proporcione el premio á que los considere muy dignos, y para cuyo efecto pasaré á las superiores manos de V. E. relación circunstanciada de todos aquellos que han tenido mayor ocasión de distinguirse, y que se han distinguido efectivamente.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Isla grande de Mescala, 25 de Noviembre de 1816.—A las tres de la tarde.

Excelentísimo señor.—José de la Cruz.—Excelentísimo señor virrey D. Juan Ruiz de Apodaca.

En Guadalajara se publicó un impreso que decía: “Aviso al público.—El Excelentísimo señor comandante de este ejército y Provincia D. José de la Cruz en oficio de ayer, que recibí á las diez y media de la noche me dice lo siguiente:

“Tengo la satisfacción de avisar á V. S. que á esta hora que son las dos de la tarde, he tomado posesion de las Islas grande y chica de Mescala, quedando en mi poder la artillería, armas y municiones.” Cuya plausible noticia comunico á los habitantes de esta fidelísima ciudad y la de todos los de este Reino, para su satisfaccion. Guadalajara, 26 de Noviembre de 1816.—*Manuel Pastor.*”

Grande fué el entusiasmo que en los adictos á Fernando VII produjo tal noticia. De Guadalajara salió luego el Sr. Obispo Cabañas para Tlachi-chilco; todas las corporaciones eclesiásticas enviaron comisiones para que felicitaran al General Cruz, y numerosas personas á pié y á caballo dejaron luego la capital para ir á visitar la isla, que por más de cuatro años se habia sostenido siendo objeto de su curiosidad, cual lo fué Tenedos para los troyanos:

*Panduntur portæ; juvat ire et Dorica castra,
Desertosque videre locos, litusque relictum.
Hic Dolopum manus, hic sarvus tendebat Achilles;
Classibus hic locus, hic acie certare solebant.*

Al benemérito Castellanos le aplicaron algunas capellanías y por de pronto lo colmaron de merecidos honores, al valiente Santa-Anna le dieron el grado de teniente coronel y lo nombraron gobernador de la isla, en donde luego se estableció un presidio, y solo del heróico Encarnación Rosas no se volvió á tener noticia, quizá por haber muerto en uno de los innumerables encuentros ó víctima de la peste ó del hambre.

Sin embargo de la capitulación, apenas un año la cumplió en todos sus artículos el gobierno español, pues solo ese tiempo estuvo Santa-Anna de gobernador de la isla.

Cinco años después, había triunfado ya la revolución que dió libertad á México y sin embargo, los héroes de Mexcala permanecieron en el olvido y sin recibir recompensa alguna por sus eminentes servicios. Al padre Castellanos se le dejó de cura en Ajijic, en donde murió algunos años más tarde, refiriendo el Conde Beltrami que habiéndole visitado en 1824 en aquel pueblo, le aseguró que cuando terminó sus campañas tenía setenta y cinco años de edad, á pesar de lo cual no se habían adormecido

sus sentimientos, según el discurso siguiente que cita de su boca, digno de Ejaminondas: "Todavía me siento con bastante vigor para batirme de nuevo, si alguna vez los europeos volviesen á asaltar nuestro país y á atacar nuestros derechos. He llevado una vida de tribulación y espero que Dios me prepare reposo en la eternidad, porque la tarea que me impuse fué honrar y defender la mas bella obra de su mano, la que se dignó hacer á su imagen y semejanza y á la cual unos ambiciosos habían venido á destruir y á tiranizar como á brutos. Vos habeis visto que en Europa, durante tres siglos han presenciado con ojos serenos y corazón frio los horrores cometidos en América contra la humanidad, tan cruelmente sacrificada á la política y á la avaricia. Ha sido necesario que nosotros mismos nos portásemos enérgicos contra esa opresión terrible y asi es como hemos despertado del envilecimiento. Yo les predicaré á mis compatriotas hasta agotar el último aliento de mi vida para que yelen como lincees por la independencia de la patria, y para que combatan como leones á fin de asegurarla. Si hubiéramos sabido reunir mejor nuestros esfuerzos y nuestros corazones, habríamos hecho la independencia desde mucho tiempo hace! Embrutecidos como estábamos, hemos tenido muchas pasiones anárquicas que vencer; pero con el tiempo nos ilustraremos, por lo que espero morir con el consuelo de ver que tales

pasiones desaparecerán sensiblemente y que mi patria avanzará con gloria en la vía de su regeneración."

El denodado y valeroso Santa Anna vivió en la pobreza y olvidado, lleno de cicatrices y recuerdos gloriosos hasta el año de 1852, sin otro galardón que la satisfacción de haber cooperado eficazmente á la emancipación de su patria.

Fué tal el olvido en que el gobierno federal de México, dejó á los defensores de su independencia, que el Gobernador del Estado de Michoacán en 1833 pidió al de Jalisco que atendiera á aquellos patriotas que se hallaban en la más completa indigencia, haciendo con tal motivo las siguientes justas y competentes apreciaciones:

"Excelentísimo señor.—Como desde el año de 13 hasta el de 17 tuve el honor de mantener el fuego de la revolución de la independencia por el Sur de ese Estado fungiendo de comandante general de aquel rumbo, en que se comprendía la memorable Isla de Mexcala, soy testigo ocular de los grandes é importantes servicios que prestaron á la causa de la libertad, los indígenas de los pueblos de San Pedro Ixican, Santa Cruz, Ponsitlán, Santa María, San Sebastian y San Miguel, que se reunieron en dicha Isla y donde como en ninguna parte de la República, repitieron ejemplos de valor y heroicidad.

Hechos tan recomendables por su propia naturaleza, los he considerado siempre como dignos de los mayores premios.....”

La memoria de los caudillos de la independencia en Jalisco, se ha perpetuado con más ó ménos justicia: á la villa de Zacoalco se le llama *Zacoalco de Torres*, por el héroe de aquel nombre y Ahualulco de Mercado se denomina la población en donde se rebeló el benemérito cura D. José María Mercado; pero los modestos nombres de Castellanos, de Santa Anna y de Rosas vivirán siempre en la memoria de los que aprecien debidamente las virtudes cívicas, aunque sean víctimas de la oscuridad y del olvido. Esos nombres son el timbre glorioso de los pueblos del Chapala y de la raza indígena que al producir tales hombres, es merecedora de la estimación y el respeto. Su indisputable mérito y relevantes servicios al país, bastan por sí solos para realzar á esos héroes, por lo que día vendrá en que conociendo debidamente su patriotismo, valor y sacrificios, las generaciones futuras les den en nuestra historia el lugar que de toda justicia les pertenece.

Los hechos referidos, que demuestran una abnegación y constancia de que sólo son capaces las almas nobles, son dignos de un poema, y se conocen en la historia patria con el nombre de “*Guerra de Mexcala.*”

D. PEDRO MORENO.

“Aquel bizarro insurgente
Que fué gloria del Sombrero,
El compañero de Mina,
El que brilló en los Remedios,
El asombro de Jalisco,
La joya de los lagüños

La guerra de las montañas puede decirse que es la última manifestación de la defensa del derecho y de la justicia en todas las naciones; porque cuando el espíritu perseguidor se desata contra sus defensores, cuando hay necesidad de confiar el triunfo á algo inesperado, como el despertar de un pueblo, solo en las altas cumbres de los montes se encuentra el más seguro refugio.

Después de los desastres y de las decepciones, el espíritu de libertad se remonta en busca de un asilo y de una esperanza, y las montañas le ofrecen uno y otra; porque mientras sus riscos y sus barrancas le prestan apoyo, sus habitantes la defienden, pues parece que más se ama la libertad donde más se la comprende, y es donde Dios se muestra más grande en sus obras, donde más se aprecian sus dones.

Hechos tan recomendables por su propia naturaleza, los he considerado siempre como dignos de los mayores premios.....”

La memoria de los caudillos de la independencia en Jalisco, se ha perpetuado con más ó ménos justicia: á la villa de Zacoalco se le llama *Zacoalco de Torres*, por el héroe de aquel nombre y Ahualulco de Mercado se denomina la población en donde se rebeló el benemérito cura D. José María Mercado; pero los modestos nombres de Castellanos, de Santa Anna y de Rosas vivirán siempre en la memoria de los que aprecien debidamente las virtudes cívicas, aunque sean víctimas de la oscuridad y del olvido. Esos nombres son el timbre glorioso de los pueblos del Chapala y de la raza indígena que al producir tales hombres, es merecedora de la estimación y el respeto. Su indisputable mérito y relevantes servicios al país, bastan por sí solos para realzar á esos héroes, por lo que día vendrá en que conociendo debidamente su patriotismo, valor y sacrificios, las generaciones futuras les den en nuestra historia el lugar que de toda justicia les pertenece.

Los hechos referidos, que demuestran una abnegación y constancia de que sólo son capaces las almas nobles, son dignos de un poema, y se conocen en la historia patria con el nombre de “*Guerra de Mexcala.*”

D. PEDRO MORENO.

“Aquel bizarro insurgente
Que fué gloria del Sombrero,
El compañero de Mina,
El que brilló en los Remedios,
El asombro de Jalisco,
La joya de los lagüños

La guerra de las montañas puede decirse que es la última manifestación de la defensa del derecho y de la justicia en todas las naciones; porque cuando el espíritu perseguidor se desata contra sus defensores, cuando hay necesidad de confiar el triunfo á algo inesperado, como el despertar de un pueblo, solo en las altas cumbres de los montes se encuentra el más seguro refugio.

Después de los desastres y de las decepciones, el espíritu de libertad se remonta en busca de un asilo y de una esperanza, y las montañas le ofrecen uno y otra; porque mientras sus riscos y sus barrancas le prestan apoyo, sus habitantes la defienden, pues parece que más se ama la libertad donde más se la comprende, y es donde Dios se muestra más grande en sus obras, donde más se aprecian sus dones.

España no contó su triunfo de Covadonga como la expresión de la reacción patriótica y venturosa, sino después de haber registrado en sus anales la infausta rota del Guadalete, como resultado de la traición y de la indiferencia egoísta.

Pasaron en México los rudos combates del Monte de las Cruces, de Aculco y Calderón, y cuando las apiñadas muchedumbres habían sido dispersadas por la disciplina de un ejército; cuando la traición había sentado sus reales en las filas insurgentes, y cuando habían rodado en afrentoso cadalso las venerandas cabezas de los iniciadores de la independencia, el espíritu de conservación y la esperanza del triunfo, hicieron remontarse á los que aquella bandera defendían á los fuertes y á los cerros.

Apareció Zitácuaro como núcleo revolucionario á la par que como fortaleza inexpugnable; mas cuando la estrella victoriosa de Calleja posóse sobre sus cumbres, la idea de independencia, entre el humo del combate y la sangre de las víctimas, se replegó á Sultepec, á Chilpancingo, á Apatzingán y á Jaujilla, á pesar de la saña que los vencedores arrojaban sobre las ruinas, como para destruir el germen que en vano tra-

taban de extinguir, y que de entre sus mismas manos se escapaba!

Los combates de las llanuras fueron substituidos por la guerra de las montañas, y una tras otra aparecieron fortalezas y trincheras donde antes eran desiertos y nidios de águila. Tras de Zitácuaro apareció El Sombrero, y Los Remedios y Cópore, y Barrabás, y Cerro Colorado, y Boquilla de Piedra.

Jalisco en ese segundo periodo, en ese tiempo de desastres, y de expectativa, de abstención y desgracia, en el cual era más preciso que nunca redoblar los esfuerzos para mantener vivo en los pechos el fuego sacro del patriotismo y de la independencia, no careció de notables acontecimientos, ya que había sido ilustrado por hazañas como la de Zacoalco, esfuerzos como el de Calderón, sacrificios como el de Mercado y nobles principios como el de la abolición de la esclavitud, que acababa de decretarse en su misma capital.

Jalisco entonces, tras de las olas del Chapala, improvisó una fortaleza en Mexcala, y en las cumbres de la sierra de Comanja levantó el fuerte del "Sombrero."

D. Pedro Moreno fué el heroe jalisciense que inmortalizó este sitio con sus hazañas.

Había nacido en la hacienda de La Daga, perteneciente á Lagos, el día 18 de enero de 1775, hijo de D. Manuel Moreno Verdín y de D. ^{ca} Rosario Gonzalez, quienes por sus recursos pecuniarios y por su educación, ocupaban en aquella sociedad uno de los primeros puestos.

Pasaron los años, y cuando se proclamó la independencia, encontraron á D. Pedro Moreno dueño de las haciendas de la Saucedá, de Matanzas de abajo y del rancho de Coyotes, y entregado al comercio, después de haber estudiado en el Seminario de Guadalajara, Latinidad, Filosofía y algo de Jurisprudencia, distinguiéndose en su carrera y sustentando actos públicos y lucidos exámenes.

Entró en relaciones con los insurgentes de Apatzingán en el año de 1812 y amante del engrandecimiento y de la autonomía de su patria, olvidando riquezas y reposo, se arrojó en el torbellino revolucionario á principios del año siguiente.

Estaba casado con D. ^{ca} Rita Pérez, quien siendo natural de S. Juan, vivía en Lagos con sus hijos, de los que el mayor, D. Luis, solo contaba 12 años de edad, mientras la menor, Guadalupe, cumplía año y cuatro meses

Digno de notar es que la distinguida esposa de Moreno no tratara de disuadirlo de sus patrióticos propósitos, ni se arredrara ante la magnitud de los peligros, ni vacilara en presencia de los sacrificios que tenía que imponerse desde luego. Mujer de corazón, supo correr la suerte de su esposo á quién siguió siempre en sus campañas y en medio de las penalidades sin cuento que por todas partes vinieron á probar el temple de su alma; jamás se la vió desmayar ni procurar inducirlo á la vida egoísta y retirada.

Tres años y medio duraron las campañas de Moreno, las que dieron principio con la insignificante acción de Piedras Coloradas, en donde, mandando poco más de cien hombres, fué derrotado por el Comandante D. Santiago Galdamez al frente de una compañía de soldados del interior, llamados *panzas* porque usaban unos grandes chalecos encarnados.

Retiróse el nuevo insurgente á reorganizar sus huestes, y como su vencedor lo persiguiera con afán, volvieron á encontrarse en el rancho llamado de las Jaulas, donde Moreno tuvo la satisfacción de ver huir á su enemigo.

En 12 de Junio de 1814 se aproximó á Lagos y á dos leguas de distancia en un sitio llamado

hacienda de los Ranchos logró encerrar á Galdamez con 150 hombres, mas la proximidad á que se hallaba el Comandante D. Hermenegildo Revuelta hizo que pudiera enviarle á toda prisa un auxilio de 200 caballos y poco después otro de 130 infantes con el cual lograron salvar la situación haciéndoles á los reveldes un prisionero, según su propio parte, que fué inmediatamente fusilado.

Empezó el año de 1815 bajo buenos auspicios para el defensor de la libertad de su patria, pues aunque el día 10 fué derrotado en la Saucedá por la división de Revuelta, después, perseguido por éste, se hizo fuerte en un punto llamado el Zapote, logrando hacerlo retroceder y tiroteándolo "por cosa de dos leguas" según se expresa en el documento inserto en la "Gaceta del Gobierno de México" (tom. VI núm. 711). Ya se conocía desde entonces la importancia del caudillo, como lo revelan estas curiosas palabras de Brilanti: "Creído (demuestra buen criterio) que el rebelde Moreno estaría á una vista de los suyos, en la retaguardia, di orden al teniente de esta villa D. F. Aldana que con 30 hombres (para qué eran tantos?) *no atendiese á otro objeto que á Moreno, (importaba el asunto) si lo veía y lo persiguiese*

hasta alcanzarlo; (parecía cosa facil) pero este astuto (no era pues tonto) malvado (á mucha honra) luego que vió avanzar nuestra caballería se separó solo (qué cobardía!) y se ocultó en un bosque (¡y lo vieron!) de suerte que la partida no llegó á descubrirlo" (¡y lo acababan de ver solo!)

De nuevo se encontraron aquellos combatientes el lunes 20 de marzo en el Ojo de agua donde volvió la victoria á mostrarse esquiva á los realistas, pues terminantemente dice su comandante que "la posición ventajosa que tenían sus contrarios; el tener yo toda la tropa cansada y muy estropeada la remonta, me retrajo de hacer tentativa alguna para atacarla, particularmente por ser ya tarde."

Tanto incremento tomó aquel grupo, que en el mes de noviembre hizo el bravo Brigadier Negrete una expedición en combinación del Coronel Orrantía, desde San Pedro Piedra Gorda hasta los pueblos del Rincón y la Sierra de Comanja, sin más resultado que aprehender á algunos de los perseguidos que por cansancio corrieron esa suerte, siendo luego fusilados, y tan inútil fué aquella expedición realista, que apenas se habían retirado, cuando Moreno unido á Hermo-

sillo, Santos Aguirre, San Román y otros, atacó las cercanías de Lagos el primero del mes siguiente de diciembre.

Pero ninguno de tan repetidos combates revistió la importancia de la defensa que hizo Moreno el 23 de enero de 1816 del Fuerte del Sombrero. Atacólo Brilanti en combinación con Negrete y á pesar de haber hecho un empuje extraordinario, tuvo que retirarse con mil pérdidas. Nada pinta mejor el valor de los insurgentes y lo reñido del asalto como la noticia que el jefe realista rindió á D. José Gayangos, Comandante de Zacatecas, la cual dice entre otras cosas: "... Estos obstáculos que observé desde corta distancia no me parecieron inexplicables, y receloso de que los enemigos aumentasen su fortificación me resolví á atacarlos, aprovechándome de la buena disposición de la tropa, y al efecto, después de haber dejado 30 dragones á mi retaguardia, y nombrando 50 hombres de reserva, dividí la demás tropa en cuatro trozos que puse á cargo de los tenientes D. José María Colonio, D. José Antonio Vizcarra, D. Mateo Ahumada y alférez D. Pablo Rodríguez con sus correspondientes subalternos, y habiéndoles hecho las prevenciones que juzgué más oportunas, los mandé avan-

zar, y para que pudiesen con más facilidad abrirse paso por el bosque y trincheras, procuré distraer á los rebeldes, haciéndoles fuego con la reserva y cañón desde la loma inmediata. Ellos no cesaban de hacer fuego con un pedrero y con 40 fusiles, y de arrojar una multitud de piedras, de las que tenían un grande acopio. Las guerrillas del Sr. Negrete que cubrieron por el lado opuesto y todo se lo permitía lo escarpado del terreno, mataban ó apresaban á los que huían del fuerte. Parte de mi tropa hacía fuego, mientras que otra se abría paso, y los rebeldes para impedirselo incendiaron las trincheras y doblaron su actividad en su defensa, tanto que muchos soldados fueron allí heridos. La canalla viéndose sin esperanza de salir se decidió á defenderse hasta lo último. Mi tropa no desmayó y se abrió paso por entre las llamas y más de 20 reunidos con los tres oficiales, avanzaron hasta el parapeto gritando vivas al rey. El tiroteo de los cazadores de Toluca por la parte opuesta me empeñaba más en la acción, creído de que pronto encumbrarían, pues ignoraban que les era imposible.

Lo embañado del bosque y trincheras, impidieron formar la tropa y atacar por varios puntos,

y fué preciso desfilar por uno solo, por cuyo motivo cargaron allí su fuerza y fueron recibidos por lanzas y pedradas, á cuyos golpes pusieron muchos en el suelo. Los que les sucedían se ocupaban, unos en retirar á sus compañeros y otros en hacer fuego para defenderlos. A este tiempo pude penetrar con parte de la reserva y con ella me dirigí al mismo punto, al que no pude llegar por haber caído la mitad de la tropa que iba á mi lado.

Los Sres. oficiales ya no se conocían sino por el vestido; estaban desfigurados por los golpes recibidos en la cara y la sangre que les corría por ella no les permitía articular palabra. Por todos lados veía heridos, y á pesar de conocer que los enemigos se hallaban en peor situación, creí que debía suspender el ataque y salvar á la tropa, para cuyo efecto mandé que el alférez D. Pablo Rodriguez fuese á formar á un lado del bosque para proteger la retirada. Hice recoger los heridos, dispuse que el teniente D. José Medina y el subteniente D. Felipe Legaspi reuniesen la tropa que iba saliendo de la acción; envié unas guerrillas á recorrer el monte y no me retiré con la reserva de las inmediaciones del fuerte hasta que tuve aviso de no faltar cosa alguna

y que la tropa se hallaba en orden de marcha. Esta la emprendí por la difícil barranca del Ojo de Agua, por donde me dejaron pasar los rebeldes sin incomodarme por no habérselo permitido desde luego la multitud de muertos y heridos que tuvieron. En el plan de la cañada me reuní al sargento mayor de Nueva Galicia que por orden del expresado Sr. Negrete había quedado esperándome con la caballería para apoyarme, y con él continué la marcha hasta esta hacienda, sin haber ocurrido novedad alguna en el camino.

En el choque que he tenido han muerto el alférez de N. V. D. Pablo Rodriguez, 1 cabo y dos soldados; del batallón de esa ciudad han resultado 20 heridos y muchos contusos; pero nada ha quedado en poder del enemigo.

Repitiéronse los encuentros entre Moreno y los soldados de Calleja, ora con el Comandante D. Antonio de Soto en las cercanías de Leon el 13 de marzo de 1816, ora contra Revuelta y Cedillo en las Minas el 7 de abril, ó en la Saucedilla el 18 de agosto; ora con el teniente coronel D. Pedro Monsalve el 9 de septiembre y en multitud de partes, revelando así su incansable actividad.

Así pasaron los primeros años de lucha en encuentros insignificantes, hasta que el nuevo alid, comprendiendo la necesidad de formar un centro de operaciones militares, á la vez que un baluarte donde pudiera defender con éxito su causa, hizo fortificar el cerro del "Sombrero" en la Sierra de Comanja, llamado así por la forma que presenta. Dista once y media leguas al Oriente de Lagos, y seis leguas al Norte de León, y como se encuentra en el centro de la expresada serranía, está rodeado de algunas eminencias que lo dominan, como la mesa de las Tablas, que está situada al Norte, á distancia de un tiro de fusil, y otras, de las cuales lo separan barrancas y arroyos, como la Mesa de los Borregos, que se halla al Este, mediando la profunda barranca de Barbosa; el cerro de Negrete al Sur y el cerrito del Comercio al Oeste, del que está separado por la barranca del Rincón. "Reduciase, dice Robinson en sus memorias, á una altura de quinientos pasos de larga, en dirección de N. á S. y elevada cerca de mil piés sobre la llanura de León.

Al Norte había un sendero estrecho, al borde de un precipicio, por cuyo medio se unía la altura á una serie de colinas, una de las cuales domina-

ba el fuerte á distancia de un tiro de fusil. Esta sola circunstancia bastaba para no poderlo defender contra un serio ataque; pero Moreno se creía muy fuerte, por haber rechazado á los realistas en una tentativa que hicieron para entrar. Al Este, el fuerte estaba separado de los montes por un profundo barranco. Al Sur el declive de la altura era muy rápido, y al Oeste la bajada al llano áspera y difícil. Por la parte del Sur salían al llano dos estrechas veredas: al fin de la que se unía al fuerte, en un espacio de cincuenta pies de ancho, había un muro mal construido. Flanqueábanlo dos baterías no muy bien planteadas, en cada una de las cuales solo había un cañón que dominaba la mayor parte de la vereda y el declive, pero no podía enfilarse el barranco. Esta era la única entrada regular del fuerte. En el lado opuesto había una elevación cónica, coronada por una obra de un cañón que dominaba también la vereda. El fuerte se hallaba también defendido hasta cierta distancia, por rocas perpendiculares y precipicios, y por un muro bajo construido más allá: pero la verdadera defensa era el violento declive de los montes. La artillería consistía en diez y siete piezas, viejas, malas y casi echadas á perder, de calibre de dos á ocho.

La casa del comandante, los almacenes, hospital, y la mayor parte de las habitaciones de los soldados, estaban á la parte del Sur de la elevación cónica. Había además algunas chozas entre las rocas del fuerte. El mayor de todos sus defectos era la falta de agua, pues la guarnición tenía que proveerse de un arroyo, que estaba á la estremidad del barranco, á cerca de ochocientos pasos de los muros."

Por espacio de cerca de dos años se mantuvo Moreno en aquella posición que le servía de punto céntrico y cuartel general de sus operaciones, motivo por el cual el Gobierno mostró tanto empeño en apoderarse de ella.

Apenas habían comenzado las campañas del patriota lagüeño y ya los pesares habían acibarado su corazón. A fin de estar expedito con su esposa para expedicionar á toda hora, habían tenido necesidad de abandonar á su pequeña hija la niña Guadalupe, que sólo contaba año y medio de edad, confiándola en la hacienda de Cañada Grande al cuidado del padre D. Ignacio Bravo, que á sus buenos sentimientos reunía las circunstancias de ser amigo de Moreno y adicto á la causa independiente. En abril de 1815 trataron de sorprender al caudillo los realistas

Brilanti y Alvarez, quienes aunque no lograron su intento, si se apoderaron de la pequeña niña, la cual tomó Brilanti en sus brazos salvándola del furor de su compañero que empeñosamente quiso que se la matara, estrellándose su furor y su venganza ante la energía de aquel, que tuvo que decirle; "Ni un grano de maiz he tomado de esta hacienda; nada más que esta niña. Ella es mi prisionera y vd. no tiene ningún derecho sobre ella."

El que trataba de matarla era el mismo cura Alvarez, que había merecido el apodo de *chicharronero* por la bárbara costumbre que tenía de quemar á sus prisioneros, costumbre que bien se adunaba con el no menos bárbaro deseo de matar niños!

Aquel jefe realista que supo salvar de una muerte segura á la desventurada niña, encariñóse con ella y la hizo su cautiva, tratándola como si fuese hija suya. Habríase hecho acreedor á una memoria grata, si cegado por su pasión política, no hubiera querido, ofendiendo los sentimientos de la naturaleza, afeár la conducta del padre ante los ojos de la hija.

Mandóle hacer un escudo de plata, que hizo que llevara siempre al pecho, con ésta ridícula

inscripción: "Me salí de entre los insurgentes por servir á la Monarquía Española."

Un año después, cuando el General Cruz le propuso á Moreno el indulto, lleváronle el pliego al Fuerte del Sombrero, el Padre D. Pedro Vega y D. José María Gómez; y como se rehusara á aceptar aquel humillante perdón, le instaron recordándole que en ello se interesaba su amor paternal hacia la niña Guadalupe, á quien por ese medio podría recobrar. Entonces el héroe respondió con entereza, que aun tenía cuatro hijos de quienes podían apoderarse, pues estaba dispuesto á sacrificarlos todos en aras de la patria.

Al poco tiempo, su hijo Luis, que sólo contaba 15 años, moría, peleando como un héroe, en unión de D. Juan de Dios, hermano de D. Pedro, combatiendo en la Mesa de los Caballos, al lado de Encarnación Ortíz!

Con todo esto, llegó día en que á pesar de sacrificios y esfuerzos, de ilusiones y esperanzas, la causa revolucionaria se vió en completa decadencia. No sucumbieron los Guerrero, ni los Victoria, los Alvarez ni los Terán, los Moreno ni los Ortíz; pero sí obtuvieron indulto Rosains y Ramón Rayón, Serrano y Espinosa, Aguilar y Villagrán.

Mas vino entonces un nuevo episodio á renovar la lucha, siquiera fuese para que á la hora de la victoria se contaran mayores merecimientos, ya que no se obtuvo el triunfo desde luego, por más que se contara con él en un principio. D. Javier Mina con el valor propio de los descendientes de Megara el invicto de Numancia, y de los defensores de Gerona, con el entusiasmo por la libertad propio de Catón, y con la actividad de César, apareció en la historia como un redentor, para tornarse al día siguiente en víctima.

Aquel joven guerrero, que contaba solo 27 años de edad y había prestado ya grandes servicios á España, peleando contra los franceses desde que la invadieron en 1808, hasta que fueron arrojados por el valor de sus hijos y la victoria de los Arapiles, sufría en Londres las amarguras del destierro á que lo condenara su amor á la constitución de 1812 y la ingratitud y el despotismo de Fernando VII. Trabó allí relaciones con el Padre Mier, que á fuer de buen mexicano, estimuló á aquel fogoso liberal para que viniese á México á ayudar á los independientes á sacudir el yugo borbónico, y Mina que acostumbrado estaba á pelear por la independencia y por la libertad, se prestó gustoso á defender en Amé-

rica la misma causa que tanto le debió en España.

“Republicano de corazón, escribía con justicia el P. Mier, idólatra de la libertad, adherido á nuestra causa por convicción de principios, animado por el grito unánime de sus compatriotas más ilustres, y creyendo como ellos que en América se ha de conquistar la libertad de España, reúne un candor de corazón admirable á una claridad de talento muy grande, una rectitud de intenciones á una docilidad que encanta y á un profundo desinterés. Su odio al despotismo y al Gobierno militar, su amor al orden y al Gobierno civil, su actividad y atención á todo, la regularidad de sus costumbres, la civilidad de sus modales y una figura agraciada, ganan las voluntades é inspiran á todos una confianza sin límites.”

Así era en efecto, y aunque dió en llamársele *el traidor Mina*, tal concepto debe estimarse como dictado de las pasiones políticas, porque como expresa muy bien el historiógrafo de su expedición, “creía como muchos filósofos ilustres y como los más sabios españoles, que los tesoros del Nuevo Mundo habían ejercido un influjo funesto en la prosperidad y en la gloria de Espa-

ña; por consiguiente no se le puede acusar de haber obrado contra su país. Tampoco era de su obligación prestar obediencia á Fernando á quien miraba como un enemigo político. No se unió con los enemigos de su patria como Coriolano, ni se vendió á una Corte extranjera como Eugenio. Frustrada su empresa de restablecer la libertad en España, consagró su brazo á la defensa de la libertad en América.”

Tan exacto era esto “que habiéndole propuesto armar corsarios, ¿qué razón teneis, respondió, para pensar que Javier Mina quiere despojar á sus inocentes compatriotas? Yo hago la guerra contra la tiranía, no contra los españoles.”

Salió de Liverpool el 15 de mayo de 1816, con dirección á los Estados Unidos, acompañado del P. Mier y de 22 oficiales españoles, ingleses é italianos, y después de diversas contrariedades, gracias á la generosidad de Mr. Denis Smith, que logró reunir un cuantioso donativo del comercio de Baltimore para la proyectada expedición, pudo salir para Puerto Príncipe. Después de nuevos trabajos y dilaciones, se dió á la vela en Galveston á bordo del buque *Cleopatra* con otras seis embarcaciones, llegando á la barra del río Bravo del Norte el 12 de abril de 1817, mar-

chando en seguida á Soto la Marina, que fué abandonada por el Gral. D. Felipe de la Garza. El 24 de mayo salió Mina para el interior, al frente de 320 hombres, apoderándose de 700 caballos mansos que el Coronel Quintero tenía en su hacienda del "Cojo" para las tropas realistas. Con una actividad que apenas puede compararse con su audacia, llegó al Valle del Maíz, donde el 8 de junio derrotó al capitán Villaseñor que trató de cerrarle el paso, librando siete días después la famosa batalla de Peotillos, en la cual venció al Coronel Armiñan, con su ejército formado de más de 2.100 soldados, cuando el suyo apenas llegaba á la octava parte, coronando su obra con apoderarse á viva fuerza de Real de Pinos que defendió el Subdelegado López Portillo.

Siguió su marcha triunfal, y habiéndose unido por primera vez con una partida de caballería insurgente, acaudillada por D. Cristóbal Nava, pasó por los Altos de Ibarra guarnecidos por el Coronel Ruiz y el Teniente coronel Orrantía, quienes no se atrevieron á detenerlo. Dirigióse al Fuerte del Sombrero, dando aviso anticipado al comandante D. Pedro Moreno, quien lo recibió muy bien el día 24 de junio, terminando así

su no interrumpida marcha de 220 leguas por entre fuerzas enemigas, durante 30 días, en cada uno de los cuales, con excepción de uno solo, no había hecho mas de una frugalísima comida. Aquel invicto grupo se componía de 320 hombres, entre quienes se encontraban 25 heridos.

A los tres días de llegado al Sombrero recibió Mina aviso de D. Encarnación Ortiz, de que iban sobre él dos brigadas mandadas por el Coronel D. Cristóbal Ordóñez y el Comandante General del Bajío D. Felipe Castañón, por lo que al punto salió á su encuentro acompañado de D. Pedro Moreno, que llevaba un destacamento de 50 infantes y 80 lanceros mandados por Ortiz, con el cual destacamento, llegaba la fuerza total á 380 soldados. Pernoctaron en Aldabalda y el día 28, cerca de San Felipe, en un punto llamado S. Juan de los Llanos, Los Arrastres, ó rancho del Terrero, como le llama Moreno, se encontraron con la brigada realista, fuerte de 650 hombres. Unos cuantos minutos duró la carga dada por los insurgentes con tal brío, que los hizo dueños del campo en el que quedaron tendidos Ordóñez, Castañón y Calderón con 300 soldados, habiendo ocurrido la notable circunstancia de que los artilleros realistas cargaron los cañones con pesos

duros por no tener á la mano la metralla. Mina, generoso y justiciero, llenó de elogios á Moreno y á sus patriotas compañeros por su brillante comportamiento.

Ufanos y llenos de gloria regresaron ambos caudillos al Fuerte del Sombrero, de donde dió aquel su parte á la Junta de Gobierno con fecha 1^o de julio, volviendo á salir á los pocos días, porque supo que los ciento y tantos soldados que acababan de escaparse en el último combate, se habían fortificado en la Hacienda del Jaral, con los milicianos y criados que mandaba el Marqués del mismo nombre.

Era este D. Juan Moncada, riquísimo propietario, descendiente de españoles, pero mexicano de nacimiento, que llevado de su aborrecimiento á la causa de Hidalgo, había procurado su exterminio por cuantos medios estaban á su alcance, ora levantando tropas á sus expensas, ora haciendo cuantiosos donativos á los realistas, ora, en fin, tomando él mismo las armas y haciendo de su propia hacienda un baluarte fortificado de la tiranía.

A la aproximación de las tropas de Comanja, huyó Moncada con sus soldados, encargando á su capellán que recibiese á Mina y le suplicase

que no hiciese daño á sus propiedades. Cumplió el padre con su encargo; mas habiéndole denunciado al joven navarro, que en una pequeña pieza contigua á la cocina, se había enterrado una gran cantidad de dinero, mandó hacer una excavación, y cuando ya llevaba una profundidad considerable, una palada de tierra arrojada por los excavadores hacia arriba, en la cual iban muchos pesos sueltos, anunció que habían encontrado lo que buscaban.

La noticia del hallazgo se difundió al punto entre la tropa; así es que luego se aglomeró un inmenso gentío que quería ver aquella aventura con sus propios ojos, siendo tal el tumulto, que hubo que colocar dobles guardias en la pieza, en la que solo permanecieron Moreno, Ortiz, tres oficiales del Estado Mayor del Gral. en Jefe y los operarios.

Sacóse hasta la suma de \$140,000 la cual fué trasportada inmediatamente al Sombrero, cargándola en cuatro carretas tiradas cada una por catorce bueyes, hasta un punto llamado San Bartolo, en donde se cambió á un hatajo de burros que la condujeron hasta el Fuerte. Iba el valioso convoy escoltado por lanceros; pero como caminaban de noche y por entre la sierra, fácilmente

te se escaparon algunos de los infieles y codiciosos guardianes llevándose burros cargados y teniendo por eso frecuentes riñas, de las que resultaron tres muertos, habiéndose con tal motivo extraviado \$33.000, pues cuando llegaron al Fuerte, solo se contaron \$107.000.

Se ha llamado por algunos *robo del Jaral* á este curioso episodio, é historiadores respetables como los Sres. Tornel y Rivera (omito citar por apasionado al Sr. Alamán) censuran con tal motivo á Mina, y aun á Moreno, por no haberse apartado de él desde ese instante. Sin embargo de la autoridad de esos escritores, disiento de su opinión, porque creo que ni el hecho que acabo de referir es vergonzoso para aquellos ilustres caudillos, ni juzgo necesario apelar para defenderlos á invocar circunstancias atenuantes.

La guerra es por su naturaleza misma, la cesación del derecho y el estado en que se suspenden todas las garantías sociales, de tal suerte que todo lo que no es posible se sufra por nadie en años largos de paz, se experimenta en unas cuantas horas de guerra. La falta de respeto á la vida humana, á la libertad y á la propiedad, son por más que se les limite y se les disfrace con diversos nombres, los elementos constituti-

vos de la guerra. Desde los tiempos de Roma, á la declaración de la guerra y á la proximidad del peligro, cesaban los cónsules, en sus funciones, callaba el Senado y no había otra autoridad que la del Dictador, y aunque el principio dominante en esa época de que *adversus hostem æterna auctoritas esto*, ha sido felizmente desvirtuado por las enseñanzas de Grocio y demás publicistas, todavía hoy conforme al Derecho Internacional es lícito apoderarse en general de todos los objetos que, destinados á la guerra, pueden favorecer al enemigo.

El numerario de un particular, hablando en general, no está en este caso, pero cuando su dueño lo destina á apoyar al enemigo, levantando con él tropas y fortificaciones y constituyéndose él mismo en jefe, puede decirse que entonces sus fondos propios vienen á confundirse con la caja del ejército, de la cual es lícito apoderarse. En este caso se hallaba D. Juan de Montcada. ®

Hay sobre esto alguna imputación mas grave con respecto al patriota laguero. Afirma Davis Robinson en sus *Memoirs of the Mexican Revolution*, que Moreno y otros de los jefes, privadamente tomaron algunas onzas, asentando po-

cas líneas después que todos los pensamientos y acciones de aquel valiente no tenían más fin que el de acumular dinero.

Sin fijarse en tan infame imputación, ya el Sr. D. Juan E. Hernandez y Dávalos (Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística, tom. 3^o, segunda época) había demostrado que la historia de Davis Robinson está llena de errores. "Mientras que el Sr. Mina hace justicia á los jefes, oficiales y tropa independiente, dice ese apreciable bibliófilo, Robinson y Alamán procuran denigrarlos hasta lo infinito: los hechos heroicos de nuestros libertadores son desconocidos; se mencionan únicamente aquellos por quienes se tiene alguna afección y se deturpa la fama de otros, quedándose la mayor parte, como vulgarmente se dice, en el tintero. Los acontecimientos de las tropas á las órdenes del Comandante Gral. del Potosí, claman por un historiador juicioso é imparcial que relate sus hazañas."

Siryan las anteriores frases para debilitar la autoridad del historiador extranjero, comparando su obra con los documentos originales, que una vez sabido que no merece crédito en todo lo que escribe, más fácilmente podrá justificarse

que es indigno de él en la parte en que tan mal trata al héroe jalisciense.

Este era no solo de distinguida familia, sino aun acaudalado, pues poseía varias haciendas, de suerte que su interés particular, no hay que dudarlo, lo alejaba de la revolución, llamándolo al cuidado de sus propios intereses. Pero el hombre que poseyendo cuantiosos bienes los abandona aun á la confiscación; que siendo amante de su familia la deja sumergida en la angustia y el dolor, perdiendo unos hijos que caen en poder de su enemigo que les enseñará aun á negarle el dulce nombre de padre, y otros que mueren en el campo del honor al iniciarse apenas en la más temprana juventud; el que sacrifica su reposo en aras de una idea política, y pierde la vida valientemente por la patria, ese hombre no es verdad que solo esté dominado por el pensamiento de acumular riquezas! Aquel que cual D. Pedro Moreno, desprecia sus propios bienes, pierde su bienestar, vé morir á sus hijos por su causa, en prisión á su esposa, y á pesar de tan terribles contrariedades se mantiene siempre leal, valeroso, y apreciado de los jefes más insignes, hasta sacrificar su vida, es digno no solo del mayor respeto, sino de la gloria mas brillante!

Quien dice que héroe de tal magnitud no tenía otra idea que la avaricia y ocultaba unas cuantas onzas, descubre una secreta y vergonzosa pasión personal. Tan infundado é increíble es el juicio de Robinson, que ni siquiera ha merecido ser citado por Alamán, que tomando con todos sus errores la relación de ese autor, nada refiere acerca de una imputación de la que habría sacado partido para desacreditar la causa independiente, diciendo con Virgilio: *et crimine ab uno disce omnes*. Tampoco el apasionado Arrangoiz hace mención de ese calumnioso hecho.

Concluida con tanta fortuna la expedición al Jaral, Mina regresó al Sombrero, sabiendo por un aviso que Borja le llevara, que allí lo esperaban los Sres. Dr. San Martín y Lic. Cumplido, miembros de la junta de Jaujilla, con lo cual apresuró su marcha. Celebróse entonces una importante conferencia en la cual se discutió el plan de operaciones, hallándose reunidos los referidos miembros del Gobierno y los principales jefes de la insurrección en el Bajío.

Se dió el mando superior al denodado Mina, lo cual fué del agrado de Moreno que lo veía acreedor á tal distinción por sus relevantes méritos, así como lo fué también del incansable Encarna-

ción Ortíz, de Borja y de otros; y solo el padre D. Antonio Torres manifestó que aunque no tenía objeción que hacer, solo hacía presente que su sumisión al recién nombrado era un acto de condescendencia, porque teniendo Mina el grado de Mariscal y él el de Teniente general por la Junta de Jaujilla, á él debía corresponderle el mando.

Rencillas pueriles que solo indicaban ambición y debían producir incalculables daños, pues desde aquel momento el Coronel Young dijo á sus compañeros "pienso que podemos confiar en la sinceridad de todos los jefes patriotas con excepción del padre, en cuyo semblante veo retratada la envidia; debemos desconfiar de él porque veo que es enemigo de nuestro buen general."

El desinterés y la abnegación que mostró Moreno en aquella ocasión, cediendo incondicionalmente el primer puesto que él tenía, á su nuevo compañero, es otro título de gloria, como es para Guerrero el haberse sometido en Acatempan á Iturbide, y como lo es también para todos aquellos que posponen su interés y sentimientos personales ante el bien público!

Entonces erró Mina en la elección de los medios de la guerra, pues contra lo que se le acon-

sejaba por la Junta de Gobierno, dispuso defenderse en aquella fortaleza, dando con esto tiempo á que se reunieran todas las tropas del rey en su persecución y abandonando el sistema que tan bien le había probado, de hacer constantes excursiones.

Mientras Mina y Moreno cubrían sus sienes de inmarcesibles laureles, el partido realista en todo el país se hallaba atónito y atemorizado ante tanta audacia y tan gran valor como había desplegado el insurgente español. Por todas partes llovían proclamas de fidelidad á Fernando VII, se levantaban tropas, se recogían fondos, se divulgaban falsas noticias y se hacía alarde de entusiasmo realista.

El clero de Guadalajara no se quedó atrás en semejantes manifestaciones, así es que el Sr. Obispo D. Juan Ruiz de Cabañas dirigía el 30 de junio un oficio al Mariscal D. José de la Cruz en el que le decía: "Exmo. Sr.—Con motivo de la invasión del traidor Mina me pareció necesario y conveniente al servicio de nuestro soberano y bien de la patria y á la defensa de la religión y del Estado, excitar al venerable Sr. Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia á que como en otras veces lo hemos hecho, cooperásemos en esta á

la consecución de objeto tan sagrado, sosteniendo por nuestra parte alguna tropa y dando ejemplo de esta manera á todas las clases y cuerpos de esta diócesis, á fin de que hiciesen lo que esté á su alcance.—El venerable Sr. Dean y Cabildo á quien me dirigí por medio de una carta, me ha contestado con otra del tenor siguiente: Exmo. é Illmo. Sr.—Muy Sr. nuestro y de nuestra mayor atención y respeto. Al momento que nos enteramos del interesante objeto á que se centrae la muy respetable de V. E. I. de 24 del corriente, resolvió unánimemente este Cabildo que por parte de V. E. I. de la de la fábrica de esta Santa Iglesia y de la de este mismo cuerpo, se sostengan por el tiempo de un año 100 soldados de infantería, y que su costo se entere mensualmente por esta Clavería á disposición del Exmo. Sr. General, á más de la de los 25 de caballería del escuadrón de voluntarios de Nueva Galicia, que continuaremos manteniéndolo hasta el 26 de octubre próximo, conforme á nuestra promesa. Nos congratulamos desde luego con V. E. I. por la disposición constante é interés decidido que á la cabeza de este cuerpo fielmente dedicado al mejor y más pronto servicio de Dios, del Rey y de la patria, ha manifestado

sin reserva en las más urgidas circunstancias del estado, y damos á V. E. I. las debidas gracias porque nos proporciona ocasión de acreditar por nuestra parte los mismos leales sentimientos, que siempre han animado á este cuerpo, y de que ha dado pruebas nada equívocas con su cooperación decidida á la pacificación del reyno y á la destrucción de los rebeldes."—Y habiendo recibido la preinserta carta en la mañana de este día, tengo la satisfacción de trasladarla á V. E. para que si es de su aceptación, se sirva disponer y comunicarme lo que á bien tenga sobre el entero del préstamo mensual de los 100 infantes que hemos acordado mantener."

El Gobierno virreinal por su parte, viendo el incremento que tomaba el partido insurgente al soplo de Mina, dedicó todas sus fuerzas y sus mejores jefes á su persecución. Acababa de llegar de la península D. Pascual de Liñan, Mariscal de Campo, quien por el cuidado que ponía en el aseo de su persona y la elegancia con que vestía, llamó la atención en México siendo objeto de burlas y chanzas, mas como viniera precedido de envidiable reputación militar, recibió el encargo de mandar las numerosas tropas que de todas partes se destinaron á sofocar el renacien-

te incendio revolucionario que amenazaba abrazar á la Nueva España.

En tal virtud Liñan se fortificó en Querétaro mientras se aproximaban las tropas con que debía operar, y una vez que el Brigadier D. Pedro C. Negrete se situó en León con una división de Nueva Galicia, y que llegó el batallón de Zaragoza, mandado por el Coronel D. Estanislao Loaces, se aproximó hácia el foco insurgente de la Sierra de Comanja, en combinación con Orrantía que bajaba de Dolores y con el coronel Ruiz que venía de San Luis Potosí, formando en su rededor un círculo de hierro y estableciéndose en Silao el 26 de julio.

Al día siguiente salió Negrete de León para Silao á encontrar al General en Jefe, llevando 250 caballos y dos cañones ligeros y como Mina supiera luego tal movimiento, en la tarde del mismo 27 salió del Fuerte acompañado de Moreno al frente de 500 dragones y por la noche atacó aquella villa.

Desgraciadamente un destacamento avanzado luego que vió la tropa insurgente se replegó dando lo voz de alarma, y como la víspera había sido reforzada la población, circunstancia que ignoraba Mina, fué recibido con un vivo

fuego de fusilería de suerte que aunque llegó hasta la plaza, se apoderó de un cuartel é hizo varios prisioneros, tuvo que retirarse con bastantes pérdidas, pues se contaron 79 muertos y 25 prisioneros, si bien los defensores de León tuvieron que lamentar más de cien muertos.

Fué este el primer revés que sufrió aquel valeroso caudillo que coronó su atrevido esfuerzo con un acto de generosidad de los que le eran comunes, poniendo en libertad á sus prisioneros, mientras el jefe realista que era el coronel Andrade fusiló al punto todos los que él hizo.

Aquel ligero desastre y la proximidad del enemigo que redoblabá cada día su vigilancia, obligaron á aquel puñado de patriotas á reducirse á la defensa del Fuerte del Sombrero en que se hallaban y que por tanto tiempo había servido de refugio al Mariscal Moreno con el carácter de Jefe de la Provincia de San Luis Potosí que le había dado el Gobierno independiente.

El día 28 de agosto se publicó en el campo realista la siguiente *Orden General*.—“Las tropas destinadas á operar en esta provincia, se repartirán en tres divisiones: la primera la mandará el brigadier D. Domingo Estanislao de Loaces, y será su segundo el teniente coronel del Regi-

miento de Zaragoza D. Manuel Saltor. Se compondrá del primer batallón de este regimiento, un escuadrón de dragones de Sierragorda, otro de San Luis, otro de S. Carlos y otro de fieles realistas de Guanajuato y las piezas que ahora tiene y las que después se le destinen. La segunda división estará al mando del coronel de voluntarios de Navarra, dos escuadrones de dragones de San Luis y otro de caballería de Frontera y las piezas de artillería que ya tiene. La tercera se compondrá del batallón primero Americano, un destacamento del Regimiento de la Corona y otro del batallón lijero de México; tendrá un escuadrón de caballería de N. Vizcaya, otra de fieles del Potosí, otros dos de dragones de San Carlos y la caballería de Frontera, y dos destacamentos de dragones de Querétaro y Sierragorda. Mandará esta división el teniente coronel D. Juan Rafols, sargento mayor del batallón primero Americano, y será su segundo el coronel graduado D. José María Calderón; tendrá la artillería que se le ha mandado reunir. Se reconocerá por mayor de todas estas tropas al coronel efectivo D. Juan de Horbegoso y por ayudante de campo del Sr. comandante general al teniente coronel graduado D. Salvador Lobo

y Horta, al teniente D. Pedro Torrens y alférez D. José Vigil. La tropa de la primera división se hallará lista á marchar á las cuatro y media de la mañana, comiendo el primer rancho á dicha hora. —Cuartel general de Silao, julio 28 de 1817.—*Juan de Horbegoso.*

Los elementos con que se contaba en el Fuerte, consistían en 650 hombres de las partidas de Mina, Moreno, Ortíz, Santiago Gonzalez y Borja que llegó dos días antes con 60 ginetes, contándose por todos habitantes como 1.000 personas con las mujeres, ancianos y niños. Había 17 cañones todos viejos y mal montados, de calibre de 2 á 8, y algunas reses, cerdos, borregos, cecina, arroz, maíz, azufre, salitre, etc., etc. Mas la fortificación carecía absolutamente de agua, la cual tenían que ir á tomar de un arroyo, que aunque corría á corta distancia, estaba fuera de las murallas. Solo en la casa de Moreno había un pozo ó algibe, pero estaba seco.

Por parte de los realistas según sus propios datos, se contaban 617 españoles del Regimiento de Zaragoza; 463 del de Navarra; 250 criollos del de Toluca; 1.205 de caballería de los Regimientos Fieles de San Luis, de San Carlos, Querétaro. Nueva Galicia, Colima, Sierra Gor-

da y Realistas de Apam y 1.000 de la brigada del Coronel D. Juan Rafols, ó sea un total de 3.541 con doce piezas de artillería y cuatro obuses.

El 31 de julio de 1817 comenzaron las operaciones del sitio, habiéndose presentado Liñán frente al Fuerte y tomado posiciones, según el siguiente parte dirigido al Virrey: “Exmo. Sr. —El Sr. General en jefe de este ejército, Mariscal de Campo D. Pascual de Liñán, á las tres de la mañana de hoy desde el pié del cerro de Comanja me ha encargado dé executivamente parte á V. E. de que en la tarde de ayer las tropas de Guadalajara, al mando del Sr. brigadier Don Pedro Celestino Negrete, se colocaron en un cerro al lado S. O. de Comanja á tiro corto de cañón: que las del Sr. coronel D. José Ruíz que vinieron por los Altos de Ibarra tomaron un parapeto avanzado del enemigo en el cerro de las Tablas, que está al N. de Comanja, en cuyo punto dominante de la fortificación enemiga colocó aquel jefe su artillería; y que S. Sria. con la división de su inmediato cargo se colocó al O.

En esta disposición se dispararon los primeros cañonazos contra Comanja á las cinco de la tarde. El Sr. General había de subir antes de

amanecer, á dicho cerro de las Tablas con la artillería gruesa y el batallón de Zaragoza, por ser aquel punto más ventajoso y principal para el ataque. Hoy desde esta villa, de donde se observa Comanja perfectamente, se han visto varios movimientos por nuestras tropas; el fuego de cañón ha sido bastante continuado y el enemigo lo ha hecho solo algunas ocasiones. El rebelde Mina por ahora subsiste dentro del cerro con Moreno y unos 600 hombres, tiene pocos víveres; y á pesar de que el cerro de Comanja tiene mucha circunferencia y barrancas, este Sr. General toma muchas precauciones y durante la noche se ponen algunas compañías en observación. El estar al vivac, ser las tres de la mañana y hacer un viento muy fuerte, han sido motivos para que el Sr. General no haya manifestado á V. E. estas ocurrencias y me haya encargado que yo lo haga. Todo lo que pongo en noticia de V. E. para su superior conocimiento. Dios guarde á V. E. muchos años.—Villa de Leon, 1^o de agosto de 1817.—Exmo. Sr. Juan Rafols.—Exmo. Sr. D. Juan Ruiz de Apodaca.”

A su vez Mina avisaba también con fecha 31 de julio el principio de las operaciones, al Padre Torres que se hallaba en el Fuerte de los

Remedios, excitándolo para que atacase á Guajuato ó á los mismos sitiadores según le pareciese, llevando la siguiente postdata que muestra á la vez que su entusiasmo por el ejército, el desencanto que abrigaba en el fondo de su alma por la diferencia en la disciplina y equipo de sus subalternos y de sus enemigos. “Se me van los ojos, escribía de su puño, tras del regimiento enemigo que está subiendo, por el gusto que me dá ver marchar la tropa en tan buen orden.”

Desde el primero de agosto á la madrugada, las baterías de Liñán mantuvieron por muchos días un fuego vivísimo, gastando inútilmente y con profusión las municiones, porque por la posición y las obras de defensa no originaban gran daño. Pero el día 2 avanzaron algunos cañones, se colocaron otros en el cerro de las Tablas y se impidió la comunicación del Fuerte con los aguajes, poniendo partidas bien reforzadas á las órdenes del Teniente Coronel D. Pedro Pérez de San Juan de los regimientos de Zaragoza, San Luis, Sierra Gorda y Nueva Galicia, tanto en el arroyo de las barrancas del Oeste, como en el ojo de agua de la de Barbosa.

Mina en oficio del mismo día 2, rebozando sere-

nidad y buen humor, después de aconsejar al Padre Torres mucha actividad para que atacase á Guanajuato y bloqueara al ejército sitiador, le decía: "Por fin la logramos. Figúrese U. que cara será la mía teniendo por pelendengues á Liñán, Negrete y Orrantía. La cosa sería más divertida que una corrida de toros, si tuviésemos víveres; pero gracias á la apatía general que domina tan soberanamente á todos nuestros hermanos, ayunamos sin ser vigilia. En fin, todo se puede remediar; reúnan ustedes toda la gente que puedan, y pónganse ustedes cerca de Guanajuato camino de Silao, sin arriesgarse á atacar esas plazas á no estar seguro de tomarlas. Al mismo tiempo se debe prohibir toda entrada de víveres en las plazas enemigas, y si se nos puede introducir algo por el camino de Barbosa.

Si el movimiento de U. obliga al enemigo á retirarse le iremos picando la retaguardia, y no dejará de sufrir en la retirada. Salud y libertad. Sombrero, agosto 2 de 1817.—*Javier Mina.*"

Pero el agua se había agotado y empezaron entonces horribles sufrimientos, que el Sr. Orozco y Berra pinta con admirable verdad y maestría en las siguientes líneas:

"Mina y Moreno habían creído que los fuegos

del fuerte protegerían la toma del agua; fallidos sus cálculos, creyeron que la falta era muy fácil de repararse, supuesto que estando en la época de las mayores lluvias se haría abundante provisión de las que el cielo les enviara. Pero se pasaron los días, la corta cantidad de líquido reservado en el algibe comun y en poder de los individuos se agotó al cabo, aunque cuidado con esmero, y comenzaron terribles padecimientos. Los niños, las mujeres, los hombres más débiles perdieron la fuerza y el sentido: unos lloraban, los otros sin vigor para manejar las armas corrían á todas partes como insensatos. En balde se distribuía para mitigar los horrores de la sed, una ración de mezcal y se recurrió á mascar el jugo de algunas plantas; aquellos licores irritaban más las desecadas fauces y producían nuevos y espantosos males. Los más arriesgados bajaban á la barranca á ver si burlaban la vigilancia del enemigo, y de comun pagaban su temeridad con la vida; se aprovechaban también las noches oscuras, pero sentidos por la larga fila de los centinelas realistas, apenas podían llenar alguna pequeña vasija, que solo servía en el fuerte de avivar el deseo de cuantos no podían alcanzar algunas gotas. La lluvia era

el único recurso, el remedio ansiosamente esperado. Las nubes se presentaban en el horizonte, subían, engruesaban, ocultaban el sol y formaban sobre Comanja un negro dosel; llenos los corazones de esperanza y de ansiedad, sin hacer caso del incesante fuego del contrario, los habitantes del fuerte, sia apartar los ojos, seguían obstinadamente el movimiento de los vapores; preparaban cuantos utensilios tenían propios para recoger agua; sacaban las imágenes de los santos y les dirigían fervientes é incesantes oraciones; el chubasco iba á caer; vana esperanza; las nubes impelidas por el viento dejaban caer avara y desdeñosamente algunas gotas en el recinto de la fortaleza, y se desataban en torrentes á pocos pasos, en el campamento español, en las vecinas llanuras de León. Las mujeres recojían tristemente sus vasijas, se dejaba sin rezo á los santos y volvían á los labios las imprecaciones de la desesperación."

El día 3 fué llamado desde el campo realista el vencedor de Peotillos á grandes voces por el oficial de Zaragoza D. Pedro Pazos, quien lo invitó á pasar á sus banderas, recordándole que era español. Hallándose los interlocutores á considerable distancia el uno del otro, hablaron

públicamente y á gritos, contestando el insurgente que él no combatía á España, sino al tirano Fernando, defendiendo la libertad.

Dicen algunos escritores fundados en la aserción de Solórzano que parece pasar por testigo, que agregó Mina: "yo no amo á los americanos ni mucho ni poco," con lo cual quedaron resfriados en su adhesión y confianza cuantos supieron aquello. Parece sin embargo, inverosímil semejante afirmación; porque no es de suponerse que quien había cuidado tanto de alhagar á los mexicanos y captarse su cariño, ora sometiéndose incondicionalmente á la Junta de Jaujilla, ora elogiando á los guerreros que lo acompañaban, ora en fin, dando á los mexicanos los primeros puestos, obrara tan imprudentemente y tan sin necesidad en los momentos en que más le convenía conservar aquel afecto y adhesión que se supone despreciaba.

A ser ciertas tales palabras, difícilmente lo habría acompañado después en la desgracia un solo mexicano y lejos de eso siguieron todos los principales y más celosos patriotas dispensándole la misma confianza é igual afecto que antes.

Así opina tambien el Sr. Zamacoiz, y el Sr. Zárate, después de refutar la especie, dice que

para desmentirla se funda además en unos apuntes escritos por el Sr. General D. Refugio I. González, hijo de D. Santiago, el insurgente compañero de Mina en aquel sitio, quien como testigo presencial niega la afirmación de esos escritos.

En la madrugada del día 5 Liñán dió un terrible asalto (sin conseguir llegar siquiera á los parapetos, pues tuvo que retroceder dejando muchísimos muertos y entre ellos el comandante del batallón de Zaragoza D. Gabriel Rivas, "Mina se condujo con su acostumbrada bizarría, Alamán, peleando á cuerpo descubierto con una lanza en la mano y recibió una pequeña herida."

Durante cuatro días enteros no probaron el agua los habitantes del Sombrero, hasta que por fortuna llovió el 6, con lo cual se mitigó su mayor pena.

El día 8 hizo una salida el héroe español quitándole á Negrete un reducto que á su vez tuvo también que abandonar por falta de apoyo oportuno, y como el padre Torres no había enviado ningun socorro Mina, se resolvió á salir en esa misma noche, para ir él personalmente á traer refuerzos, y así lo hizo en unión de Ortiz y de Borja con una partida de caballería.

El distinguido y correcto historiador D. Julio Zárate opina fundadamente que "en esa comunicación oficial, (la en que avisó su salida á la Junta de Gobierno,) nada dice el general respecto del jefe que quedó mandando en el Sombrero, pero permaneciendo allí el Mariscal de Campo Moreno, creemos enteramente arbitraria la afirmación de Robinson y de Alamán, que lo sigue en esta parte, al decir que el coronel Young quedó con el mando de las armas."

Alejáronse otra vez las nubes y volvió la sed á atormentar á los patriotas, que se vieron también reducidos á pequeñísimas raciones de alimentos, porque todo faltaba ya en el Fuerte. En vano su antiguo jefe quiso tres veces introducir un convoy, pues una fué derrotado por Rafols en los Sauces á cuatro leguas de Silao y dos ya en las inmediaciones del Sombrero.

Liñán que conocía la apremiante situación de los sitiados dió el día 15 un memorable asalto en el cual tuvo que reconocer que por la fuerza no sería nunca dueño de aquellas encumbradas posiciones: 35 oficiales y más de 400 soldados muertos fueron las pérdidas de los asaltantes, mientras los defensores contaron poquísimos muertos, si bien en cambio registraron entre ellos

al Coronel Young á quien una de las últimas balas de cañón le llevó la cabeza, después de terminada ya la batalla. Era aquel extranjero un militar inteligente y valeroso que había tomado parte en las guerras de su patria, los Estados-Unidos, donde había llegado á teniente coronel del 29 regimiento, y que contaba con el respeto y la estimación de todas las tropas. Había quedado dos días antes proponer una capitulación, convencido de que era imposible continuar la defensa, y como algunos insurgentes extraviados por su deseo de mantener sus posiciones, le dijeron que los mexicanos se defenderían solos sin ayuda de extranjeros, él picado en su amor propio, contestó jurando que lo verían morir en aquella fortaleza.

Siguió por tanto la heroica defensa, pero aquel puñado de valientes, sin alimentos, sin agua desde hacía muchos días, en unas fortificaciones llenas de brechas y dominadas por el cerro de las Tablas, casi sin municiones y perseguido por la peste de los cadáveres insepultos no podía continuar en aquel punto.

Lograron varias personas y miembros de la familia de Moreno, evadirse, pues refiere el Dr. Rivera en la página 44 de su "Viaje á las Ruinas

del Fuerte del Sombrero," escrito con tanta buena fé como sentimiento y patriotismo, que "en la barranca del Rincón había un lugar que permitía un descenso en línea recta. A la media noche se ponía una persona en pié sobre una peña, atada de la cintura con la extremidad de una soga, y era descolgada por medio de varias sogas y recibida abajo por un indio. Este se había subido antes como los gatos por las peñas, y había recibido la suma correspondiente á las personas que iba á extraer, á razón de veinticinco pesos cada una. Cuando ya habían sido descolgadas dichas personas, el indio se ataba á la cintura un cordel, los fugitivos se asían de este para no extraviarse, y comenzaban á andar con el menor ruido que podían, por las veredas conocidas bien por el conductor. Cuando el indio sentía algún ruido cerca de él, ó por su caliente imaginación creía sentirlo, se echaba en la tierra, y todos se echaban también, hasta que no se veía nada. Así caminaban hasta que se pusieron muy lejos del anillo sitiador, en donde se despedía el indio y cada uno se iba por donde le parecía."

En vano después de tanto martirio, se intentó una capitulación, pues el Mariscal realista se

negó enteramente, así es que la noche del 29 de agosto fué la designada para abandonar el Fuerte, siendo D. Pedro Moreno el mismo que lo había señalado para defenderse y quien por más de dos años se había servido de aquel asilo.

“Fué preciso resolverse á salir, dice Alamán, y para ello se clavaron los cañones, se inutilizaron las armas y municiones que no se podían sacar, y se enterró el poco dinero que quedaba. A las once de la noche del 19 se dió la orden de marcha: los heridos y enfermos que quedaban abandonados y estaban seguros de la suerte terrible que les esperaba, pedían á gritos á sus compañeros que les quitasen la vida, ó se tapaban el rostro con las manos para no verlos partir. Apenas la columna había comenzado á bajar la barranca, cuando por la indiscreción de haber dejado que se adelantasen las mujeres y los muchachos, fué descubierta por los realistas comunicándose la alarma á todo el campo en un instante, por las señas que dieron los cohetes de luz como estaba prevenido. El fuego que se rompió en la obscuridad, los gritos de las mujeres y de los niños; los lamentos de los heridos, la confusión que se introdujo tratando unos de volver al fuerte, otros de pasar al otro lado de

la barranca, formaban una escena de horror difícil de describir. Los que lograron salir dispersos en un país que no conocían, fueron en la mañana siguiente alcanzados por la caballería de Bustamante y de Villaseñor y perecieron casi todos, no llegando á cincuenta los que escaparon á favor de la espesa niebla que había, y entre ellos Moreno y Bradburn: los que volvieron al fuerte, aunque intentaron defenderse, no encontraron medios con que hacerlo, habiéndolos destruido ellos mismos antes de salir. Luego que la niebla se disipó en la mañana del día 20, Liñán ocupó el fuerte con las compañías de cazadores de Zaragoza y Navarra: los fugitivos que habían vuelto á él trataron de reunirse y aun dispararon algunos tiros, pero toda oposición era ya inútil: Sebastian González (debe decir Santiago, padre del General D. Refugio I. González) las mujeres é hijos de éste, y de Moreno cayeron en poder del vencedor; los heridos y enfermos que estaban en el hospital fueron inmediatamente pasados por las armas; los demás prisioneros con 150 operarios que Revuelta mandó de Lagos, se emplearon en los días 20, 21 y 22 en destruir las fortificaciones, y cuando hubieron concluido esta operación, fueron

también fusilados todos los primeros en número de más de 200, sin perdonar mas que á las mujeres y á los muchachos; igual suerte tuvo el que descubrió donde estaba el dinero que tomó en su mayor parte el coronel de Navarra Ruiz."

Ante aquella espantosa carnicería, no puedo menos que repetir las palabras del Sr. Orozco y Berra, que expresan la más respetable sanción del derecho, el juicio póstumo que premia ó castiga según se debe, y del cual ningún tirano ni poderoso puede librarse. "Dios pedirá cuenta á los guerreros de la sangre que vierten en el calor de las batallas; los hombres que las creen inevitables, olvidan á los muertos y admiten la guerra, sin asombrarse, con todos sus horrores y desastres; pero la muerte dada á sangre fría, la muerte sin provecho, la sangre que se derrama después de la victoria, de enemigos inermes é inofensivos, repugna á los sentimientos generosos, y mancha la reputación de los soldados."

Moreno logró salvarse precipitándose á una barranca donde estuvo tres días solo, casi sin comer, y habiéndose enfermado gravemente de disentería, cayó en tal debilidad que no pudo ya andar, y auxiliado por un vaquero que acertó

á pasar por donde él estaba, fué llevado al rancho del Chamuscado, en donde permaneció curándose hasta mediados de septiembre, en que ya restablecido, volvió á la gloriosa campaña en unión de su hermano D. Pascual, D. Manuel Gonzalez, D. Manuel Orozco y D. Mariano Zermelo, y al frente de unos cuantos rancheros, sus antiguos criados y soldados, dirigiéndose otra vez á la Sierra de Comanja.

Entre tanto su virtuosísima y amante esposa, la Sra. D. Rita Pérez, había esperado su suerte en su casa de la fortaleza del Sombrero en unión de sus cuatro hijos, Josefa de diez años, Luisa, Severiano de dos y medio y Pudenciana de uno y un mes, oyendo espantada pero resignada, las victoriosas trompetas y las homicidas detonaciones de las tropas enemigas que llegaban. Fué entonces puesta presa en un jacal y de allí conducida á pié y entre filas con sus hijitos en brazos, á León, donde estuvo en la cárcel pública en una horrible mazmorra en que aun de día necesitaba para poder ver, de la luz artificial. De allí fué llevada por las nobles instancias del capitán realista Pozos y de otras personas caritativas, á Silao, donde estuvo arrestada con más consideraciones, hasta 1819 en que se la puso libre, y

donde al siguiente día de llegada vió morir á su hija Pudenciana y abortó poco después.

Cuando recobró su libertad aquella mártir, regresó á su pueblo natal, donde murió á la edad de 82 años cargada de recuerdos y de pesares.

El constante Moreno á los muy pocos días de restablecido cuando iba á la hacienda de Sta. Ana cerca de Silao á enviarle á su esposa sus cartas por conducto del capellán, cartas llenas de fortaleza y de resignación se encontró el 29 de septiembre con su antiguo camarada el indomable Mina.

Con razón el Sr. Rivera alaba la energía de Moreno. "El héroe, dice, se hallaba en unas circunstancias que hubieran producido la desesperación de cualquiera alma de otro temple. Veía el Fuerte del Sombrero por tierra; el Fuerte de los Remedios en vísperas de correr la misma suerte; el ejército independiente desmoralizado, el país sin remedio, su esposa y sus hijos en la prisión, su larga y trabajosa campaña sin éxito, y su muerte cierta. ¿Se echará pues, sobre su espada como Catón en Utica y como Terán en Soto la Marina? De ninguna manera. Volvamos á escuchar las palabras de su primera carta (á su esposa): "Un fondo de sufrimien-

to y de conformidad vale un mayorazgo. Armate de tan fuerte escudo y todo será para tí llevadero." Estas palabras indican que el ánimo de Moreno en la adversidad era semejante á las rocas del Sombrero, y que no sólo tenía fortaleza para sí, sino también de sobra para fortalecer á otros. Más grande me parece Napoleón I en Sta. Elena que en Austerlitz, y más grande Morelos en la Inquisición de México, que sobre los muros de Cuautla, y Moreno en su vida de fugitivo que en la cima del Sombrero. Sin embargo, alguna vez se le vió llorar por la prisión y separación de su amadísima esposa."

Pocos conceptos entre los muchísimos profundos del gran conquistador del siglo, pueden estimarse tan bellos á este respecto, como estos, circulados con motivo del suicidio de un oficial: "Hágase saber, decía la orden del día, que no es más valiente el soldado que presenta el pecho á una batería de metralla, que el que soporta con constancia los dolores de la vida." Cumplía nuestro héroe con estos áridos deberes de sobreponerse á la desgracia, después de haberse presentado cien veces á las baterías enemigas!

El Mariscal Liñán entre tanto, se había diri-

jido con todas sus tropas á atacar al Fuerte de los Remedios en el cerro de San Gregorio á corta distancia de Pénjamo, donde se hallaba fortificado el Padre Torres, en unión del Gral D. Manuel Muñiz, el Coronel D. José María Novoa, D. Cruz Arroyo, D. Juan Davis Bradburn, los capitanes Crocker, Ramsoy y Wolfe, el Dr. Hennesey y otros antiguos insurgentes y compañeros de Mina, con cerca de 1500 soldados indisciplinados en su mayor parte.

Empleando tantas veces el calificativo de *insurgentes*, debo decir que según el Dr. Guerra en su Historia de la Revolución, los franceses fueron quienes pusieron en boga este término para designar á las naciones que resisten á la usurpación, y en su concepto, con justicia, porque se deriva del verbo latino *insurgo* que significa *levantarse el que está caído, ponerse derecho*, así es que viene á ser realmente un título de honor. Pero nadie ha expresado esta verdad en términos más propios y tiernos, que el inspirado vate Juan de Dios Peza en estos lindísimos versos, joya de nuestra literatura:

“Entiendes lo que digo? aquellos bravos
Que sin medir peligros, duelos, penas,

Les dieron libertad á los esclavos,
Rompiendo al oprimido sus cadenas,
Aquellos hombres cuyo arrojo fiero
Todo lo grande y lo sublime entraña;
Sin títulos, ni honores, ni dinero;
Sin más cuartel que el llano y la montaña,
Que siempre estaban en constante guerra
Sufriendo los rigores de la suerte,
Sin esperar mas premios en la tierra
Que eterna cárcel ó afrentosa muerte.
Con una manga tosea por abrigo,
Con un nombre sin mancha por herencia,
Con un caballo por mejor amigo
Y por única fé: la independencia,
Esos que tantos hechos ignorados
Nos dejan para asombro de las gentes,
Fueron del pueblo libre los soldados
Y son los que se llaman *insurgentes*.”

Empezaron las operaciones el 31 del mismo agosto y Mina que habia estado allí dirigiendo algunos trabajos de fortificación y defensa, al presentarse los realistas se salió con el fin de hostilizar por la retaguardia á los sitiadores llevando una partida de cerca de 900 de caballería. El día 30 se encontró en la hacienda de la Tla-

chiquera al valiente Encarnación Ortiz con noventa hombres que eran los únicos que habían logrado escapar de las horribles matanzas del Sombrero. Saludáronse con el entusiasmo á la vez que con la tristeza propia de las circunstancias y siguieron unidos sus operaciones, siendo seguidos de cerca por una brigada de 850 dragones al mando del Teniente Coronel D. Francisco Orrantia, en la cual figuraba como jefe de una sección, el entonces implacable D. Anastasio Bustamante. Atacaron los insurgentes al día siguiente de reunidos la hacienda del Bizcocho en donde una corta partida se defendió en la iglesia, sin haber querido rendirse, la cual fué hecha prisionera y fusilados 31 de los que la formaban. Primero y único acto de represalia cometido por Mina, bajo la impresión terrible de lo que acababan de referirle los derrotados del Sombrero! De allí marchó sobre S. Miguel el Grande donde el 11 de octubre encontró una defensa por parte del Teniente coronel D. Ignacio Corral que dejó sin efecto su propósito de apoderarse de la población.

Volvió entonces aquel incansable caudillo á acercarse al cerro de S. Gregorio, uniéndose como queda dicho con el valeroso Moreno. Juntos

recorrieron el campamento español privándolo de víveres y de recursos hasta el grado de que Liñán llegó á sentir la escasez de ellos, por lo que relevó al Coronel Andrade que estaba encargado de perseguirlos dándole el mando en jefe al activo Orrantia. El 10 de octubre los encontró este en la hacienda de la Caja á tres leguas de Irapuato, trabándose allí un reñido combate en el cual no pudo prevalecer el valor sobre la indisciplina de los soldados insurgentes, que cuanto tenían de patriotas contaban de reclutas. Las pocas aptitudes de los rancheros del Bajío para la milicia, y el traje de gamuza, que usaban llamado *cueras*, habían hecho que aquel caudillo, desesperado de que sus esfuerzos se estrellaran ante la rudeza de su gente, escribiese á un amigo diciéndole: "Amigo Horbe-gozo! A estos de las levitas de cuero, nadie les hará nunca soldados." Disolvió Mina su partida por tal motivo, encargando á Moreno que volviera á reunirlos en la misma hacienda, mientras él iba á Jaujilla á conferenciar con la Junta del Gobierno, como lo hizo habiendo llegado el día 12 y sido recibido con mil muestras de merecida distinción.

Cumplió el ilustre lagüeño con aquella comi-

sión y después de reunirse de nuevo los dos compañeros de destino, atacaron la ciudad de Guanajuato el día 26.

Desde que Mina se hallaba sitiado en el Sombrero había deseado que el Padre Torres llamase la atención de los sitiadores atacando á Guanajuato, lo que no llegó á efectuar por timidez, apatía ó conciencia de su debilidad para acometer empresa semejante; así es que cuando en los días que corrian, volvían á estar las cosas en idénticas circunstancias, por más que se llamara Fuerte de los Remedios y no del Sombrero, empeñóse en realizar su idea.

Se asegura que la Junta de Jaujilla no había aprobado aquel plan, considerando lo necesario que son la organización y disciplina militar para llevar á cabo un asalto, aconsejando al insurgente Navarro que mejor se retirase á las montañas de Michoacán, donde no sería perseguido, para que allí pudiese levantar y organizar sus tropas para que pudiese después obrar mejor.

Mina sin embargo llevado por su buen deseo de librar á los Remedios de un desastre próximo y en alas de su temeridad, asaltó sin éxito con su mala caballería esa importante ciudad defendida por el Teniente coronel D. Apolonio Linares. El

resultado de aquella tentativa lo consignó en el parte que rindió al Gobierno independiente, último documento que escribió y que fué dado á luz por las prensas insurgentes el cual dice así: Exmo. Señor. Desde la una de la noche de este día hasta las cuatro de la mañana, ataqué la Plaza de Guanajuato: logré tomar una trinchera, y aprisionar toda su guarnición; penetré hasta la plaza mayor y á causa de no haber encontrado pronto hachas ó barras para quitar una puerta y que penetrase la Caballería con intrepidez, á todo alcance sobre los enemigos, pudieron éstos parapetarse en el principal á donde se replegaron otras guardias, desamparando sus trincheras, conociendo yo que no podía tomar alguno de los cuarteles, me retiré habiendo perdido en la acción treinta hombres entre muertos y heridos: la pérdida del Enemigo, sin duda fué mucho más numerosa.—Ataqué al mismo tiempo con otras partidas los puntos de las minas de Valenciana y Mellado. En el primero se consiguió replegar toda la guarnición á la Iglesia, é incendiar el tiro general, y otra hacienda. Con esta fecha he publicado un Bando, en que prevengo, bajo pena de la vida, á todos los Comandantes de las inmediaciones de Guanajuato: que lo hos-

tilizen en el grado que tres leguas en circunferencia no quede un viviente: que interrumpen toda clase de víveres: que pasen por las armas á los contraventores, y á todos los que salgan de aquella rebelde Plaza.—Salud y libertad.—Cuartel General en la Mina de la Luz.—Exmo. Sr.—Xavier Mina.—Exmo. Sr. Presidente y Vocales del Gobierno Mexicano.”

Cuenta Arrangoiz siguiendo á Robinson y á Alámán que “al paso por la mina de Valenciana pegó fuego F. Ortiz al tiro general. Mina llevó á mal este atentado y habiendo vuelto á la mina de la Luz despechado por la cobardía de su gente, dijo á los oficiales que eran indignos de que un hombre de honor abrazase su causa, pues si hubieran cumplido con su deber, los soldados hubieran hecho el suyo y serían dueños de Guanajuato. En seguida mandó que se fuesen á sus respectivos distritos, previniéndoles que no dejasen entrar víveres al campo de Liñan ni á Guanajuato; habiéndolos despedido se quedó con cuarenta infantes y veinte caballos: pasó la noche á corta distancia y en la mañana del 26 llegó al rancho del Venadito que hacía parte de la hacienda de la Tlachiquera.” (tom. i.º pag. 365).

Nada es sin embargo mas falso que la primera parte de semejante narración, como lo justifica el mismo documento oficial escrito por Mina á las doce de aquel mismo día, y que acaba de leerse. No se incendió el tiro de la Valenciana *al paso* de Ortiz por ella, de una manera tan innecesaria como punible, como podría creerse en vista de las palabras de Arrangoiz, ni tampoco mereció aquel hecho la censura del general; pues este afirma que en aquel lugar se hicieron fuertes los realistas, habiendo conseguido “replegar toda la guarnición á la iglesia” para lo cual fué preciso, ó por lo menos conveniente como medida de guerra, prenderle fuego al tiro del mineral. Por lo mismo que fué medida conveniente y á la que se debió que los realistas se replegaran á la iglesia, no fué llevada á mal por aquel general, supuesto que si así hubiera sido no diría en su parte oficial aprobando explícitamente ese hecho: “se consiguió replegar toda la guarnición á la iglesia é incendiar el tiro general y otra hacienda.”

Orrantía perseguía con encarnizamiento á Mina y á sus ilustres compañeros D. Pedro y su hermano D. Pascual, D. Manuel Gonzalez, D. Manuel Orozco y D. Mariano Zermeño, así es que

el mismo día 29 que salían estos de Puruándiro, entraba aquel y siguiéndole de cerca perdió sus huellas cerca de Irapuato; pero habiendo llegado á Silao el día 26, supo allí que aquella noche debía quedarse la partida rebelde en el Venadito como era verdad. Semejante noticia la recibió del Comandante D. Mariano Reinoso que era jefe de Silao, á quien le fué comunicada por un tal Clagoya, dueño de un rancho inmediato.

Vuelve á estar inexacta en este punto la historia de Robinson que asegura fué un eclesiástico el que participó semejante noticia.

Los dos patriotas mariscales cuando llegaron al Venadito, considerándose seguros, por vez primera en muchos días mandaron desensillar los caballos, se quitaron sus uniformes militares y se entregaron al sueño, buscando un pasagero descanso de que mucho necesitaban por su fatigosa marcha de tantos días consecutivos, y que bien pronto habría de trocarse para ellos en descanso eterno!

El jefe realista salió de Silao á las diez de la noche y cuando á la madrugada del infausto 27 de octubre de 1817, se encontraba ya en las cercanías del rancho, lanzó á toda brida 120 dragones del Regimiento de Frontera para que hicie-

sen imposible la fuga de los perseguidos. Dormían en diferentes trojes D. Javier Mina y D. Pedro Moreno, pues sólo D. Pascual con otros oficiales de menos graduación se instalaron en un bosque inmediato, en donde se hallaban cuando despertaron al estruendo de las armas y de los caballos. Al punto tomando D. Pedro su espada huyó en paños menores acompañado de su asistente, llamado Mauricio, y aunque logró esconderse entre unas peñas, mandó á su criado á instancias suyas por los caballos con la esperanza de más fácilmente ponerse á salvo, y este traidor que fué aprehendido, denunció á su jefe apremiado por la amenaza que le hicieron de darle muerte.

Trataron entonces de aprehenderlo acometiéndolo en tropel por todas partes; pero él sin contar el número de sus agresores esgrimió su espada, tratando más de morir honrosamente que de buscar una salvación imposible. Recibió varias heridas sin deponer por eso su altiva entereza, y habiendo caído por un balazo que en la cabeza le dieran, se la cortaron al instante llevándola en trofeo al coronel realista, quien la remitió clavada en una lanza á D. Pedro Celestino Negrete que á la sazón ocupaba á Silao. De

allí la llevaron á Lagos, donde el coronel D. Hermenegildo Revuelta la hizo clavar en una asta en la orilla donde empieza el camino al pueblo inmediato de Buenavista. Por espacio de cerca de tres meses vió Lagos aquel sangriento trofeo de la tiranía, hasta que aprovechando D. Pedro Moreno Guerrero, el alborozo en que entró la población al pasar de Obispo para Sonora D. Fr. Bernardo del Espíritu Santo, la quitó ocultamente y la dió sepultura en la iglesia de la Merced, en el crucero del Evangelio.

Así murió aquel denodado guerrero que con tanto valor supo agregar el sacrificio de su vida al largo catálogo de sus servicios á la patria!

Mina menos afortunado que él, sorprendido y sin armas, fué hecho prisionero desde luego por el dragón José Miguel Cervantes y conducido á presencia de Orrantia para sufrir el ultraje de que lo regañara como á un niño y le diera después dos cintarazos con su espada, porque contestó con dignidad á sus impertinentes amonestaciones. Algo habría dado el villano realista por no ejecutar acción tan pechera, porque recibió de los labios de su víctima reprensión tan justa y severa, que llegará á la posteridad y ha sido por lo mismo el mejor castigo que hubiera podido

imponerle el tribunal más adicto á la causa insurgente. "Siento haber caído prisionero, contestó Mina con hidalguía, pero este infortunio me es mucho más amargo por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español, ni el caracter de soldado."

Después fué conducido preso al campamento de Liñán, quien lo hizo fusilar á las cuatro de la tarde del día 11 de noviembre del mismo año, en el cerro del Bellaco, en presencia de los defensores del de S. Gregorio, fortaleza de que se apoderó al fin en la noche el día primero de enero del siguiente año, dando rienda suelta á su carácter sanguinario, pues quemó los hospitales con todos los infelices heridos que allí estaban asilados y alanceó á los fugitivos y fusiló á más de doscientos prisioneros.

Ante tan variados y repetidos hechos de barbarie, resaltan y reverdecen los laureles recogidos á costa de magnanimidad por Alejandro, el generoso vencedor de Dario, por Scipión el dueño de Cartagena y libertador de la desposada de Allucio, y todavía se escuchan cual suave música que encanta el corazón y deleita el oído, aquellas palabras con que Cesar desarmaba el furor de sus belicosos soldados en los momentos

mismos en que los campos de Farsalia lo proclamaban vencedor de Pompeyo y árbitro del mundo: "Piedad, piedad para los ciudadanos romanos."

D. Pascual Moreno y sus compañeros huyeron al ruido de la sorpresa, y cuando después de aquel horrendo desastre, volvieron al Venadito por la noche, dieron humilde sepultura al cuerpo mutilado de D. Pedro, regándolo con las lágrimas silenciosas que brotaban de todos aquellos ojos, que tan acostumbrados estaban á mirarlo con respeto. Aquel mártir de la independencia mexicana, era de alta estatura, robusto, casi obeso, de color blanco, de ojos grandes y negros, barba espesa y cabello castaño oscuro, de movimientos graves y de finos modales. Se le llamaba por sus amigos *el toro*, apodo de colegio que le convenía por su fuerza, gordura y valentía, mostrando en su conversación siempre seria y reposada, un talento no vulgar, patriotismo exagerado, si así pudiera haberlo, y un extenso fondo moral.

Por su parte "nadie nació con mejores disposiciones que Mina para llevar á cabo el loable empeño de propagar los beneficios de la libertad entre los hombres. Su talla era de cinco

piés siete pulgadas, y aunque no corpulento, era bien formado. Su estatura física tenía todas las cualidades para la vida activa. Tenía grandes prendas morales y valor personal en grado eminente. Sereno á la hora del peligro, siempre estaba dispuesto á aprovecharse de todas las ocasiones favorables que le presentasen las vicisitudes de los sucesos. Cuando estaba á la cabeza de las tropas, las inspiraba su arrojo. Era en extremo frugal y no le hacían impresión las mas duras privaciones. Su cama se componía por lo común de su capa y de la silla de su caballo. Aun en la mayor intemperie y pudiendo tener alojamientos cómodos, pasaba la noche en medio del campo con sus soldados. Era afable, generoso, sencillo, humano y moderado, y unía á todas las dotes del militar, los modales del hombre civilizado."

La expedición de Mina á la que está en su mayor parte unido el nombre del ilustre jalisciense, fué un rayo que recorrió el pais despertando el espíritu revolucionario é iluminando el cielo de la esperanza, formando en la historia de México un episodio corto, pero el mas glorioso de su independencia.

Liñán regresó á México en enero de 1818 sien-

do recibido por los realistas con las mayores muestras de aprecio. Sus crueldades y sus triunfos fueron premiados con la gran cruz de la Orden de Isabel la Católica, que no sin fundamento se la denominaba de *mata indios*, según queda dicho en otra parte; á D. Anastasio Bustamante se le ascendió á Coronel, así como á otros oficiales; D. Pedro C. Negrete fué nombrado comendador de aquella orden, y á Orrantía y á Cervantes se les agració con la cruz de S. Fernando. El virrey obtuvo en premio un título nobiliario, siendo en lo sucesivo *Conde del Venadito*, á pesar de haber suplicado se le cambiara el nombre por parecerle ridículo, aunque sin haberlo renunciado cuando no se accedió á sus deseos, como lo hizo el Gral. inglés Lord Graham á quien las Cortes de España le dieron con tan poco talento que mas parecía mofa que premio, el título de *Duque de la Cabeza del Puerco* por el nombre del lugar que ocupó en la famosa batalla de Chiclana, dada por el Mariscal Víctor contra las tropas que sitiaban á Cádiz en 1811.

A pesar de tanta sangre derramada y de aquellos lastimosos triunfos realistas, de semejantes desgracias y del consiguiente terror, el mismo *Venadito*, como burlescamente llamaban á Apodaca

después de su nobleza, fué depuesto muy pocos años mas tarde, cuando se le juzgó incapáz de asegurar el triunfo de aquella mala causa que habían revestido á porfía con tanta pompa y oropel, y presenció el triunfo de la independencia, porque ante la justicia y el derecho sucumben siempre los tiranos.

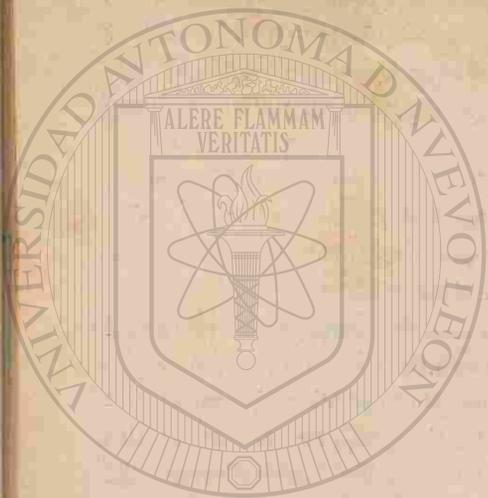
Llegado el día feliz de nuestra emancipación, el Congreso Nacional declaró *Benemérito de la Patria en grado heroico*, entre otros ilustres ciudadanos, á D. PEDRO MORENO.

La ciudad que pudiera llamarse natal de aquel valiente, tomó su nombre siendo por *Lagos de Moreno* conocida en la República, y en el Salón de sesiones del Congreso de Jalisco escrito con caracteres de oro, se lee *Pedro Moreno*. El Estado que fué su cuna levanta en en estos mismos momentos en el paseo de la Reforma en México, la primera estatua que ha de popularizar sus grandes hechos.

La gloria póstuma ha venido así á reflejarse justamente sobre tan distinguido jalisciense, que supo enseñarnos con cuanta verdad asienta Homero que

Es dulce morir por la patria.

Pulchrum mori.



INDICE.

| | PAGS. |
|---|-------|
| D. José Antonio Torres | 7 |
| D. José María Mercado | 53 |
| D. José de la Cruz | 81 |
| D. Marcos Castellanos, D. José Santa Anna y D. Encarnación Rosas | 147 |
| D. Pedro Moreno | 195 |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



